

DEL CREPÚSCULO

R. 70.043



ARTURO REYES

DEL CREPÚSCULO

POESÍAS PÓSTUMAS

MALAGA

ZAMBRANA HERMANOS, IMPRESORES

1914



Antonio Reyes

MI PADRE

MI PADRE

Mi padre nació en los Percheles de Málaga, en una casa humilde de la calle del Rosal, el día 29 de Septiembre de 1864. Con pocos afectos en su infancia—á su madre, Josefa Aguilar, no la conoció—fué un niño reconcentrado y hosco, amigo del silencio y de la soledad. Esto quizás extrañe á los que después le conocieron franco y optimista, pero basta ver en su retrato de aquel tiempo su expresión de terquedad y desconfianza para comprender que debió ser de este modo.

De mi abuelo Manuel Reyes, sólo conozco un daguerreotipo que le representa con la mirada profunda, la barba bien cuidada y la mano en la sisa del chaleco, en una actitud de satisfacción. En compañía de sus hermanos—Salvador, Francisco, Antonio—tuvo una fábrica de licores; y todos vinieron á morir ya viejos, por unos mismos años, del 70 al 78.

VIII

Volviendo los ojos al pasado desconocido, ante estos pálidos fantasmas que entre dos fechas se deslizan, sin saber de qué modo recorrieron su senda, ni el alarde de su vida, ni las explosiones de sus sentimientos, el ánimo se deprime, porque también de nuestra vida, acervo de amores y tristezas, quedarán dos fechas silenciosas. Mi padre no quiso morir de este modo, y por eso esparció sus sensaciones como en Otoño la buena simiente. Quiso que perduraran sus sentimientos en las imaginaciones después que se apagaran en la vida. No digais de él nació... murió... sino amó intensamente y sufrió dolores agudos. Mantenedle piadosamente en vuestra memoria, porque este fué su mayor deseo.

*
* *

Aprendió las primeras letras en el colegio de un conde polaco, desterrado de su patria, que se apellidaba Podoski. De este tiempo os podría contar esas anécdotas, ingénuamente divertidas, que tienen en el hogar un perfume tan delicado, que, al sacarlas de él, se deshace y desaparece. Os diré una, si me lo perdonais. Un día mi padre se apartó distraído del ayudante que le llevaba al colegio en unión de otros escolares, y viéndose solo, aunque cerca de su casa, empezó á llorar con desconsuelo hasta atraer á los transeuntes.

- ¿Por qué lloras, niño?
 —Porque me he perdido.
 —¿Y tú dónde vives?
 —En aquella casa.

Esto lo contaba él como ejemplo de su precocidad. Hizo su primera poesía, una quintilla, á los doce años, cuando murió su padre, y ya no volvió á escribir hasta más adelante, cuando los amores hirieron de un modo nuevo su sensibilidad.

Al quedar huérfano, malbaratada por manos extrañas la corta hacienda paterna, vino á encontrarse en la necesidad de ganarse la vida. La ganó de dependiente en el despacho de un hábil comerciante de aquel tiempo, don Eduardo Loring, con el que estuvo mucho años, hasta que este señor se murió y su comercio se deshizo.

Por entonces la vida de mi padre fué impetuosa y difícil. Mezcla del brio de su mocedad y de las contrariedades de su situación ahogada. Vivía solo; se cosía las roturas; enjuagaba en el lavamanos los cuellos de caucho, y se cepillaba el traje en las festividades, para ir de mejor modo que los demás días. Verdaderamente no son alegres las referencias que os puedo dar de su juventud.

Se casó á los veinte años. En este tiempo ya había publicado algunos versos en la revista *El Album*, pero, mejor que yo, os lo dirá él en unas cuartillas en que apunta sus primeros pasos en la literatura y que escribió no sé con qué objeto.

“Muerto *El Album*, ya dediqué mi péñola á conmover el corazón de la que soporta resignada las resultantes de mis segregaciones hepáticas y las acritudes nacidas de mi dispepsia crónica, entonces gallinita de mis ilusiones, en la que agoté el vasto repertorio de los adjetivos en estrofas, si medianamente rimadas, reñidas con el sentido común; y tantas veces la hube de llamar pérfida como la onda, corazón de sílice, peñascal cubierto de flores, que por librarse, sin duda, de aquella poco galante acometividad, se decidió á apechugar conmigo; sobre todo, después de una noche en que, entre las páginas de uno de los tomos de *María ó la hija de un jornalero*, le envié unos cantares, capaz, el que menos, de conmover el corazón de un tigre de Bengala, el primero de los cuales decía:

Carmen ¿por qué con desvíos
gozas en darme tormento?
¿Soy yo culpable si siento
tan ardientes desvaríos?

Este fué el que hizo desvariar, sin duda, á mi compañera, que desde aquel momento, de arisca que era, tornóse dulce como un panal de miel hiblea; y tan de firme apretó el desvarío, que algu-

nos meses después nos trasladábamos, tras la correspondiente visita á la Vicaría, al cincuenta por ciento de un piso vecino á las más altas latitudes interplanetarias, donde, en plena luna de miel, envidiosa la tierra de nuestro constante idilio, por poquito convierte á Málaga en un montón de escombros: que fué mucho terremoto el que nos ofreció la tierra en nuestras horas nupciales.

Tras el terremoto surgió la hecatombe. La casa donde yo prestaba mis servicios se vino abajo, y de buenas á primeras me encontré en la del rey, sin oficio ni beneficio, sin apoyo social, sin dos *anchas* y con un terno digno de figurar en una vitrina; y en aquellos días de amarguísima recordación, pensé en todos los genios que antes de brillar en el cenit de su gloria habían tenido que sufrir los implacables rigores de la contraria fortuna; y una noche, tras abrir enorme brecha en una fuente de boquerones victorianos con que nos había obsequiado la diosa Chiripa, á la luz de un velón tiré de pluma y vino al mundo *Conchita la burrera*, el primer cuento andaluz que ha salido de mi modestísimo meollo.

Leído, que fué á la que ya no se gozaba en darme tormento con sus desvíos, á la que por poco el exceso del entusiasmo le produce un síncope, pensé cuál sería el periódico que había de usufructuar el producto de mi ingenio peregrino, y, tras mucho pensarlo, decidí enviarlo á nuestro malogrado gran

humorista don Juan J. Relosillas, director por aquel entonces del *Correo de Andalucía* y baluarte literario las Hojas que publicaba los domingos, que sólo habían conseguido traspasar algunos muy contados, contadísimos escritores de Málaga.

Publicó Relosillas mi cuento, y, como sería prolijo contar todos los altibajos de mi vivir, daré un salto de algunos años, y hablaré de mis *Intimas*, un folleto mediante el cual conseguí me honrase con su amistad el insigne Núñez de Arce; y un año después publicaba *Desde el Surco*, colección de poesías prologada por el gran poeta.

A este libro, que ya me había hecho traspasar el umbral de lo desconocido, siguió *Cartucherita*, y esto merece que me detenga algo más, á riesgo de molestar á mis lectores.

Una vez publicado *Cosas de mi tierra*, colección de cuentos andaluces, que, como en el prólogo de *Cartucherita* digo, había tenido el gusto de ver agotada á poco de darla al público, alentado por lo que de ella habíanme dicho los que después me honraron con su amistad, Pereda, Thebussem, el malogrado Ixart y otros, gloria de las letras españolas, aprovechando unos días que había ido á pasar al campo, escribí *Cartucherita*, novela que guardé en espera de una oportunidad en que darla al público.

Un día en que, armado de unas substanciosas

muestras de chorizos legítimos de Candelario y de sabrosos quesos de Manzanares, hacía el diario recorrido por cuenta de un conocido comisionista, que al año no pudo soportarme más y me puso con la mayor cortesía de patitas en la calle; estando, repito, armado de armas tan bien olientes y tentadoras, dándole *coba* al dueño de un Ultramarinos de Puerta del Mar, y entonando en honor de los chorizos y el queso un canto apologético digno de un homenaje de gratitud de todos los fabricantes de embutidos de la antigua Vasconia y de quesos de la rancia Castilla, entró, cortándome el hilo de mi patriótico canto, una comisión que, sable en mano, iba dispuesta á hacer contribuir al dueño de la abacería, con alguna suma, á los próximos festejos; comisión compuesta de dos personas de mi afecto, el entonces presidente de la Diputación Don Miguel Morales Hidalgo, que en paz descanse, y el señor Don Francisco Cárcer, si no recuerdo mal, y un tercero, bajito, grueso, elegantemente ataviado; de carnosas y sonrosadas mejillas, ojos de un verde azulado, barba rala de oro, y expresión bondadosa, con algo de infantil en la sonrisa, perenne compañera de sus labios gruesos y encendidos.

Oculté necia, estúpidamente, las muestras, llevando á la espalda la mano que las aprisionaba, en tanto con la otra estrechaba la de los primeros y —¿Diga usted, usted es Arturo Reyes?— me pre-

XIV

guntó, dirigiéndose á mí bruscamente, el de rala barba de oro y de expresión bondadosa.

—Servidor de usted.

—¿El autor de *Cosas de mi tierra*?

—Eso dicen, y yo lo creo.

El que de tal modo me interrogaba era el entonces gobernador de la capital Sr. Don Antonio Cánovas, hoy del Castillo y Vallejo.

Honrado desde aquel día con su amistad, no pasaron muchos sin que me preguntara si tenía algo parecido á *Cosas de mi tierra*, y al oirme hablar de *Cartucherita*

—Yo necesito conocer eso—me dijo.

Desde que oyó su lectura se declaró padrino del afortunado torero, y pronto salió á luz *Cartucherita*; y á poco Ortega Munilla—al que tan honda gratitud debo—Mellado y Moya, que tanto desde aquel día hicieron por mí, el glorioso estadista cuyo sobrino había apadrinado la novela, y muchos que sería abusivo enumerar, me tendían la mano y... ¿á qué seguir? Lo que sigue pertenece ya al público».

III

Después de *Cartucherita* escribió otra novela: *El Lagar de la Viñuela*, que Menéndez y Pelayo juzgaba la mejor de todas, y luego, en 1901, *La Goletera*, que asentó su fama. Esta fué su labor reposada, hecha con toda la fuerza de su salud, con toda la salud de su entendimiento. Entonces gozaba de la vida á su modo, en el ambiente que le era propicio, y que más adelante trataré de describir. Fué su tiempo mejor, en el que iba á Granada á improvisar versos en la Alhambra, y se retrataba á la manera morisca, tan apropiada á su fino trazo de árabe, envuelta la cabeza y la negra barba perdida entre los múltiples pliegues del jaique. El tiempo en que vivió más reposadamente, intermedio entre las pasiones y el dolor, y del que había de nacer un libro de poesías, serenado, ya un poco triste, *Otoñales*, que es un paréntesis de calma entre la exaltación pasional de *Desde el Surco*, y la exaltación dolorosamente mística de estos últimos versos.

*
* *

Para imaginar la vida de mi padre hay que conocer aquellos sitios donde pasó sus horas igual-

XVI

mente durante muchos años, y que, si no han desaparecido, ya no son del modo que eran. Estos lugares, de una serenidad humilde, dan más clara noción de su existencia que todas las fechas biográficas que se pudieran acumular. No os hablaré de los que amó, y que pintó en sus obras, como los barrios en los que pasó muchas horas al atisbo del arranque andaluz, sino de aquellos otros, más recogidos y familiares, que, sin influir en su imaginación, encauzaron las horas de su vida de un modo repetido y sosegado.

*
* *

La calle de los Negros es la calle de la gitanería. A la entrada hay una fuente de hierro donde se agrupan las mujeres con los cántaros al cuadril; al final, una escalera de ladrillos rojos da salida al Egido. Por esta parte, las casas, en hondonada, sostienen la tierra con muros de contención. De esta manera, adosado á una casa que le da entrada por el piso superior, tiene un jardín Narciso Díaz de Escovar; jardín al viejo uso, en el que las flores ocultan las sendas y que está cercado por una línea roja de geráneos y otra línea azul de campanillas.

Aquí vienen las gitanas por flores, y parecen estatuas bronceas cuando arquean el busto para recojer el clavel sangriento en el azul pálido de sus hojas; aquí nace la flor que en la juerga dis-

putarán los mozos; y mi padre, en este jardín, tan propicio á las maneras de su pensamiento, pasaba sus horas de recogimiento solitario á pleno sol, entre los verdes intensos, leyendo cualquier libro de arqueología romana ó árabe, ó asomándose á las bardas que dominaban los patios vecinos, donde algún jayán, medio desnudo, forjaba el hierro, ó alguna gitana vieja, comida por el tiempo, enseñaba á la moza, vendedora de randas, su monótono pregón, mitad canturia; y entonces, en el silencio del jardín, entre la malla florida de los rosales, mi padre arrojaba el libro para dedicarse al atisbo de esta vida humilde que amaba tanto.

*
* *

Hay otro lugar en el que también pasó sus horas cotidianamente durante muchos años. Es la Academia de Declamación. La fundaron Ruiz Borrego, Narciso y él, y la sostuvieron con esfuerzos aun pecuniarios, hasta que logró mantenerse por algunas subvenciones módicas, aunque con vida humilde, arrastrada por pisos oscuros de callejuelas silenciosas. Mi padre estimaba esta escuela, de donde los mozos, mal trajeados, de torpes maneras, marchan por el mundo ilustrando su nombre; y las niñas, listas, graciosas, con su traje de una confección hábil, parten también cobrando fama, y desde las lejanas ciudades envían su re-

trato, expresando el fausto de su nueva vida; y estas pintadas galas, sobre las encaladas paredes de la Academia de Declamación, son su único premio y gloria.

Si al tiempo que pasaba en estos lugares agregais sus horas de oficina, en una covachuela mal alumbrada del ayuntamiento, os podreis figurar su género de vida. En esos instantes de expansión del espíritu en que volvemos los ojos al sitio en que nos encontramos y ellos nos aconsejan y nos guían, nos apaciguan con su serenidad y con su tristeza nos conturban, mi padre halló siempre estos lugares humildes, serenados, que atemperaban su naturaleza impetuosa; que ahogaban su esfuerzo; que le invitaban á la pereza intelectual. Sin conocerlos, sin conocer Málaga, no es posible tener idea de la manera de arrinconamiento, de sosiego apartado, que gozó ó sufrió. Por eso os he hablado de estos sitios. Ellos también se transmutan y desaparecen, y lo que en ellos se sucede igual, nada nos dice del pasado.

*
* *

Para completar la visión de su vida hay que rodearle de aquellos amigos que fueron sus compañeros de jornada, ó que, sin serlo, le ayudaron á caminar. Yo quisiera poder hablar de sus amistades verdaderas con palabras nobles que nunca

parecieran de ostentación; recojer piadosamente esta herencia única, y sin alarde, hacer sonar algunos nombres como monedas de oro...

Quisiera que ellos formaran un cortejo, íntimo y cordial, á la mayor ó menor gloria de mi padre, y así le acompañaran en su vida perdurable como en su vida pasajera. Este libro, que mantendrá el recuerdo de sus dolores y sus soledades, debe también mantener el recuerdo de los que no le abandonaron. Al cumplir este deber quisiera ser estrictamente justo.

Recordaré á los que le demostraron su afecto procurando su bien y que él no menciona en sus cuartillas anteriores. En ellas falta el nombre de quien le quiso desde su juventud, y que fué para él como un hermano: Eduardo León y Serralvo, por cuya amistad redactó mucho tiempo *El Cronista*; y el de aquellos que le alentaron, ya en sus últimos años, á acabar su jornada fatigosa: Benito Pérez Galdós, Miguel Moya, Miguel Ibern y Francisco Verdugo.

Ellos le acompañaron con buen amor hasta que cayó para siempre al borde del sendero; entonces sintieron un dolor profundo, y después, con la tristeza de su recuerdo, continuaron su jornada,

Tenía la complexión robusta, los movimientos vigorosos, y en todos su ademanes y maneras, presteza y gallardía. Tenía el color moreno, la frente noblemente espaciada, los ojos grandes, la nariz abierta, la barba recortada. Le eran muy peculiares la mirada centelleante y el andar airoso, y de todo él se desprendía una expansiva fuerza interior.

Era valeroso, con la impetuosidad meridional de la tierra, como en los Percheles libremente criado. No gustaba de las distracciones monótonas de la clase media, y de mejor gana íbase por los barrios á compartir las fiestas del pueblo. Amaba lo luminoso, lo recto y lo sencillo. Era muy crédulo para las cosas de bondad. Juzgábalo todo según su corazón y así vivió lleno de confianza.

*
* *

La más viva afición que sintió mi padre, quizás la única, fué por las antigüedades. Tuvo por las cosas viejas, arrancadas al polvo de los siglos, este amor peculiar á los ingenios andaluces; amor por los restos esparcidos, desolados, de otras épocas que evocaban; por las monedas herrumbrosas; por las pinturas patinadas; por la alfarería árabe, deslumbrante de color; por las piedras con inscripciones latinas, de recto trazo. Sumergía su espíritu en este amor, embalsamándole. Despertóse esta

afición en él cuando en su pecho se fueron calmando las pasiones, y acabó poco antes de su muerte, cuando ya sólo en la muerte pensaba, y ya la visión de los tiempos idos se convirtió en pasajera y sin importancia, ante la visión infinita, permanente, ilimitada, que de lo venidero le trajo la fé-

*
* *

Por los años de 1907 y 1908, cuando mi padre, enfermo, iba sintiendo su espíritu fatigado, paseábamos juntos en las claras mañanas, por las afueras de la ciudad. Ibamos por los caminos polvorientos, entre huertas cercadas de pencares; y luego dejábamos la carretera para internarnos en los olivares, en los pastos, en los viñedos, en los lechos de arroyo sin caudal; por las laderas accidentadas, donde el romero florecía. Al paso nos saludaban los pastores, el labriego que trabajaba en su heredad, la moza que á la puerta de la casa se entretenía en sus quehaceres, con esa cortesía proverbial en las soledades; y luego el cansancio nos tumbaba al pié de algún árbol umbroso, en el huerto de cualquier buen hombre, que á veces se acercaba á nosotros á echar un cigarro, y entonces, en aquellos descansos, cara al cielo, mi padre me hablaba de la vida.

Por aquel tiempo ya tenía una visión providencial de todas las cosas. El milagro perdurable del

mundo, de nuestra existencia, de nuestro conocimiento, se iba revistiendo para él de esa bondad y hermosura que le presta la idea del principio inteligente y de la finalidad justa. Por esta creencia amaba la naturaleza de un modo diferente al mío. Se encontraba en ella comprensivo, fuerte, dominador, alegre de su superioridad, cuando yo me sentía como perdido y humillado solo en mi desconocimiento de todo aquello y de mí mismo. Esto le hacía sufrir, porque me amaba mucho, y procuraba infundirme sus visiones risueñas, sus ideales optimistas. Me enseñaba lo que él había aprendido del mundo, de los hombres, de sus obras y de su voluntad. Como todo inadaptable, mi padre sentía un desdén vago por la lucha por la vida, por los hombres que sin ideal, sin inteligencia, con un grosero valor social, imponían en la vida moderna sus ideales mezquinos; pero esto vagamente, porque era fatalista y contemplaba las cosas con curiosidad, pero sin pasión.

Entonces me decía que no todo es dolor ni miseria; que un momento de sentirse vivir, henchido de vida, á pleno sol, á pleno cielo, amando las cosas infinitamente, en un generoso desbordamiento de la sensibilidad, valía las mayores penalidades; me decía su conformidad desdeñosa con el orden de cosas existente, porque nada bueno esperaba por llegar; todo el fondo firme, claro, tra-

bado de sus ideas, que le daba una serena visión del mundo y una indiferencia feliz por el destino.

¡Claros mañanas, ya apagadas en su pensamiento, en que á pleno cielo, en la alegría de los campos, todos los consejos de su amarga experiencia se convertían en una generosa, en una intensa canción de vida!

*
* *

He tenido temor de llegar á los últimos años de la vida de mi padre, porque aun son para mí dolores vivos y heridas abiertas. Estos años fueron para él como una agonía, y su recuerdo me desconsuela más que cuando asistí á ella, porque entonces no acababan en mí las esperanzas de remedio.

Estos años acerbos fueron, sin embargo, los de su más copiosa y febril producción intelectual; en los que alcanzó los mayores premios. En ellos, para ir viviendo, esforzándose con sus últimas fuerzas, dió volúmenes sin descanso: *Las de Pinto*, *De Andalucía*, *Béticas*, *Cielo azul*, *De mis parrales*, *Romances Andaluces*, y toda esta labor, sobreexcitada, hecha en un gradual agotamiento de salud, siempre creyendo que el último libro lo sería para siempre. En estos años sus cabellos blanquearon del todo y su rostro se surcó, hollado por el infortunio y la fatiga. Desmayaba su espíritu y alguna satisfacción moral lo levantaba por al-

gún tiempo. Sostúvole la Academia nombrándole correspondiente; sostúvole Málaga con su homenaje; sosteníase por el pan bendecido de su triunfo, y en falsos alardes de salud, se le veía cruzar por las calles de Málaga como un fantasma de los tiempos idos; todo su cuerpo estremecido por la debilidad, todo su espíritu yerto por la derrota de su vida, en el apogeo de su fama.

Padeció una atonía del estómago que le permitía una alimentación apenas suficiente para ir viviendo; á pesar de ello, tuvo que dedicarse á un excesivo trabajo intelectual, y la falta de economía trajo el desarreglo nervioso, la neurastenia, que entenebreció sus últimos años.

Ya os he dicho del modo que era mi padre. Su visión clara del mundo fué más fuerte que la enfermedad. Así, el trastorno, la depresión de sus nervios, le empeoró el estómago, le atacó el corazón; pero fué impotente contra su imaginación sublimada, y mientras su estado no le permitía muchas veces salir de su cuarto de trabajo, levantarse del lecho aun, hacía novelas, cuentos, poesías; toda esa producción última, que la crítica llamaba de apogeo, en sazón, cuando de su mano desmayada se escapaba la pluma.

Murió lentamente, despidiéndose en versos suaves de aquella impetuosa, apasionada Andalucía de su juventud, que moría con él. Ante sus pupilas melancólicas pasaba el tropel vistoso de las mujeres de la tierra, grandes en el fuego de su corazón; pasaban los mozos, orgullosos y nobles, en la apostura de su valentía; pasaban para no volver por los callados caminos andaluces. Entonces sus pupilas relampagueantes, ya apagadas en nubes de tristeza, veían las fiestas ya acabadas, las castañuelas mudas en las manos caídas, y en la copla gitana encendida la queja, elevado el sollozo sobre el desmayo de los corazones.

Sentía una tristeza infinita en esta despedida de su tierra. Al través de los cristales de su cuarto de trabajo embebeciase en la contemplación de los claros verdores; dejaba mecer su espíritu en el ritmo de las canciones populares, elevadas en el atardecer; y más la amaba mientras más su corazón, harto de sentir, cansado de ímpetus, iba fatigándose lentamente.

El, que, en la serenidad de su optimismo, no había querido nunca reconocer la tristeza andaluza, tomaba contra ella su última actitud. Rodeábase de colores brillantes, pasaba las horas al sol, se enamoraba de la primavera, y, sin embargo, Andalucía, que había sido fuego de su amor y alma de su vida, era ya sólo un triste desfile de visiones

lejanas, y con ellas iba su gloria, iba su juventud... Adiós, por los alegres caminos, el arriero, el tratante, las vistosas parrandas, la comitiva fastuosa de los campesinos desposorios. Adiós, por el atajo, el caballista; adiós, por la calle bulliciosa, la enamorada del airoso talle, el viejo sentencioso, el mozo juncal. Adiós todos, que os perdíais por los senderos de la vida, los que estais ya apagados en su pensamiento.

*
* *

El volver los ojos á estos últimos tiempos me acongoja demasiado para que pueda evocarlos con serenidad. Quizá cuando los años pasen y tenga el espíritu asido á nuevas raíces, podré hablaros de ellos sin sentir más que un poco de melancolía. Tengo en mi alma las cenizas de su vida, y, seguramente, al deciros sus amarguras, sus soledades, no sería debidamente justo.

Luego, ante la danza de la muerte, todo el pasado se trasmuta. Lo que era alegre se convierte en triste... Cuando de este modo queda uno abandonado, no confía ni aun en sus sentidos, arrastrándolos sobre las apariencias de las cosas. El espíritu navega sin estela ni rumbo en la infinita vacuidad de todo.

Mejor que yo os hablarán sus versos. Expresó

su dolor porque tuvo fé; sin ella no lo hubiera expresado, porque la muerte es bálsamo y herida.

*
* *

Murió en 17 de Junio de 1913. Sereno, optimista, se perdió en la sombra... Su corazón se aquietó para siempre. Dentro de más ó menos tiempo, cuando se aquiete al mío, estas líneas, indiferentes á todos, será lo único que quede expresando nuestro mútuo amor.

ADOLFO REYES

Málaga Septiembre 1913.

Sr. D. Miguel Ibern

En momentos de los más difíciles, en días de los de más triste recordación para mí, y digo más, porque todos los de mi vida lo fueron de rudo y terco batallar, Paco Verdugo pidió apoyo para mí desde las páginas de Mundo Gráfico.

Nunca olvido la gratitud que debo á los compañeros que de modo tan efusivo me prestaron en la Prensa su poderoso concurso; á los representantes del pueblo en que nací; á quien por aquel entonces figuraba al frente del Ministerio de Instrucción Pública; al insigne Galdós, el queridísimo y respetable maestro, gloria de las letras españolas, y á tantos como al llamamiento del director de Mundo Gráfico solicitaron para mí, á coro, el apoyo del gobierno.

Y entre todos los que á su voz respondieran, usted, cuya mano nunca he tenido el honor de estrechar; usted, á quien entonces no conocía, por jamás habernos tropezado en los caminos de la vida, acudió á mí, diciéndome:

“Yo quiero, yo ambiciono ser para usted todo lo

generoso cuanto mis medios me permitan. Rudo hijo del trabajo, sé lo que es pelear contra los rigores de la suerte; en días de desfallecimiento, en esos en que el espíritu desmaya, su labor literaria sirviome de solaz; ofició como de sedante con el alma que se rendía, devolviéndome fuerzas para proseguir el comenzado torneo. Créome, pues, su deudor, y aunque sé que con dinero no se pagan deudas de esta índole, yo deseo sinceramente que usted pueda remontarse por las azules y serenas latitudes del arte, sin que los apremios del vivir le fatiguen. Salve usted la tiranía de los formulismos sociales, y cuente usted conmigo como pudiera contar con el hermano más cariñoso."

No fué la de usted la inspiración, la exaltación de un momento; tantas veces como encontró oportunidad insistió, y sigue insistiendo, en que me apoye en el brazo que me ofrece; y esta actitud tan simpática, tan amplia, tan noble, tan exótica en este medio en que nos desenvolvemos espoleados por todos los egoismos y por todas las codicias, háme llegado tan al fondo del corazón, que me siento obligado á usted por una obligación tan honda, de tan honda gratitud, que jamás podré pagar, y cuyos caracteres relucen indelebles en mi alma.

Hoy, al preparar este último volumen de versos, que, si se llega á publicar, se publicará seguramente cuando ya Dios haya puesto fin á mi tan combatida existencia; al prepararlo, repito, ha surgido en mi de modo veheméntísimo el deseo de ofrecérselo á usted,

como recuerdo tan cariñoso como sin valor de la amistad que le profeso.

Como al leer estas páginas ya dormiré el sueño de la eternidad, esta voz mía llegará á usted como arrancada por la gratitud al silencio de mi tumba.

Ore usted por mí á Dios, y puede que algún día el abrazo que no nos dimos en vida se lo den nuestras almas inmortales, mas allá de donde vuela el condor, irisa el sol las nubes y vela el querube en los dinteles del cielo.

Arturo Reyes

Málaga Mayo 1913.

¡Oh, Dios, que los mundos disparas ó enfrenas,
que ocultas Tu Esencia cual fuente sellada,
ten misericordia del que sin velamen,
ni remos, ni brújula, navega en su barca!

Su barca, que azotan con rabiosos ímpetus
los vientos más duros, las olas más fieras;
que todos los bajos desgarran su quilla;
que todos los aires destrozan su vela.

¡Oh, Dios! Si Decreto Divino es que rota
por siempre en las ondas se hunda la nave;
si es que Tú lo ordenas, ¡benditos los vientos!,
¡benditas las rocas!, ¡benditos los mares!

Mas si concediste poder al destino
para que la hunda ó la lleve al puerto,
impide, ¡oh, Dios mío!, que el barco se inunde,
que el mar iracundo la hunda en su seno.

Yo ya no cual antes la senda recorro,
sin bridas ni riendas que mi ímpetu enfrenen,
que en casi laguna de ondas dormidas
por mi bien, ¡Dios mío!, trocése el torrente.

Pasaron los años que abrasa el estío,
fogosos corceles que, ráudos, galopan
las crines al viento; fogosos corceles
que todo lo pisan, que todo lo arrollan.

Y llegó el Otoño ¡tan pálido y grave!
Sus frescos verdores perdieron las ramas,
y, ¡oh Dios! ¡oh Dios Santo!, ¡cuán hondo silencio!
ni zumba la abeja, ni el pájaro canta.

Sobre los escombros del áureo palacio

de mis ilusiones, la aciaga fortuna
levantó su tienda, en donde encontraron
abrigo las penas y abrigo las dudas.

Y ¡ay, cuántas! Ay, cuántas noches, desolado
pasé bajo el yugo de dudas y tedios;
mas una, ¡oh Dios Santo! tu voz inefable,
¡divina armonía! llegó hasta mi pecho.

Y entonces, oh, entonces, surgió ante mis ojos
Tu Imagen, la Imagen que en mí ya remota
niñez, adoraba de hinojos, tu Imagen
divina, en la cumbre sangrienta del Gólgota.

Tu frente, de espinas y luces nimbada;
de sangre cubierto tu rostro divino;
y oí cual decías: Perdónalos, Padre,
que ignoran que hieren tu pecho en el mío.

Y, ¡oh extraño y profundo misterio!, mi alma
contempló tu imagen con pena infinita,
y, de llanto llenos mis ojos, de hinojos
postréme cual nunca postrádome había.

Colgué de mi cuello la Cruz sacrosanta
que es casi del orbe ya todo bandera;
que en mí despertado tu acento ya había
la fé, que en mi alma su luz ya destella.

Y ví, ya por puros, límpidos, cristales,
lo que antes mis ojos, ¡oh, Dios! no veían;
ví cuál los querubes tu gloria cantaban,
y cómo el querube rebelde rugía.

Ví cómo tu Santo Divino Oriflama
cruzaba triunfante doquier por el mundo,

y ví cuál las ondas del Rhin repetían
tu nombre, y las ondas que arrastra el Danubio.

Tu nombre decían las hordas guerreras,
el sármata, el huno, el vándalo, el suevo,
y el godo, y el galo, y el persa, y el indo,
y el vasco indomable, y el cántabro fiero.

De Saulo resuena la voz prepotente,
haciendo á sus sonos temblar el Olimpo;
y no hay en la tierra rincón olvidado
que no sucumban, deshechos, los ídolos.

De los torpes Césares el bárbaro encono
hace que tus mártires sacien de las fieras
los ciegos instintos, al par que con otros,
humanas antorchas, alumbran sus fiestas.

Mas todo es en vano: que en vano pretenden
que el miedo intimide á tu santo ejército,
y ante él nada valen las bravas legiones
que al celta y al galo y al cimbrío vencieron.

En vano la ira les presta su impetu,
en vano su odio les presta constancia,
que, eterna y retando de sus enemigos
las huestes impías, la Cruz se levanta.

Y ví cuál los siglos doblaban vencidos
ante ella la frente, y ante ella postrados
ví al sármata, al vasco, al huno y al ibero
y al persa y al indo y al godo y al vándalo.

Y entonces, ¡oh, entonces!, entonces, Dios mío,
bendije mi llanto, bendije mis penas,

¡qué importa mi llanto si el llanto redime,
si aroma de nuevo las flores ya muertas!

Mas ya de mis bríos se agota la fuente,
y ansío tan sólo dar fin al sendero,
y volar allende la Santa ribera,
allende la tumba, y allende los cielos.!

ORIENTAL

Eran dos perlas en una concha,
eran dos mirtos en una rama,
adormecidos entre mis brazos,
dos cabritillos eran de gama,
eran dos cisnes en un estanque,
eran dos tímidas palomas blancas,
eran dos flores que ya no brillan
y eran dos aves que ya no cantan.

¡Dicen que han muerto! mas es mentira,
diz que de Bascher la cimitarra,
cual las espigas siegan las hoces,
segó implacable ya sus gargantas;
mas es mentira, que Dios no pudo
dejar que crimen tal realizaran;
pero si es cierto, si no es mentira,
si es que murieron, guay de Moawia,
y, guay de Bascher, su vil sicario,
que de Dios pronto caerá la espada
sobre sus cuellos... ¡Mas, ay, ninguno
osa vengarmel.. Murió en mi patria
ya el valor, nadie de mí se duele,
nadie pretende secar mis lágrimas,

nadie mi horrendo dolor mitiga,
nadie me brinda con la venganza

Oh, Dios, que riges nuestro destino,
oye mis súplicas y mis plegarias,
oye y atiende mi ardiente ruego,
oye y atiende mi voz, que clama
por los desiertos y las ciudades,
y las llanuras y las montañas.
Mas es mentira, que ellos no han muerto.
Ellos aun viven, ellos me aguardan,
ellos me tienden sus tiernos brazos,
mis gargantillas las más preciadas,
desde sus cunas, por mí mullidas;
ellos me invocan, ellos me llaman,
con sus gorjeos—Madre—me dicen
—Madre, mi madre, madre del alma.

¡Oh, pobre madre, cuán honda pena
tu noble y triste pecho desgarrar,
y al par anubla tu inteligencia,
antes tan lúcida, antes tan clara!
¡Cómo tu acento turba á la gentel
¡cómo tu hondo dolor la espanta
cuando te encuentra por los senderos
cruzar errante como un fastasma,
hecha girones la regia túnica,
la rica crencha desmelenada,
siempre doliente, siempre gritando:
Eran dos tímidas palomas blancas,
eran dos perlas en una concha,
y eran dos mirtos en una rama!

Y en tanto ella llora su cuita,
bajo las bóvedas del regio alcázar:

¿Qué es de los hijos de Alí?, pregunta
á su sicario Bascher, Moawia,
y sonriendo pérfidamente
su vil sicario, con la mirada:
—¡Muertos!—respóndele, y al par el pomo,
rico en zafiros y en esmeraldas,
del corvo alfange, rápido, oprime,
sin que consiga turbar su calma
de su conciencia la voz que grita,
la que en la tumba tan sólo calla.

Y en tanto cruzan plácidamente
por los salones del regio alcázar
los dos guerreros, la triste madre
vá por las rutas más solitarias
hecha girones la rica túnica,
y en sangre tinta la breve planta;
los bellos ojos llenos de espanto,
llenos de fiebre, llenos de lágrimas;
siempre gritando, con voz tan triste
como un gemido y una plegaria:
¡Eran dos cisnes en un estanque,
dos cabritillos eran de gama,
y eran dos flores que ya no brillan,
y eran dos aves que ya no cantan!

A LA MUERTE

¡Oh muerte, ya te presiento!
Ya, con sigiloso y lento
paso, acercándote vas,
y en breve tal vez al lado
del que tanto te ha invocado
llegarás.

Llegarás grave y sombría,
y tu mano, yerta y fría,
sin ternura ni rencor,
pararse hará de repente
el latir de mi doliente
corazón.

Del triste corazón mío,
qué se me muere de hastío,
de cansancio y de inquietud;
que terco el dolor azota
desde mi, ya tan remota,
juventud.

Del mundo cansado, el mundo
desdén, y tan sólo fundo
mi esperanza en olvidar

las penas que en mi camino
germinar hace el destino
sin cesar.

Las flores que marchitaron
los vientos que me arrullaron
para azotarme después,
¡espejismos del desierto!
ya es sólo un páramo el huerto
de mi ayer.

Yermo triste y sin verdores,
donde todos los rigores
¡oh, muerte! siempre sufrí;
por eso el alma cansada
tantas veces su mirada
puso en tí.

Ya, brindándome un asilo,
te veré llegar tranquilo,
tal vez, tal vez con temor:
¡triste condición humana,
quién al verte ya cercana,
no tembló!

¡Quién no tembló al contemplarte!
¡Quién, á su lado al mirarte,
no amó, cobarde, el vivir!
¡Tan sólo el niño y el justo
no tienen el ceño adusto
para tí!

Todos se aterran al verte;
y quién sabe si yo, ¡oh muerte!
cuando llegue mi postrer
momento, también vencido,

no obstante lo que he sufrido,
temblaré.

¡Mas por qué temblar, Dios Santo!
¿por qué ha de temblar quien tanto
en su ruta te invocó?
¿por qué al verte frente á frente
ha de temblar mi doliente
corazón?

Oye mi ruego, Dios mío:
rompe este cristal sombrío
por el que me hacen mirar
aún la muerte los terrores
que sienten los pecadores
nada más.

No los justos, ni los buenos;
no los que miran serenos
el incierto porvenir;
sí los tristes, los manchados,
los que viven alejados
del redil.

Ven, ¡oh, mi Dios! en mi ayuda,
y mi corazón escuda,
Luz, esencia de la Luz,
puesto que volar anhelo
por el azur de ese cielo
tan azul.

Ven en mi ayuda, ¡Dios mío!
¡Cuán grande es tu poderío!
¡cuán inmenso es tu saber!
¡cuán infinita tu ciencia!

¡cuán grande la omnipotencia
de tu Sér!

Tu misericordia ¡cuánta!
¡cuántas veces Santa y Santa
tu increada excelsitud!
Oye, oh, Dios omnipotente,
el himno de mi ferviente
gratitud.

¡Oh, Dios! benditó el momento
en que el loco pensamiento
volar á Tí consiguió!
Tronó la voz del Profeta,
y, ante tu altar, el poeta
se postró.

Y bendita, ¡oh Dios! la muerte,
si al morir consigo verte,
ó á verte puedo aspirar
al cumplirse mi condena,
y bendita sea la pena
conque me has de castigar.

Á MÁLAGA (*)

Málaga hermosa,
Málaga mía,
gala y orgullo
de Andalucía;
tú eres mi musa bella y riante,
tú, en cuyo seno Dios ha vertido
pródigamente, todo un torrente
de luz ardiente; Dios que ha tejido
para tu espléndido seno turgente
un chal, que envidian los del oriente,
con la más bella luz meridiana;
tú, la de tardes tan en fulgores
ricas, que en ellas abren las flores
al confundirlas con la mañana.

Málaga mía,
mágico emporio
de la hermosura;
donde es notorio
son tus hermosas, maravillosas
flores, ornato de tus jardines,

(*) Leída por el autor en el homenaje que Málaga le hizo.

todas preciosas, todas airosas,
todas graciosas, todas afines;
cual los jazmines, como las rosas;
las que tus calles tornan vergeles,
las que Afrodita sólo remeda,
tus crisantemos de la Alameda,
cual tus *bengalas* de los Percheles.

Por tu riente
cielo, que brilla
cual de zafiros,
que es maravilla
cuyos encantos todos pregonan;
tristes suspiran los de tí ausentes,
los que, doientes, sólo ambicionan
verte de nuevo, cuando sus frentes
aren los años; los que pregonan
su amor y un himno de amor te entonan
en las lejanas verdes sabanas,
antes hispanas, antes iberas;
los que suspiran por tus praderas
en las praderas americanas...

Yo te amo toda,
Málaga mía,
perla irisada
del mediodía;
yo amo tus restos y tradiciones
—de tu pasado ricos trofeos—
la índole brava de tus pasiones
y el loco ímpetu de tus deseos;
y tus decires y tus canciones,
casi agarenas, en cuyos sonos
amor sus dulces notas desata,
cuando á la nítida luz de la luna

da sus acordes, en la moruna
reja florida, la serenata.

Yo amo tus barrios,
tan populares,
en donde lucen
de mis cantares
las andaluzas musas morenas;
yo amo sus bellas típicas dotes;
yo amo tus playas, donde sus penas
dan al olvido tus jabegotes
cuando sus redes en las arenas
fulgen de plata viviente llenas;
yo amo y acato cual soberanas
tus bellas, galas de tus salones,
y las que ocultan, cual cortinones,
las campanillas en tus ventanas.

Yo amo á tus hijos,
y á los prendados
de tu hermosura,
que en inspirados
cantos, derroches son de armornía;
á los que siervos de tu belleza,
de tu majeza, de tu hidalguía,
cantan, cual canto yo, tu nobleza,
tu gentileza, tu bizarría;
á tus cantores, Málaga mía,
más inspirados, no más sinceros,
á los que orgullo son de tu historia,
los que tu frente nimban de gloria,
á tus poetas, mis compañeros.

Por tanto amarte,
no quise nunca

dejar tu seno,
donde se trunca
mi vida toda, donde he vivido,
donde he sufrido, donde he luchado
más olvidado que bien querido;
mas aunque siempre más me han amado
lejos del nido donde he nacido,
¡cómo dejarte si siempre has sido
y eres la musa de mis canciones!
¡cómo dejarte si tú los sonos
de mis canciones das á mi lira!

Cómo dejarte,
cuando tus brazos
ciñen mi cuello
cual dulces lazos
que me encadenan; cuando propicias
son tus miradas, cuando me ofreces
tantos halagos, tantas delicias,
y me arrebatas y me enloqueces
y me embriagas con tus caricias;
cuando de madre, por fin, oficias;
cuando mirándome ya encanecido
por fin me llamas tu bien amado;
cuando dichoso y enamorado,
ser por tí amado ya he conseguido.

¡Ay, no te dejo,
no te abandono,
que es en tu seno
donde ambiciono
ver acercarse mi hora postrera,
cuando, ya á salvo mi caravana,
dejar consiga tras la frontera,

siempre indecisa, siempre lejana,
de los abrojos que hallé doquiera
pose mi planta! ¡Ay, quién pudiera
tras tantas luchas y sinsabores,
dormir tranquila y eternamente,
bajo tu cielo resplandeciente,
bajo tus campos llenos de flores!

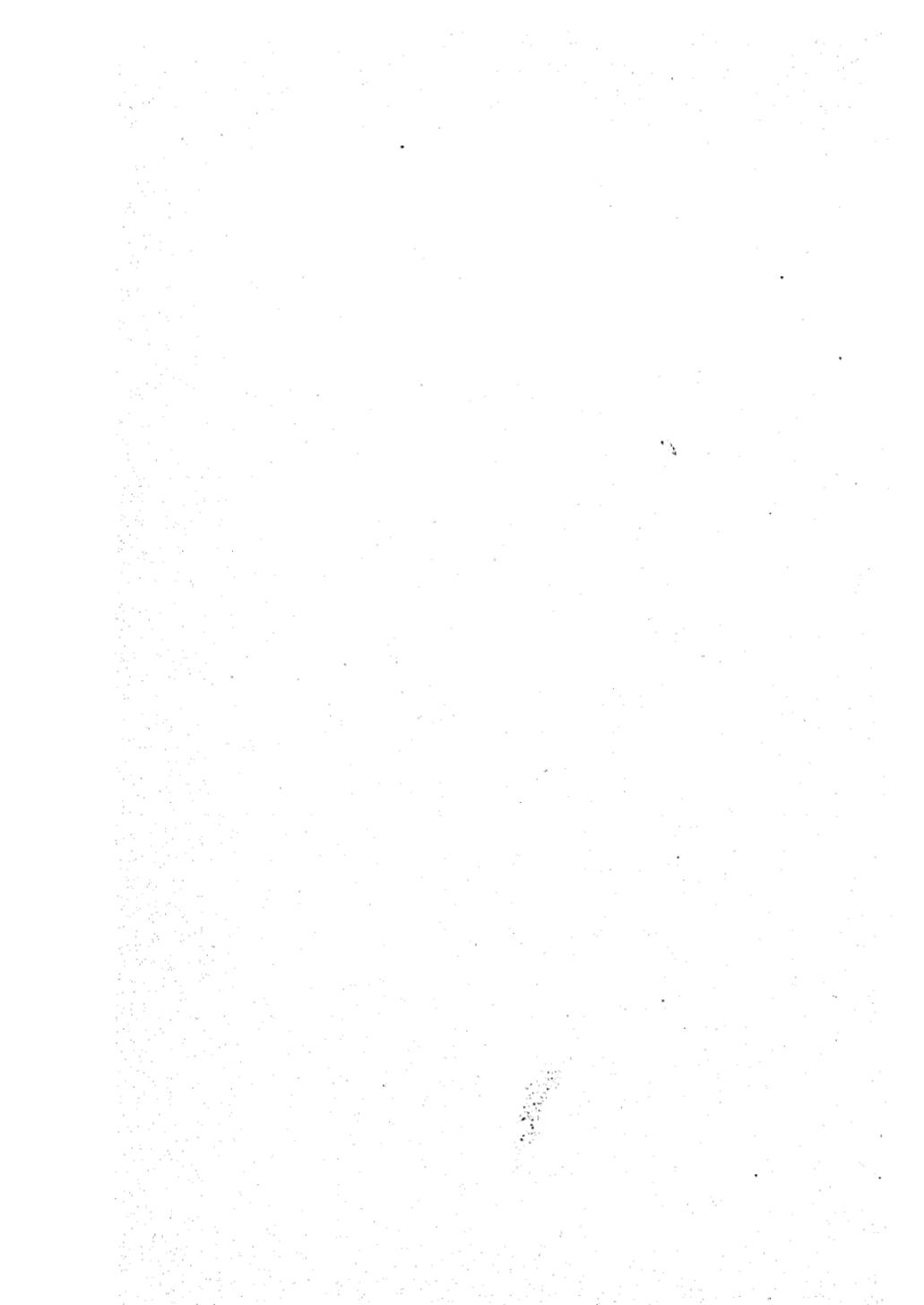
CASTOS AMORES

¡Oh, blanco seno que brindó á mi boca
en perfume sutil, dulces delicias!
¡Oh, blancas flores al amor propicias!
¡Oh, blancas flores que mi amor invoca!

¡Oh, seno que juzgué tallado en roca,
que febril palpitaba á mis caricias!
¡Oh, blanco seno, que en mi mente oficias
de mágico jardín que el alma evoca!

¡Oh seno, oh blanco seno, ya no eres
manantial de ardentísimos placeres,
sino altar donde están mis ojos fijos!

Seno ya ungido por celeste encanto,
que algo celeste es ya, y es algo santo
el casto seno que nutrió á mis hijos.



LA LEGIÓN DIVINA

Para D. Luis Suárez

Nunca mueren, nunca mueren
los invictos paladines
que, explorando de los cielos
y la tierra los confines,
interrogan el arcano
de la vida sin cesar;
nunca mueren, nunca mueren
los constantes luchadores,
que rasgando van las sombras
con sus dardos brilladores,
y caminan, y caminan,
siempre en pos del ideal.

¡Cuán preclaros! ¡cuán tenaces!
¡Cuán indómitos guerreros!
¡Cuán radiantes, cuán bruñidos,
cuán lucientes sus aceros!
¡Cuán gloriosa, cuán altiva,
cuán excelsa la legión!
¡Cuán intrépidos cruzando
van la arena del combate!

¡cuán veloces sus corceles!
¡cuán áureos sus acicates!
¡cuán sus ímpetus soberbios!
¡cuán augusta su misión!

Son filósofos, son sabios,
son videntes, son profetas;
son artistas, soñadores
y eremitas y poetas;
son espíritus ardientes;
son espíritus de luz;
son cual faros, que los mares
y las costas iluminan;
son hipógrifos celestes
que á los cielos se encaminan;
son humanos redentores,
que también llevan su cruz.

Ellos son los que no mueren,
ellos son los inmortales;
los que fulgen como estrellas
en las cumbres ideales;
los que un surco van dejando,
de fulgores, de sí en pos;
y delante de la hueste,
como un sol esplendoroso,
más que un sol y que cien soles
refulgente y luminoso,
va, la hueste acaudillando,
el Divino Redentor.

La parábola en su labio
como el rayo centellea,
y destila más dulzores
que un panal de miel hiblea,

y derrama, más que el día,
refulgente claridad;
con su planta poderosa
huella el símbolo pagano,
y en sus hombros redivivos
lleva el símbolo cristiano,
en que un día, con su sangre,
redimió la humanidad.

Es de Dios el Hijo Santo
en el que Dios se recrea;
es el hijo de María,
Lirio Santo de Judea,
el que á Lázaro levanta,
y el que al ciego le hace ver;
y distantes del Dios Hombre,
muy distantes, muy distantes,
los que siguen sus banderas,
los espíritus radiantes,
los espíritus videntes,
caminando van tras Él.

Son filósofos, son sabios,
son videntes, son profetas,
son artistas soñadores
y eremitas y poetas;
son espíritus ardientes;
son espíritus de luz;
son cual faros que los mares
y las costas iluminan;
son hipógrifos celestes
que á los cielos se encaminan;
son humanos redentores
que también llevan su cruz.

VEN

Ven á mí, aunque tu voz ya no resuena
vibrante de pasión y de armonía,
como cuando en mirar me embebecía
tu faz, que há tiempo marchitó la pena.

Ven y rompe un instante la cadena
que oprime sin cesar el alma mía;
esta honda y mortal melancolía
que inunda el corazón y lo envenena.

Ven y evoquemos la que fué tan grata
clara fuente de amor de ondas de plata,
dulce y ardiente manantial de antojos.

Y haz como yo, que al respirar tu aliento
lanzaré hacia el pasado el pensamiento,
y para verte cerraré los ojos.

SALVE ⁽¹⁾

Salve, tierra americana,
de mi noble tierra hispana
trasunto por tu hidalguía:
tú, la que arrulló amorosa
mi patria, mi patria hermosa,
mi patria, la patria mía.

Mi patria, que tanto adoro;
mi patria, que es un tesoro
de grandezas seculares;
la que te adurmió en sus brazos,
al calor de sus abrazos
y al ritmo de sus cantares.

La que al verte engrandecida,
de materno orgullo henchida
te contempla sonriente;
la noble matrona ibera
de regia sien, la primera
que puso un beso en tu frente.

(1) El autor escribió este saludo llevado por el propósito, que mantuvo muchos años y nunca realizó, de visitar la América Latina, sobre todo Buenos Aires. Recibánlo ahora los que allí no olvidan su nombre.

En tu frente, pueblo hermano
del glorioso pueblo hispano,
del pueblo en que mi destino
me hizo nacer, al arrullo
de sus brisas, pueblo, orgullo,
gala y prez del mar latino.

Salve, pueblo que en las horas
tristes, con mi patria lloras
cual males tuyos sus males,
y borrando las estelas
de su dolor, la consuelas
con tus caricias filiales.

Y salve, también, aquellos
nacidos á los destellos
del mismo sol refulgente
que por mi buena fortuna
mi frente besó en la cuna
como besó vuestra frente.

Los que jamás al olvido
la tierra en que hemos nacido
dísteis, al olvido ajenos,
lo mismo al pie del Sorata,
que en las márgenes del Plata,
y que en los Andes chilenos.

¡Salve! ¡Salve! yo os saludo;
yo á vuestros lares acudo
por estrechar vuestra mano,
y saciar un hondo anhelo
de cantar bajo este cielo,
del cielo andaluz, hermano.

Yo vengo de Andalucía,

de bajo un cielo en que el día
su azul más bello tremola;
de los béticos vergeles;
del joyel de los joyeies
de la nación española.

No vengo de la opulenta
Gades, que altiva nos cuenta
sus remotos poderíos;
no de la gentii Granada,
la mora, la recamada
con el oro de sus ríos.

No de Sevilla, que brilla
como una flor-maravilla
del Betis en la ribera;
no de Huelva poderosa;
no de la campiña hermosa
de Jerez de la Frontera.

No de Córdoba sultana,
de egregia sangre africana,
que con su esplendor fascina
al que un punto logra verla;
no de Almería, la perla
de la costa levantina.

Vengo de donde he nacido,
de allí de donde mi nido
suspender me hizo mi estrella,
de mi Málaga esplendente,
de mi Málaga riente,
de mi Málaga la bella.

De allí vine, de allí os traje,
en fraternal homenaje,

de la altiva musa hispana
la canción más insonora;
mi canción de stirpe mora
y de stirpe castellana.

Pobre es mi lira, y en vano
en que module me afano
notas al ritmo sujetas,
y en que remede los sonos
peregrinos, las canciones
que cantan vuestros poetas.

No obstante, ofrendarte quiero
mi trova, y que oigas espero
mi trovar, y en tí confía
el trovador, que sin duda
tendrá el cantor en su ayuda
tu proverbial hidalguía.

Y al que mi trovar atento
quiera oír; al que á mi acento
andaluz le preste oído,
le haré, al son de mis cantares,
visitar aquellos lares
de donde á verte he venido.

Ver le haré mi Andalucía;
sus hembras, de gallardía
derroche; rico derroche,
de aromas sus labios rojos;
con la alborada en los ojos
y en el cabello la noche.

Hembras-palmeras, rivales
de las palmas tropicales,

dulces ondas de placeres,
luminosas como estrellas,
y tan bellas, que cual ellas
tan sólo ví tus mujeres.

Sus mozos de pelo en pecho;
cual siempre huracán deshecho
sus pasiones africanas;
y oirá *polos* y *jaberas*,
serranas y *carceles* as,
y *seguirillas* gitanas.

De su casa los umbrales
cruzarán, verdes parrales
le servirán de doseles,
y oirá trinar las vihuelas
tras artísticas cancelas
de nardos y de claveles.

Le haré ver al bandolero
andaluz, de caballero
y de ladrón mezcla extraña,
que seduce al par que aterra,
que fué más rey en la sierra
que lo es el rey en España.

Pasar haré ante su vista,
en pintoresca revista,
los más típicos y bellos
panoramas andaluces,
tan llenos de luz, que luces
toman los soles en ellos.

Y, si de ver ya cansado
el presente, del pasado

rasgar quiere las neblinas,
yo, de complacerle ansioso,
descifraré el misterioso
lenguaje de las ruinas.

Yo haré que yerga la frente
la noble estatua yacente
de los tiempos medioevales;
ver le haré sus castellanas,
en las góticas ventanas
de sus torres señoriales.

Al vibrar de los clarines,
ver le haré cien paladines,
famosos por su denuedo,
en cien fogosos bridones,
prendidos ricos airones
en sus cascos de Toledo.

Ver le haré, con sus caudillos
indomables, cien castillos,
testigos de cien hazañas,
que aún del tiempo los asaltos
resisten en los más altos
picachos de las montañas.

Y si quiere del poeta
sondar el alma, que inquieta
va en pos del ensueño vano
que jamás ha conseguido,
le mostraré, agradecido,
el corazón en la mano.

De mi patria tan remota,
un recuerdo en cada nota

le brindará la voz mía,
que por eso vine á veros,
que por mi canto ofrecer
yo vine de Andalucía.



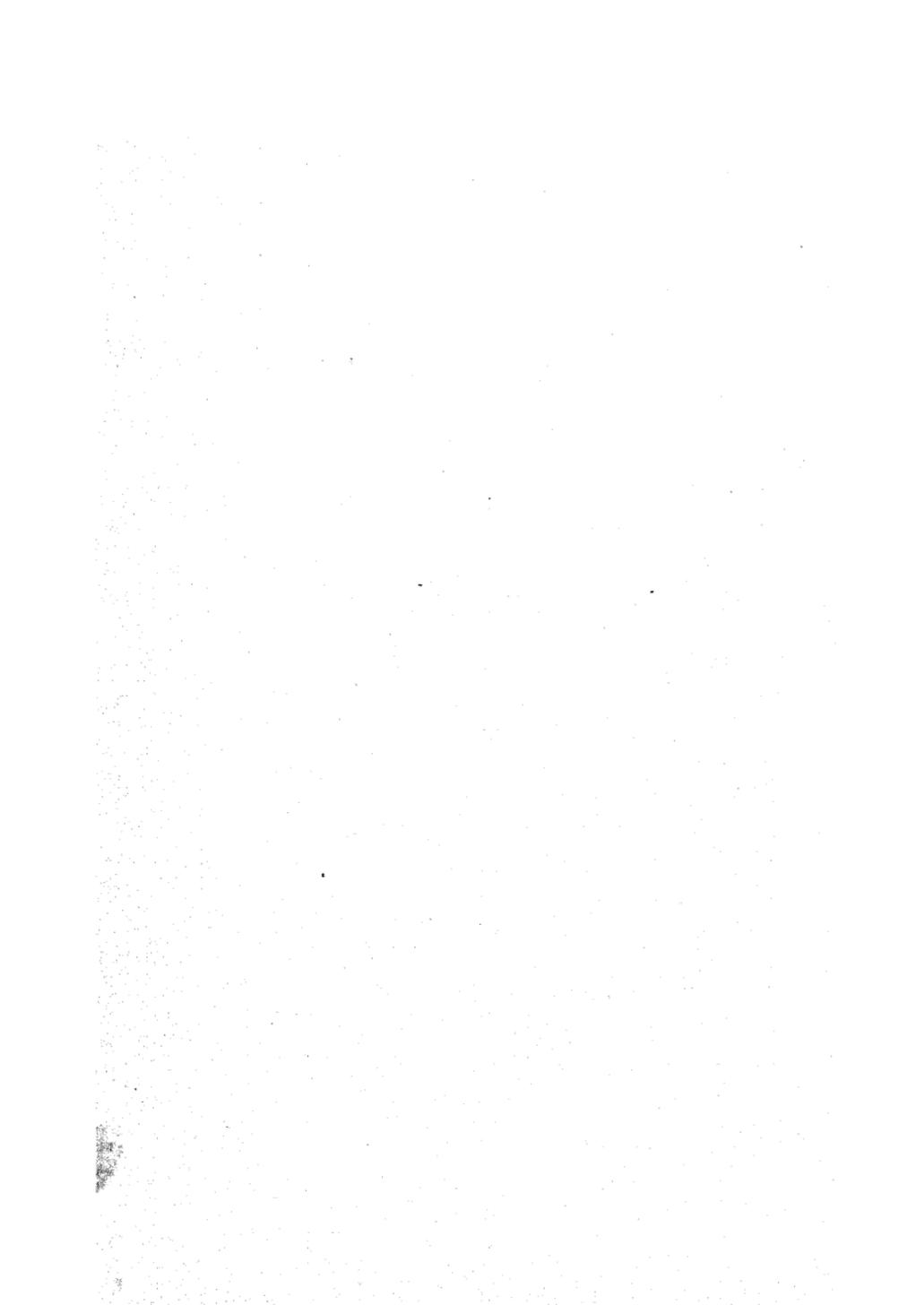
HORAS SINIESTRAS

¡Oh, muerte, oh, muerte, ven, yo te lo ruego!
que ya para sufrir fuerzas me faltan;
que en torno mío, cual chacales, saltan
las ondas del dolor en que me anego.

Sordo, insensible, inmovible y ciego,
quiero en tí reposar, que tal me exaltan
ya las angustias que mi pecho asaltan,
que maldigo este mar en que navego.

¡Morir, quiero morir, morir ansío!
¡Oh, muerte ven, y tu crespón sombrío
cife por siempre á mi congoja fiera!

Ven sin temor á que tu abrazo esquite
el corazón, que, aun destrozado, vive
porque el mandato de su Dios espera.



CARTA ABIERTA

*A Eduardo León y Serralvo,
último recuerdo.*

¿Te asombras de la fé que mi alma llena?
Pues la duda nacer, amigo mío,
hizo la flor en la infecunda arena.

Yo caminaba, como tú, sombrío,
juguete, como tú, de los dolores,
cuando no del cansancio ó del hastío;

Juguete de espejismos y de errores;
soñando sin cesar el alma mía
con más bellos y puros resplandores:

Que ya la alegre juventud se hundía,
como el sol al morir en lontananza,
y un crepúsculo triste me envolvía.

Y al hallarme sin fé y sin esperanza,
torné los ojos á los altos cielos,
que nunca á ver la juventud alcanza.

Y llenos de recónditos anhelos,
del tachonado, refulgente manto
vi desgarrarse los divinos velos.

Y en dulce placidez trocóse el llanto,
y en su negro corcel huyó la pena,
y en su negro corcel huyó el espanto.

Y el hondo desaliento que te apena,
y que apenó mi espíritu, mi alma
rompió, como un esclavo su cadena.

Y recobrando la perdida calma,
desde aquel punto á comprender no acierto
cómo en la duda hallar quise la palma.

Y trocado por fin miro el desierto
en plácido vergel, la tenebrosa
bruma en fulgor, y el arenal en huerto.

Huerto florido en que feliz reposa
el alma, cual reposa el caminante,
feliz, al pie de la palmera umbrosa.

Puerto donde feliz el navegante
tras la borrasca descansó, y en donde
brillar vió el porvenir cual sol radiante.

Fuente risueña donde avara esconde
la verdad sus tesoros, y el arcano,
al que pregunta, la verdad responde.

Que nunca el alma le pregunta en vano;
que á la pregunta, la respuesta ha escrito,
en un libro inmortal, Dios Soberano.

Yo, de la duda al angustioso grito,
también le pregunté, y ya delecto,
á la vez que sus páginas medito.

Y más medito mientras más las leo,
y sobre las miserias de la vida
remontándome vá siempre el deseo.

Que el alma, por la fé ya remecida,
aprendió que el final de la jornada
es punto al mismo tiempo de partida.

Y por eso, tranquila y resignada,
soporta de la vida los vaivenes,
de aquesta vida del dolor amada,

Y sufro sin protesta los desdenes
de la suerte, cruel siempre conmigo,
tan rica en dolo como parca en bienes.

Suerte que siempre me negó su abrigo,
y, del mundo en el trágico escenario,
de la ajena ventura ser testigo;

Que, en medio de las turbas, solitario
me hizo caminar, que hizo á la nave
siempre y doquier sentir viento contrario.

Pero ya el alma remontarse sabe,
y sabe ya la mundanal tormenta
burlar, subiendo como sube el ave.

Y si me envuelve en su espiral violenta,
también sabe eludir su poderío,
que ya la fé mi corazón alienta.

Murió el ayer, y del ayer sombrío,
al choque del dolor, surgió el creyente,
y ya creyente en sucumbir confío:

Que si en mi loca juventud ardiente
yo fui torrente, descendió el torrente,
y en la llanura convirtióse en río.

INVOCACION

Ven á mí ya, ¡oh, mi Dios!; ven ya, Dios mío,
tiéndele al triste tu divina mano,
que no te invoque en mi dolor en vano,
que ya tan solo en tu piedad confío.

En la vida, el placer no llega á río,
y es en cambio el dolor un oceano;
y el alma triste y el cabello cano,
en la sombra ¡oh, Señor! tiemblo de frío.

Mas al par que la nieve de la vida
va inundando mi sér, del alma herida
un fuego celestial se enseñorea,

que por la planta de la fe ya hollada,
la duda, como sierpe envenenada,
retorcida á sus pies, silba y babea.

AÑORANZAS

A Narciso Díaz de Escovar.

Ya es otro jardín, ya es otro,
aquel en que veces tantas,
en días ya bien lejanos,
dimos tregua á la batalla
de este vivir, terco y duro.

• • • • •
Cuando torno la mirada
al ayer, veo fugitivas,
como dispersas y erráticas
imágenes que se pierden
en brillante cabalgada,
aquellas horas tan dulces,
tan vestidas de esperanzas,
tan de ilusiones vestidas
como desnudas de amargas
tristezas y decepciones;
y al comparar las lejanas
horas aquellas, aquellas
tan azules y tan plácidas,
con estas tan melancólicas,
tan grises y solitarias,
¡cuán profundo desaliento,
cuán honda desesperanza,
se apoderan del espíritu!
y cuán dulces y románticas
son sus hondas abstracciones,

cuando al espíritu embarga
la silenciosa marea
de las cosas olvidadas.

Cómo este vivir, Narciso,
la vida nos arrebató;
cuán rápidamente huyen
los efímeros fantasmas
que engendran nuestros delirios,
cuando el deleite nos ata
á sus cuadrigas de fuego,
y en pos la mente se lanza
del ensueño, que, espejismo
del desierto, nos engaña,
vislumbrar haciendo al hombre
lo que en la vida no alcanza.

Ya es otro jardín, ya es otro;
ya es cual sepulcro que guarda
las reliquias de un pasado
que embellece la distancia,
aquel jardín, desde donde
tantas tardes, veces tantas,
viendo del viejo castillo
la aún enhiestas murallas,
en arrancar nos gozábamos
al olvido las hazañas
y los hechos cien gloriosos
que silentes presenciaran
aquellos muros, que vieron
surcar, esbeltas y rápidas,
las ondas del mar cercano
las naves que de las playas
más remotas nos traían

el progreso; aquellas altas torres que un día batieran las catapultas romanas; donde sus fieras legiones ondular sus oriflomas lograron, y ver en ellas brillar las doradas águilas, vencedoras de Cartago; y más tarde, las astadas cimbras de los venidos desde las selvas, veladas al sol, en las tristes márgenes del Rhin; más tarde las taifas guerreras, aun con el polvo de los desiertos de Arabia, y, por último, las nobles huestes de la Cruz, que en brava lid rescatar consiguieron la tierra donde descansan aquellos que los vetustos muros del castillo alzarán.

Ya es otro jardín, ya es otro, aquel donde en las calladas noches del sereno estío, noches de azul y de plata, en que cuajados de estrellas los cielos, y de fragancias henchido el aire, sentados en la rústica terraza del torreón, que vestía un viejo parral de pámpanas, ora escuchando el tan dulce rasgueo de una guitarra,

bien tañida, ó los acordes
de alguna copla gitana,
soñábamos y trepábamos
á las cúspides más altas,
allí donde el pensamiento
abandona la mundana
cárcel, y un punto dichoso
vislumbra la improfanada
inmensidad...

Melancólico,
ayer dirigí mi planta
hasta tu jardín; la tarde
era triste; nubes cárdenas
cubrían los horizontes;
fresca brisa acariciaba
mi frente calenturienta,
donde tanto surco aran
las penas, y silencioso
llegué al jardín... Ya las vallas
de pencares no les cierran
el camino á las miradas
curiosas; ya el jardinero,
el mismo que antaño amaba
las flores, envejecido
cual nosotros, no las ama;
ya por doquier las ortigas
á los rosales se enlazan;
ya las antiguas veredas,
tan limpias y enarenadas
un día, desaparecen
bajo la mustia hojarasca;
ya no rien purpurinos
los claveles de bengala
en los viejos arriates;

ya no sombrea la parra
la alberca; ya del granado
los frutos no se desgranar
como lluvia de rubíes,
entre nubes de esmeralda;
ya no fingen camafeos
las hojas taraceadas
del pensamiento, ni alarde
de su oriental elegancia
hace la gentil palmera;
ya tan sólo las campánulas
de la yedra, compañera
de las tumbas solitarias
y los muros en ruínas,
todo lo cubren y escalan,
y visten cual con piadosa
solicitud.

Con amarga,
profunda melancolía,
pensé en cuán rápido pasa
todo en la vida, y con hondo
desaliento y voz callada
musité: ¿Mis alegrías,
dónde fueron? ¿dónde alzan
sus cantos arrobadores
mis ya muertas esperanzas?
¿qué fué del ráudo torrente
de mis yertas arrogancias?
¿qué de la mujer que un día
puso una flor en la ingrata
senda? ¿qué fué del amigo
que cayó, sin la jornada
terminar? ¿qué de los seres
compañeros de mi infancia?

¿qué del triunfo conquistado,
tras lid ruda, terca y brava?
¿qué de los días risueños?
¿qué de las noches que marcan
hondo surco en nuestro espíritu?

.
.

Todo el tiempo lo desgasta,
todo el pasado lo hunde
en su onda improfanada;
y por la vida pasamos
cual tristes sombras erráticas,
en lo azul el pensamiento
y hundida en polvo la planta.

Lentamente, lentamente,
abandoné la terraza
de tu jardín, donde nunca
ya, á la luz serena y pálida
de los astros, dulcemente
resuena la serenata,
ni los ahogados murmullos
con que las risas proclaman
la excelsitud de la vida
en las floridas etapas
de la juventud risueña;
ni gráciles, sin las ramas
ajar siquiera, discurren
bellas siluetas, cual hadas,
crugir haciendo la arena
al roce de sus pisadas.

Ya es otro jardín, ya es otro,
aquel en que veces tantas
dábamos tregua al combate

por la vida y por la fama,
cuando los dos venturosos,
llenos de amor y de ansias
de gloria, fuertes y altivos,
sin temor á las celadas,
como indómitos guerreros
entrábamos en batalla,
embrazada la rodela,
puesta en la cuja la lanza,
y en el loco pensamiento,
lo mismo que en la dorada
garzota un airón de plumas,
un rico airón de esperanzas.

SERENATA

Para Ricardo López Barroso

Todo reposar parece
del viejo castillo en torno;
la luna, mágico adorno
del alto cielo, esclarece
el tul en que resplandece,
y boga el limpio celaje
como góndola de encaje
en un mar de intenso brillo;
y es todo plata el castillo,
y es todo plata el paisaje.

De la torre silenciosa,
suaviza la luna el ceño,
cual las tristezas de un sueño
una visión luminosa;
y acordada y melodiosa
como una guzla agarena,
rítmica la voz resuena
de una bella sin fortuna,
que canta, triste, á la luna,
esta triste cantilena:

Luna que besas mi frente
melancólica y doliente;

tú que oyes mis plegarias
en las noches solitarias;
deja ¡oh, luna! que te cuente
la honda pena que domina
mi espíritu enamorado,
desde que fué mi cruzado
á luchar á Palestina.

Luna triste, luna bella,
luna, sol junto á la estrella,
luna, sol junto al lucero,
dime qué fué del guerrero
que es causa de mi querella,
querella que no termina,
y que ya apenas resisto,
¡oh, luna! dime si has visto
á mi amado en Palestina.

Dime si has visto mi amante:
es de bizarro talante,
es su sonrisa la aurora,
es como el sol que la dora
su cabellera ondulante;
sus dientes son plata fina,
sus ojos son dos luceros;
la prez de los caballeros
que luchan en Palestina.

Es de encaje su celada,
y en su garzota dorada
rinde al viento vasallaje
el más nítido plumaje,
y en el pomo de su espada
una cinta purpurina

luce, que yo por mi mano
se la entregué á mi cristiano
al partir á Palestina.

¡Quién, como tú, blanca luna,
gozara de la fortuna
de ver á quien tanto quiero!
de ver á aquel por quien muero;
por causa del cual, ni una
alegría ya germina
en mi pecho dolorido;
¡oh, luna! dime qué ha sido
del que partió á Palestina.

Dime que mintió mi sueño,
triste sueño en que á mi dueño
ví en una playa remota,
tinta en su sangre la cota;
que, sin mi dueño, desdeño
hasta el sol que me ilumina,
porque su amor es la palma
para mi alma, mi alma
que él se llevó á Palestina.

Y en tanto canta la bella
su hondo amor á su guerrero,
tiembla de amor el lucero,
y de amor tiembla la estrella,
que en tierra y cielos destella
amor sus luces iguales,
que del amor los raudales
eternos hizo el destino,
¡el amor, el más divino
de todos los manantiales!

A LOS MIOS

Yo quisiera sufrir vuestros dolores,
con el mío fundir vuestro quebranto,
derramar por mis ojos vuestro llanto,
sufrir de vuestra suerte los rigores.

Dejar tan sólo en vuestra senda flores,
las que al triste vivir le dan encanto;
veros tranquilos caminar, y en tanto
sufrir vuestros más hondos sinsabores.

Esto quisiera, y á mi Dios le pido
que en mi cáliz escancie el contenido
del vuestro, que es lo que mi sér ansía,

mas que lo otorgue el corazón no espera,
porque, si por vosotros lo sufriera,
el dolor ser dolor no lograría.



LA CARIDAD

Vedla envuelta en su túnica nevada;
ved su frente nimbada
por un destello de la luz divina;
ved el dulce fulgor de su mirada,
mirada que ilumina
un alba ultraterrena y misteriosa;
mirad cómo camina
siempre en pos del dolor, que, compañera
del dolor, en pos de él va siempre ansiosa,
y cual la primavera,
donde encuentra un zarzal pone una rosa.

Allí donde el dolor su red extiende,
y entre sus garras prende
el triste corazón, del que, verdugo
implacable y tenaz, se enseñorea,
sin que el alma eludir pueda su yugo,
ella su santo pabellón ondea,
sin que nada le aterre ni intimide,
que ella los riesgos al luchar no mide
y en retar los peligros se recrea.

Miradla junta al lecho
donde el que va á morir siente deshecho
de su vida el oculto mecanismo,
el resorte invisible de la vida,
en tanto que su alma estremecida,
presintiendo el horrible cataclismo,
tiembla, de espanto y de dolor transida;
contempladla á su lado
consolando su horrible pesadumbre
y derramando en él santo consuelo;
que ella le muestra la gloriosa cumbre,
y hace que antes de morir vislumbre
toda la inmensa claridad del cielo.

Vedla, impávida y fuerte,
discurrir por el campo de batalla
sin temor á la muerte,
cuando silba en el aire la metralla,
y atruenan los espacios los clarines,
y vibra el odio y el rencor estalla,
y se tornan osarios los jardines,
y galopan heridos los bridones,
dando á los vientos las flotantes crines,
y rugen, al luchar, los paladines,
cual rugen, en las selvas, los leones,
y salta roto el fulgurante acero,
y roto el casco y la celada rota,
y, roto el corazón, rueda el guerrero;
cuando el delirio á la razón azota;
cuando en la puerta que le abrió la herida
por vencer á la vida
la muerte forcejea,
ella, con pecho fuerte,
contra la muerte sin cesar pelea,

y ora los ojos que entornó la muerte
cierra, ó calma, del pecho desgarrado
por el hierro, el dolor, ó al que turbado
por el terror, al desplomarse inerte
de la tumba en los trágicos umbrales,
no más que sombras enredor divisa,
ella las sombras del umbral le irisa,
y le muestra las cumbres celestiales
de la Eterna Divina Cordillera
donde fulgen las almas inmortales,
cumbres de luz en que la luz impera,
y, á sus dulces arrullos, el gemido
del que acercarse vé su hora postrera,
torna en tierna oración, ya convencido
de que, tras el temido,
fatídico dintel, Dios nos espera.

Miradla compasiva,
enalteciendo de la especie el nombre,
del amor y el deber santa cautiva,
que, en tanto que ella entre nosotros viva,
polvo ser no podrá jamás el hombre;
que ella de la Increada
Esencia es cual destello peregrino;
que nunca puede convertirse en nada
manantial de aguas vivas, que el camino
alegra con su onda luminosa,
como alegra el arroyo la pradera;
ella es del dolor de la casta esposa,
y como la riente primavera,
donde encuentra un zarzal pone una rosa.

Miradle y bendecid su mujer bella
y postraos ante ella

que es, entre jaras, perfumado huerto
un astro que en la sombra resplandece,
una palmera que su sombra ofrece
al que cruce el desierto;
que es, en campos marchitos, fuente santa,
y es, en revuelto mar, plácida orilla,
y es una perla que en el polvo brilla,
y es una voz que en el silencio canta.

NOCHE NUPCIAL

Para Ramón A. Urbano.

Una lámpara azul su luz derrama
en el bello nidal, lleno de flores;
y un apuesto galán habla de amores,
y, mirándose en él, le oye una dama.

Convulso de pasión, él la reclama,
el más dulce favor de los favores,
y, encendida la tez por los rubores,
ríndese al beso del doncel que ama.

Del áureo camarín en los umbrales
juega el dios del amor con los cendales
que le rindieran al amante asedio;

y aléjase llorando la Inocencia,
y dormita glacial la Indiferencia,
en tanto mece en su regazo al Tedio.

NOSTALGIAS

Cayó el tronco carcomido
al golpe del leñador;
cayó el viejo tronco, símbolo
de algo dulce que pasó;
de gratas horas que fueron
fugitivo resplandor;
de ya muertas alegrías
melancólica visión.

Cayó el tronco carcomido
por el tiempo, en que esculpió
mi nombre una mano blanca,
blanca mano que murió,
mano que mi frente un día
blandamente acarició;
mano de marfil pulido
que la muerte se llevó.

Cayó el tronco al rudo embate
de tu hacha, leñador,
tal como del desencanto
á los golpes, la ilusión;
cayó el tronco en que una blanca
mano mi nombre grabó,

mano blanca, blanca mano,
fragante como una flor.

¡Oh, mano de rosas blancas!
blanco lirio que agostó
el cierzo, mano en capullo,
que cien veces se posó
sobre mi frente, que ardía
con la fiebre del amor;
mano que endulzó mi boca,
y endulzó mi corazón.

¡Mal haya la tuya sea!
¡Mal haya sea, leñador!
que caer hizo tu mano
el tronco en cuyo verdor
cantaba mi pensamiento
la ventura que pasó,
escondido entre sus ramas
como un pájaro cantor.

¡Mal haya tu mano sea!
¡mal haya sea, leñador!

CONSOLACIÓN

Para don Eugenio Marquina

Cuán dulce consolación
halla el alma de sí dueña,
que resignada desdeña
toda vana ostentación;
el que pone el corazón
como ofrenda en el altar
y es su único ambicionar
subir, pero no subir
donde en breve ha de sentir
la amargura de bajar.

Dios amor no nos perdona,
¿pero quién con más derecho
hallar debe en nuestro pecho
la adoración que ambiciona?
triste del que no le entona
un himno de gratitud,
que el que, extraño á la virtud,
vive en sombra en pleno día,
no hallará paz ni alegría,
ni esperanza ni quietud.

Dios ser debe único dueño
de toda humana ternura,
que El la dicha nos procura
tras la vida, que es un sueño;
El, con paternal empeño,
nos consuela en todo el año,
y, al olvido siempre extraño,
como pastor vigilante,
no deja ni un solo instante
de vigilar su rebaño.

Acedos y desabridos
son los frutos de esta vida,
que está la rama podrida
y los troncos carcomidos.
¡Ay, cuántos, cuántos vencidos
tornáronse vencedores
al dejar de los errores
los deleitosos senderos,
en donde fueran pecheros
de los más viles señores!

Si quieres que Dios descienda
á visitarte en el alma,
convierte primero en calma
el fragor de la contienda;
haz que el pecado su tienda
de tu corazón levante,
que El no permite delante
corazón que no le adore,
corazón que no le imploré,
corazón que no lo cante.

El, con celestial cariño,
más y más blancor procura

al alma, que la blanca
tiene por único alfiño;
alma de santo ó de niño
son albergues que no extraña,
que El prefiere á la montaña,
que es señora del espacio,
la llanura, y al palacio
la más humilde cabaña.

Pobre de aquel que se aferra
á todo mortal anhelo,
del que se huye del cielo
para fincarse en la tierra;
quien tal hace torpe yerra,
porque los más ricos dones,
imán de las ambiciones,
no son más que vil arcilla,
que carcome la polilla
y que roban los ladrones.

Bien dijo Diego de Estella:
—No busqueis en los vergeles
de la tierra, los laureles
que Dios con su gracia sella.
Dios sólo, vivo destella
en el alma en que germina
el dolor, la que El destina
á los más gloriosos fines,
á flores de los jardines
que El con su luz ilumina.

El, en el pecho que llora
y que doiente le llama,
compadecido derrama
su claridad bienhechora

¡oh, Dios, feliz quien te adora!
que amor pagas de tal suerte,
que á toda el alma que en verte
cifra su más dulce empeño,
la vida tornas en sueño
y en un oasis la muerte.

¡Oh, Dios! que todo lo ordenas,
y ante el cual todo tributa,
su tósigo la cicuta,
su polen las azucenas
¡Oh, Dios! benditas las penas
que me hiciste padecer,
el que me das á beber
negro cáliz del dolor,
que beberlo por tu amor
es para el alma un placer.

Un placer divino y santo,
que antes gustar no sabía
la misteriosa alegría
de los pesares y el llanto;
hoy, con ser mi dolor tanto
llevo contento mi cruz,
pues sé que un día el capuz
por siempre se rasgará
y amor el rencor será,
y la sombra toda luz.

¡Oh! dame, dame energías
y valor, Santo Caudillo,
para pasar á cuchillo
todas las pasiones mías;
que las hondas armonías
que en mis horas de abstracción,

divina delectación,
me acarician sin cesar,
no dejen de acariciar
mi doliente corazón.

Cuán loco, ¡oh, mi Dios! vivi
en mi ardiente juventud;
rayo y torrente y alud,
cuántas veces me sentí;
mas al fin, mi Dios, te ví
al rugir la tempestad,
que tu infinita bondad
me hizo el riesgo conocer,
cuando ciego iba á caer
en brazos de la impiedad.

¡Oh! gracias, Dios poderoso,
que siempre al débil escudas,
Luz que disipas las dudas
cual sol misericordioso.
Yo te pido, ¡oh, Dios piadoso!
que no sea mi ruego en vano,
que muera como cristiano,
mi pensamiento en Tí fijo,
mi labio en un crucifijo,
y el crucifijo en mi mano.

LEJANIAS

¿Te acuerdas? Era la vida
como esa fuente, que, herida
del sol por la luz primera,
brilla cual de limpio acero,
y era yo tu gondolero,
y eras tú mi gondolera.

¡Cuán bello vivir, cuán grata
visión, que ardiente desata
el haz de sus resplandores!
fuimos en aquellos días,
yo, un torrente de energías,
y tú, un brazado de flores.

Contentos, siempre contentos,
eran nuestros pensamientos
jardines en primavera,
tersa mar, cielo radiante;
yo, como el roble arrogante,
tú, airosa cual la palmera.

En nuestros dulces antojos,
con mirarnos á los ojos
arder hacía el deseo
la llama que es su divisa.
¿Te acuerdas? Era tu risa
como un divino gorgéo.

Como un gorgojo divino,
y era un broche purpurino
tu boca, entonces hermana
de la púrpura de Oriente,
y era tu boca la fuente,
y tú la Samaritana.

Como las mieses las hoces,
más que las hoces veloces,
los años en el camino
nos desbalijan arteros;
bien los llamó bandoleros
el noble bardo latino.

Ya los arroyos son lago
dormido, que ni un halago
ya un punto á gozar incita,
y en sus quietudes se engríe;
que el arroyo siempre ríe
y el lago siempre medita.

Por eso ya no reímos
como cuando arroyo fuimos
y nuestra existencia era
como un florecido sendero,
y era yo tu gondolero,
y eras tú mi gondolera.

Acércate á mí, bien mío,
que á sentir empiezo el frío
de la vejez ya cercana;
y, pues, que cruzado hemos
juntos la vida, crucemos
juntos también el mañana.

A DIOS

De tu amor tu rigor ofrenda es santa,
que es la tribulación que Tú me envías
promesa de más altas alegrías,
que á tu seno mi espíritu levanta.

Yo bendigo, ¡oh, mi Dios! puesto á tu planta,
mis horas de congojas y agonías;
yo bendigo, ¡oh mi Dios!, las penas mías,
y al par que sufre el corazón te canta.

Yo sé que es el dolor germen tan santo,
que un día en risa tornará mi llanto,
y en goces inefables mis dolores.

Que es una ofrenda que tu amor pregonas;
por eso el corazón, triste, ambiciona
morir, y el germen desatar en flores.

C A I N

De Dios la voz divina
su maldición fulmina
sobre la torva frente del primero
que la sangre vertiera del hermano,
y el primer fratricida, rudo y fiero,
contraídos los músculos de acero,
en sangre tinta la crispada mano,
encrespada la hirsuta cabellera,
trágica la mirada y centelleante,
demudado el semblante,
la actitud altanera,
y el resuello encendido
por la horrible congoja que lo inflama,
con ronco acento, de dolor henchido,
acento que es sollozo y es rugido,
mirando al cielo exclama:

—Truene, truene tu voz, truene en buen hora
tu voz acusadora
contra el que, ageno al bien, contra el bien cierra;
contra el hombre insensato
que surgiera, sumiso á tu mandato,
del polvo de la tierra;

contra el que, si el placer no conocía,
ignoraba el dolor, contra el que existe
sin saber por qué existe todavía,
y al que le diste el sér, como le diste
sombra á la noche y claridad al día.

Truene, truene tu voz omnipotente,
y arrase tu justicia lo creado;
caiga tu maldición sobre mi frente,
que el crimen ha manchado;
caiga tu maldición sobre la vida,
sobre el mar, porque rompe en las arenas,
sobre el condor, porque en la roca anida,
sobre el placer, porque en su seno olvida
el corazón sus penas;
sobre el loco y rebelde pensamiento,
porque es loco y rebelde; de tu acento
al eco vengador sucumba todo
en la creación entera,
la clara luz, porque surgió en la esfera,
como el reptil porque nació en el lodo.

Dice Caín; hacia su triste ocaso
llegaba el sol, y á sus murientes lumbres,
de angustia ahito y de razón escaso,
huyó Caín por las enhiestas cumbres,
arrollando á su paso
los ceibas colosales,
desgarrando su cuerpo en los breñales,
turbando de los hondos las quietudes,
manchando con su sangre las vertientes,
salvando los torrentes,
tajando piedras, desplomando aludes,
hasta que, exento de vigor, rendido
al peso abrumador de su quebranto,

cayó cual roble por el rayo herido,
cayó, ya enloquecido,
y envuelto en sombras y deshecho en llanto.

Cayó Caín, y en tanto
se retorció en su profundo duelo,
perdidos el valor y la entereza,
rugía en la maleza
el tigre, el buho apresuraba el vuelo,
y del triunfo fatal al torpe arrullo,
con formidable orgullo,
sonreía Luzbel mirando al cielo.

Sonreía Luzbel y así decía:
—Toda la torpe humanidad es mía,
y yo soy su señor, yo su tirano,
yo soy su vencedor, y será en vano
que mi yugo eludir el hombre intente,
que, al herir al hermano,
cifó Caín con su sangrienta mano
la diadema á mi frente.

Y en tanto que el querube
rebelde, de Caín se enseñorea,
una oración hasta los cielos sube,
una oración en que el dolor gorgea,
la que llena de angustias, desolada,
destrenzado el cabello,
haz de rayos de sol, esculturada
del más fiero dolor por los cinceles,
pálido el rostro refulgente y bello,
en el que aun brilla el misterioso sello
de los santos troqueles,
brota en los labios de fragante grana,
de la madre primera

y sin ventura de la estirpe humana,
que en su congoja fiera,
estrechando de Abel el cuerpo inerte,
y besando la herida,
donde por vez primera vió la vida
cara á cara á la muerte:

—Oh, Dios!—exclama con doliente acento,
con voz que es un lamento,
que á compasión provoca,

—Apiádate, ¡oh, mi Dios! de mi quebranto,
y haz que mi pecho se deshaga en llanto,
ó conviértelo en roca,
que sólo ¡oh, Dios! en tu piedad confío,
que ni á vivir ni á sucumbir acierto;
devuélvele la vida á mi hijo muerto,
y ten piedad del matador, Dios mío.

Y sonrío Luzbel, que no consigue
dolor alguno conmoverle, y sigue
sembrando el mal con implacable saña,
que es como un oceano
de odio y de maldad, que por arcano
de Dios los hondos de la vida baña.

Sonríe, y su sonrisa al mundo aterra,
mas un grito resuena de repente,
y hace temblar cuanto el abismo encierra.
¿Qué luz resplandeciente,
que mágico fulgor, santo y bendito,
llenando lo finito y lo infinito,
hácele al hombre levantar la frente?
¿qué misterioso amanecer sereno
la conciencia ilumina?
¡En la cumbre inmortal de Palestina,
sucumbe en una cruz el Nazareno!

Y resuena al morir su voz, que clama
á Dios Padre piedad para el aleve
que su sangre derrama;
y al eco santo de su voz, que invoca
compasión para el pueblo que se atreve
su pecho traspasar, y á Dios provoca,
se licua la impiedad, como la nieve
del sol al beso en la empinada roca;
y caen de sus rotos pedestales
los dioses que el fecundo
torpe genio del mal dió á los mortales
para acabar de envilecer al mundo,
y en su fondo el pasado
sus míseros escombros amontona;
¿y qué de aquel ayer nos ha quedado?
¿qué fué de los impúdicos altares
que al vicio alzara la potente Roma,
convirtiendo en bacante la matrona
y en doradas pocilgas los hogares?
¿qué de sus ignominias seculares,
dignas del fuego que abrasó á Sodoma?

¿Qué de la fuerte lanza de Quirino
por Júpiter Tonante destronado?
¿qué del augur que descifró el destino,
por Dios al hombre, por su bien, vedado?
¿qué de sus templos, donde, en ritos viles,
el sátiro acechaba á la doncella,
para saciar en ella
sus de torpe pasión ansias seniles,
donde del Lacio la matrona iba
á adornar con verbena y siempreviva
los símbolos viriles?

Todo yace en el polvo, todo duerme

en el polvo, ya inerme,
que, roto del error el denso velo,
y roto ya por siempre el espejismo,
dejó la alondra el tenebroso abismo
y gorgearlo se remonta al cielo.

RETO

Para don Antonio de Nicolás

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia...

Toma tu corcel más rápido,
el que es veloz cual las ráfagas
del huracán; toma al punto,
tu más fuerte cimitarra;
ciñe á tu pecho villano
tu cota mejor templada,
que el que te escribe te espera,
armado de todas armas,
junto á la Fuente del Pino,
puesta en la cuja su lanza,
llenos de ira el pensamiento,
y de rencores el alma.

Junto á la Fuente del Pino,
me dirás cómo, menguada,
tu mano osó de mi padre
mancillar las nobles canas,
cuando su cuerpo se rinde
y ya á su brazo le falta
el brío con que otras veces

llenó su historia de hazañas,
y el mundo llenó de asombros;
cuando nítida su barba
casi ya barre los suelos,
cual barredera de plata.

¡Oh, cómo la sangre hierve
en él, y el pecho me abrasa,
al recuerdo del ultraje!
¡oh, cómo en él se me salta
el corazón! Yo te juro
no reposar en mi cama,
no comer pan á manteles,
no vestir más ricas galas,
no gustar néctar alguno
en mi copa cincelada,
no más lidiar en las justas,
no más reír en las zambras,
ni más vestir finas sedas,
ni más folgar con mi dama,
en tanto, en tu sangre tinto,
no vea tu cuerpo á mis plantas,
y del arzón suspendida
de mi corcel de batalla,
tu cabeza, cual trofeo,
no pregone mi venganza,
por pueblos y por ciudades,
por llanos y por montañas.

CREPUSCULAR

El crepúsculo suave
inundando va el ambiente
con su luz plácida y grave,
y al hundirse en occidente
el sol, el cielo colora
con la luz conque engalana
la amplia veste de la aurora,
que él con sus destellos dora,
cuando llega triunfadora
en su corcel la mañana.

¡Cuán bello fulge el celaje!
¡cómo viéndolo, Dios mío,
te rinde el alma homenaje!
Tu infinito poderío,
doquier, oh, Señor, revelas,
y doquier prendes tus galas.
¡Oh, alma que volar anhelas
tras las divinas estelas
de tu soñar, y no vuelas!
¿de qué te sirven tus alas?

¿De qué tu anhelo profundo?
¿de qué el tedio que te abruma

de las grandezas del mundo?
¿de qué tu afán por la bruma
que en tu horizonte amontona
Dios, romper, si es tu afán vano?
Si esa bruma es tu corona
de espinas, y ella pregona
tu impotencia, y te aprisiona
como un titán con su mano.

.
¡Oh, visión resplandeciente!
Cual góndolas marfilinas
en un lago refulgente,
con estrellas por ondinas,
entre tules que despliegan
tan bellos, que les dan celos
á la luz en que se anegan,
y con sus tintas nos ciegan
tus celajes que navegan
en el zafir de los cielos.

Por el sol la nube herida,
se ciñe espléndida veste
por los ángeles tejida,
cual dalmática celeste,
y tras ella el sol recata
de su faz ignea el tesoro,
y la tiñe de escarlata,
y sus fulgores retrata
en su clámide de plata,
con rica fimbria de oro.

Y á sus mágicos cambiantes,
que fingen, cual los ensueños,
panoramas deslumbrantes,

ya trágicos, ya risueños,
¡quién en ver no se extasía
tanto esplendor y luz tanta!
¡canta, sí, canta, alma mía!
canta la muerte del día,
que es tan bella su agonía,
que es un morir que no espanta.

Canta, si, canta el glorioso
morir de un sol refulgente,
¡dulce morir luminoso!
¡bello morir reluciente!
canta su morir divino
que, como la estirpe humana,
con su luz borda el camino,
¡como el suyo es nuestro sino!
¡yo también cual él declino
para renacer mañana!

¡Oh, Dios, que los orbes riges!
¡oh!, Dios, misericordioso,
que en la ruta nos diriges,
como faro misterioso
en un mar lleno de engaños;
peñascal en cuyos riscos
florecen penas y daños,
donde con viles amaños,
las pasiones los rebaños
alejan de los apriscos.

Penas hondas y crueles
fueron en toda mi senda
mis compañeros más fieles;
pero ya, rota la venda,
acallaron las pasiones

su rugir terco y profundo,
y al fin, en mis aflicciones,
busqué del cielo los dones,
y no los dones del mundo.

.
Ya se entristece el celaje,
ya la sombra crece y cunde
como un lívido oleaje,
ya el sol rápido se hunde
en la inmensa lontananza,
y, de Dios fúlgidas huellas,
conforme la noche avanza,
como surge la esperanza,
en misteriosa alianza,
aparecen las estrellas.

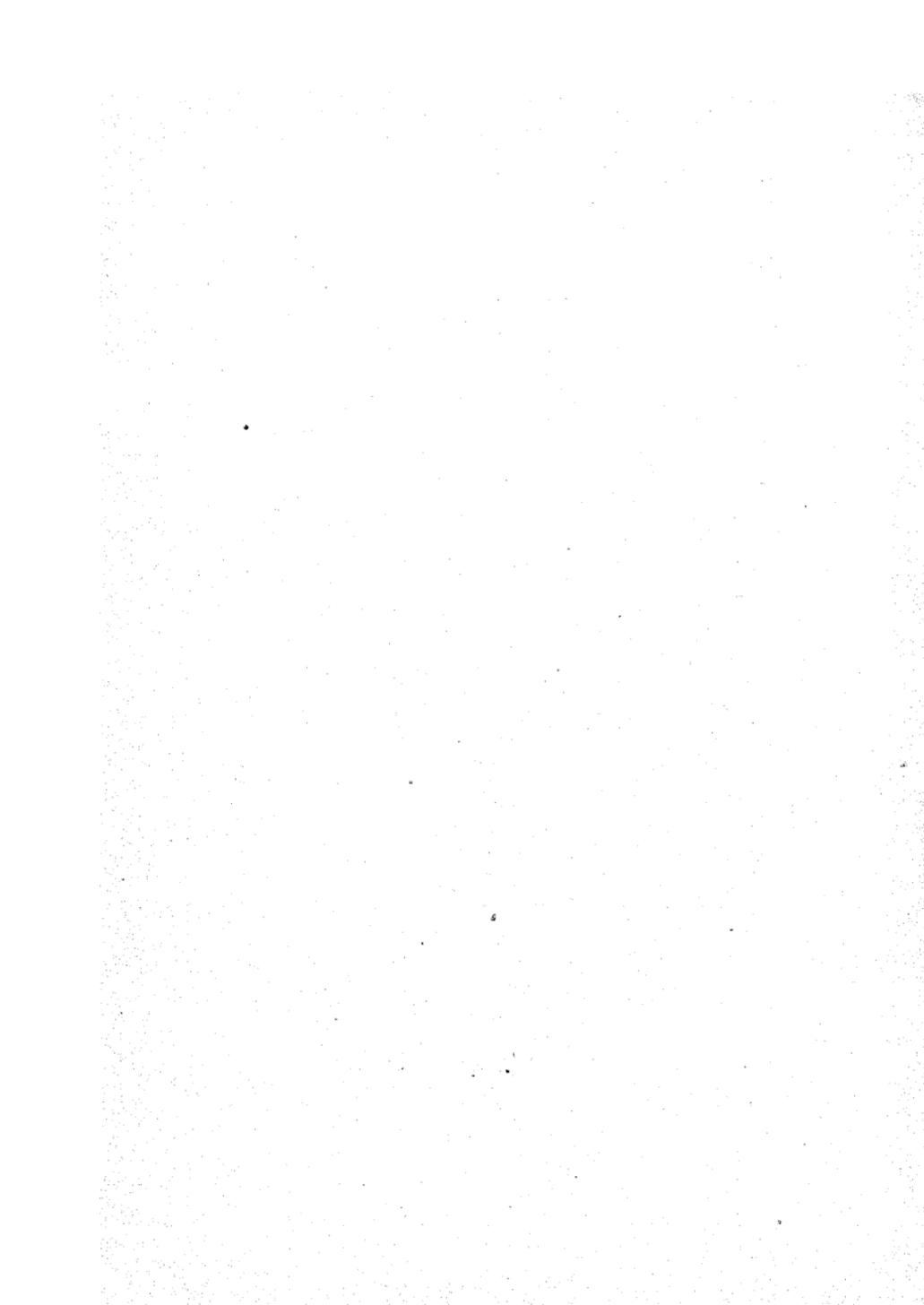
INVERNAL

Ya en torno de mi sér todo se enfría,
todo en torno de mí tórnase hielo;
la luz envuelta en tenebroso velo,
cuando más luz el corazón ansía.

Romántica extranjera el alma mía
va sintiéndose ya sobre este suelo,
en que, triunfante al fin, alza su vuelo
desamor que de amor yo vestí un día.

¡Oh, mundo! cómo sin cesar sugieres
penas y llantos, y tenaz nos hieres,
y cómo nada tu puñal embota,

Y cómo, ya vencido en la contienda,
sólo me ayuda á terminar mi senda
la cruz del pomo de mi espada rota.



ANTE UN NACIMIENTO

Para Ricardo León

Rotos están sus pastores,
y ya marchitas sus flores
y marchito su verdor,
y ya, al rayo de la luna,
no radia luz en su cuna
el Divino Redentor.

No saca el pan de la hornada
el panadero; calada
la capucha, no ora ya,
en su gruta, el ermitaño,
ni alegremente el rebaño
bajando del monte va.

Ya no le abre el ventero
al fatigado viajero,
ni ya, en su asna, se ve
huir á Egipto, desolada,
con su Hijo, á la Inmaculada,
seguidos de San José.

Ya al que de reyes es Rey
no dan la mula ni el buey
en el pesebre calor,
ni por las floridas sendas

lleva alegre sus ofrendas
hacia el portal el pastor.

Ya estás, mi monte, deshecho;
deshecho estás, y en mi pecho,
deshecho como tú, está
todo el porvenir soñado,
dulce visión de un pasado
que ya nunca volverá.

¡Oh bellas noches aquellas
tan azules!, ¡vuestras huellas
nunca se borran en mí!
noches de amor y cantares,
grata visión de los lares,
dulces lares, que perdí.

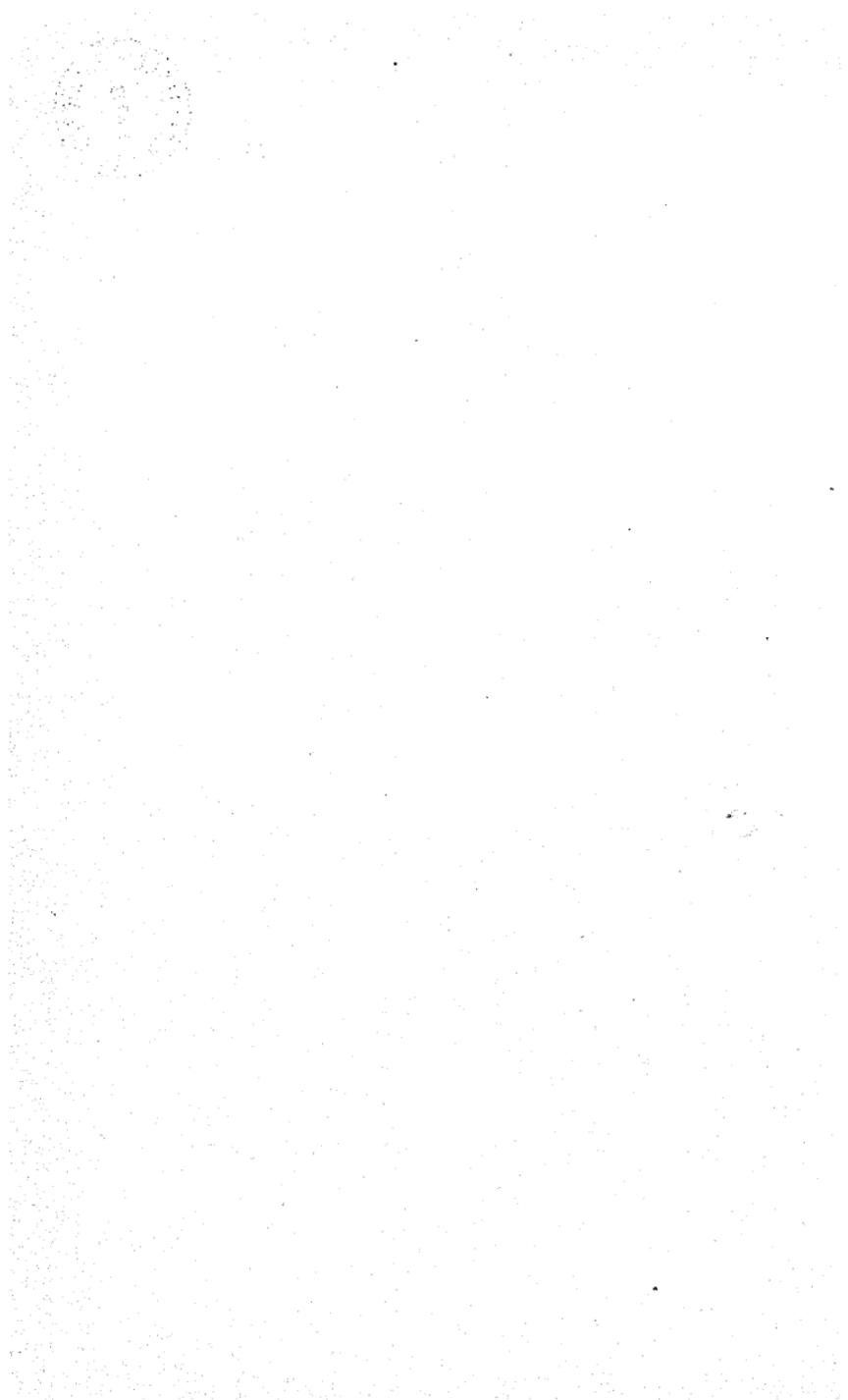
Eco de un cantar perdido
en el ayer, que en mi oído
aun pone su vibración.
¡Oh monte, mi encanto un día,
en que todo era alegría
en mi pobre corazón!

¡Oh monte, que con mi mano
levanté un tiempo lejano,
hoy te vuelvo á levantar
porque tus recuerdos, fijos,
como yo guarden mis hijos,
y te puedan recordar,

cuando, como yo, cansados
y ya desilusionados,
quieran evocar su ayer
y respirar sus fragancias;
que embellecen las distancias

cuanto se llega á perder!

Mas tornemos al presente,
que de verdor nuevamente
te voy, mi monte, á cubrir.
¡Lejos el sueño y la pena,
que esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir!





LA MAÑANA

Ya entona la mañana
sus himnos triunfadores;
ya vierte por doquiera
sus áureos resplandores;
ya desplegó su clámide,
tan rica y bella, el sol,
y artífice divino,
pinceles sus fulgores,
pintando va los campos,
pintando los alcores,
pintando los celajes
va de oro y de arbol.

Llegó ya la mañana
expléndida y riante,
de luz un torbellino,
de tintas un torrente,
que alejan de la noche
el fúnebre crespón;
y cantan al unísono
el céfiro y la fuente,
el ámbito radiante
y el mar resplandeciente,

y el llano y la montaña,
y el pájaro y la flor.

Dejan las golondrinas
sus rústicos nidales;
al salir del aprisco
triscan los recentales,
y alegre va el rebaño
detrás de su pastor;
el viejo, de su casa
se sienta en los umbrales
y bullen de él en torno
zagalas y zagales,
y lanza el gallo al viento
su canto retador.

Por veredas y atajos
cruzan los campesinos,
y se pueblan de coplas
y risas los caminos,
y crujen las carretas
con estridente son,
y de cumbres á cumbres
dialogan los vecinos,
y cruza los azules
espacios cristalinos
la tímida paloma,
seguida del azor.

Ya huyó la noche triste,
la triste noche ingrata,
con sus hondos silencios,
con sus astros de plata,
con sus sueños fantásticos,
heraldos del terror;

la noche melancólica,
que, implacable, desata
el haz de los recuerdos,
recuerdos que rescata
de la onda fugitiva
del tiempo que pasó.

Cuán bellas son, Dios mío,
las tintas de la aurora,
cuán bella de los soles
la luz deslumbradora,
cuán dulce, cuán radiante,
su espléndida visión;
la siempre de la noche
radiante vencedora,
la que, cuando derrama
su lumbre bienhechora,
esfuma en los espíritus
las nieblas del dolor.

Cual tú, bella y riente,
la aurora de la vida
derrama sus aromas
como rama florida,
y entona, cual las aves,
un cántico al amor:
mas ella no retorna,
y el alma vé afligida
llegar la tarde triste,
la tarde que convida
á orar, cabe la tumba
del tiempo que pasó.

SONETO

Nunca la olvido, no, jamás la olvido:
su mágica visión nunca me deja;
del todo nunca de mi sér se aleja;
para más no volver nunca ha partido.

Cuántas veces al verme entristecido,
al escuchar de mi dolor la queja,
como el hada gentil de una conseja,
á consolar mi espíritu ha venido.

Cuántas veces me ayuda en el combate,
cuando, cansado, el corazón se abate,
al gustar del dolor las negras heces.

Que es ella para mí la golondrina,
que canta, solitaria, en la ruina
donde su nido fabricó otras veces.

ORACIÓN

Virgen pura, Virgen bella,
Virgen flor, Virgen estrella,
Virgen santa,
Virgen mía,
contéplame ya á tu planta;
oye al triste que te canta,
al que su alma te envía
en un grito de agonía
que brota de su garganta.

Madre de los pecadores,
Consuelo de los dolores,
Lirio Santo
de Judea,
del cielo divino encanto,
da abrigo bajo tu manto,
que sobre el dolor ondea,
al alma, que, cual presea,
viene á ofrecerte su llanto.

Madre de todo el que gime,
la pena mi pecho oprime;
soy un yerto

caminante,
que cruza por el desierto,
sin que jamás halle un huerto
que le dé sombra un instante;
un perdido navegante,
que hallar no consigue el puerto.

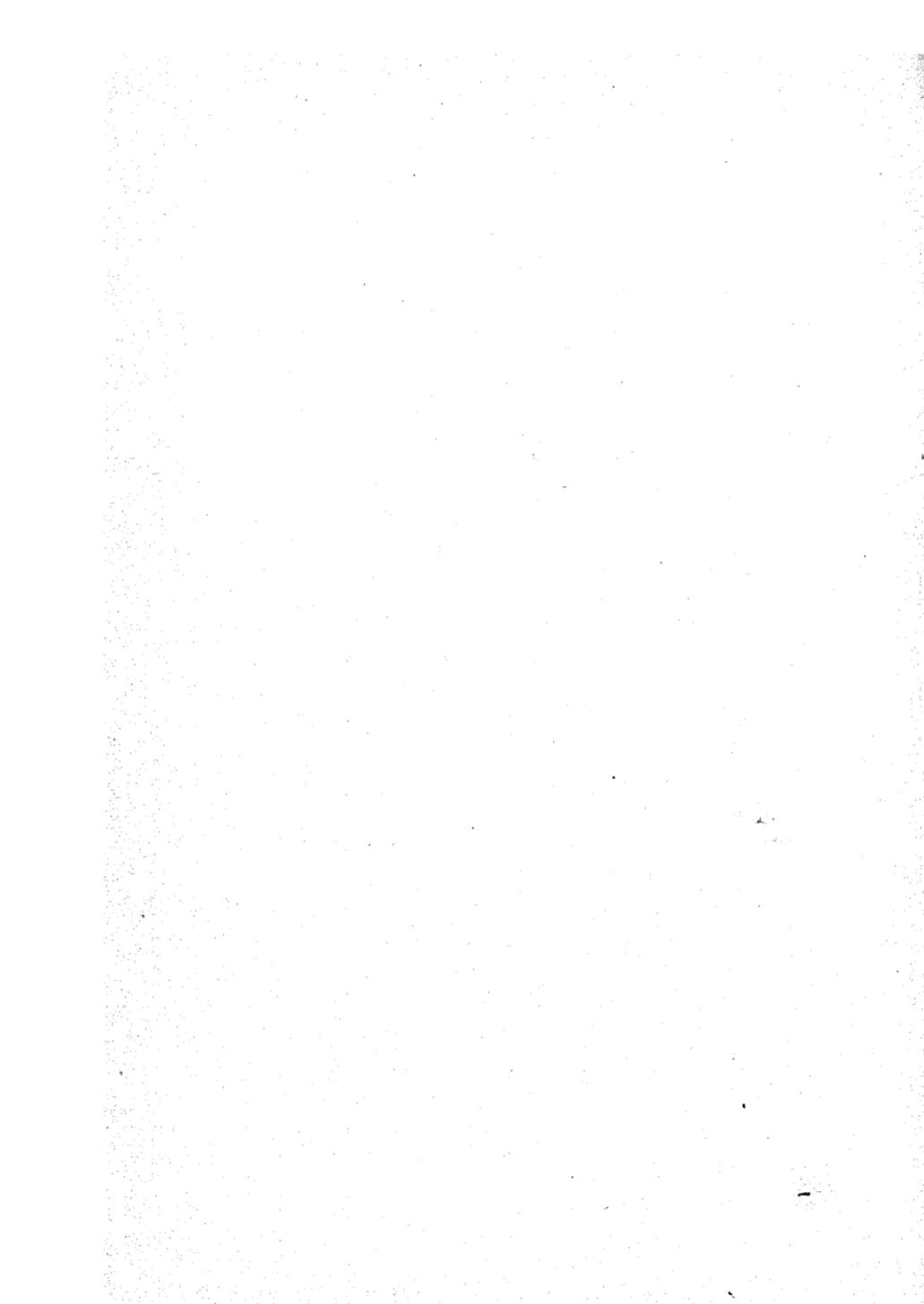
Madre de todo el que llora,
Tú, que nunca al que te implora
has negado
tus favores,
por el Dios Crucificado
que en tu vientre fué engendrado,
da consuelo á mis dolores,
por los sangrientos sudores
que transpiró tu Hijo amado.

Cuando, postrado de hinojos
ante Tí, miro tus ojos,
Dios esconde
su mirada,
y á tus ojos Dios descende,
y me arropa y me suspende,
y me eleva y me anonada,
con su luz, que es una espada
de luz, que el alma me hiende.

Y que al hundirse en mi pecho,
en vez de quedar maltrecho,
gemebundo
y dolorido,
siento un placer tan profundo,
en éxtasis tan fecundo,
cual si por tí concedido
fuese el perdón que te pido

por mi loco amor al mundo.

¡Oh, Madre! ¡Oh, fuente sellada!
Azucena inmaculada,
 Flor, un día,
 entre las flores
del mundo, Virgen María,
la esperanza y la alegría
de todos los pecadores,
concédele tus favores,
al que llora, Madre mía.



EN EL PARAISO

Los ojos abrió Adán; resplandecía
ya en el Oriente el sol; la primavera,
de flores coronada, por doquiera
todo un torrente de fulgor vertía.

Todo al beso del sol se estremecía
embriagado de amor; la azul esfera,
y el lago, y la montaña, y la pradera;
todo al hombre, al nacer, le sonreía.

La primera mujer su labio ardiente
posa en los labios de él, y la serpiente
ya es dueña del Edén, que el alma invoca;

Y á mí, que nunca perdoné la falta
de Adán, la idea del perdón me asalta
al ver tus ojos y al besar tu boca.

EL NÓMADA

Dadme mi caballo bayo,
el que rival es del rayo,
el que es del viento rival;
que, huyendo de mis pesares,
quiero tornar á mis lares
y volver á mi aduar.

Volver quiero, presuroso,
allí donde tan dichoso
latía mi corazón;
allí donde, alegremente,
donde, grata y dulcemente,
mi infancia se deslizó.

Quiero, á la luz de la luna,
desde la movible duna,
el desierto atalayar,
y dar caza á la gacela,
cuando más que corre vuela
seguida por el chacal.

De mi tienda, hecha con pieles
de camello, en los dinteles,
de los astros al fulgor,

escuchar los dulces sonos
de la guzla, y las canciones
del nómada trovador.

Quiero las tribus más fieras,
indómitas y altaneras,
á mi antojo avasallar,
sobre mi caballo bayo,
el que rival es del rayo,
el que es del viento rival.

Y que al resonar la hora
en que, libre y triunfadora,
vuele el alma hacia su Dios,
se pulvericen mis huesos
donde he nacido, á los besos
y á las caricias del sol.

TROVA

Con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata,
que es del cielo maravilla;
con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata;
y el ave su serenata
canta del río en la orilla;
con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata.

Sobre una empinada roca,
dominando la aspereza
del monte, que al cielo toca,
á las águilas provoca
una altiva fortaleza.

Es un castillo frontero
al moro, al que desafía
como un invicto guerrero;
es un castillo roquero
en una cumbre bravía.

Y es su alcaide un valeroso
conde, de rostro sombrío

y corazón generoso;
si de semblante rugoso,
aún llena el alma de brío.

Y este viejo castellano
tiene por hija una estrella
por lo bella, y diz que en vano
amor pretendió, tirano,
poner su dardos en ella.

Que en vano cien amadores,
en amorosa porfia,
regar quisieron sus flores,
que sólo de los amores
ella el filial conocía.

Y es esta beldad señora
del máspreciado tesoro
de encantos que vió la aurora;
y de cabello en que dora
el sol sus rayos de oro.

Y á la que astro es del castillo,
ama, con ansias crueles,
fascinado por su brillo,
el más bizarro caudillo
de los caudillos infieles.

El que siempre en el combate
cidió al triunfo sus cadenas,
y su pendón nunca abate
al más poderoso embate
de las huestes nazarenas.

Y doquier el castellano
guarda la flor que le aroma,

allí vuela el mahometano,
como, rápido, el milano
vuela en pos de la paloma.

Y allá, con sus hordas fieras,
de amor y ambiciones lleno,
lleva altivo sus banderas:
que ante su amor no hay fronteras
que respete el agareno.

Que amor su ambición enciende,
y le hostiga y le espolea,
y al par le arroba y suspende,
y ganar de amor pretende
la codiciada presea.

Y por él la sangre brota,
y el clarín vibra guerrero,
y el dolor la carne azota,
y se enrojece la cota,
y se enrojece el acero.

Y el atambor, ronco, grita;
y embota el golpe la malla,
y todo á matar incita,
y llora la Paz bendita
sobre el campo de batalla.

Y al par que la sangre inunda
la montaña y la pradera,
y la enrojece y fecunda,
más ardiente y más profunda
de su amor crece la hoguera.

Y un día ¡trágico día!
casi realizar su empeño

logra el caudillo, que ansía
trocar la pena alegría
y realidad el ensueño.

Y los recios murallones
del castillo, ya arruinados
están, y en sus torreones
los arábigos pendones
flamean, ensangrentados.

Y en su poder ya el tesoro
que era gala del castillo,
y única ambición del moro,
dice á la bella:—Te adoro,
—el indómito caudillo.

—Te adoro, como ninguna
mujer fué nunca adorada;
lo quiso así mi fortuna,
que nunca hallé faz alguna
como tu faz nacarada.

Que tu imagen en mí vive
como con luz esculpida,
y de ella vida recibe;
que sin tu amor no concibe
mi alma que vida sea vida.

Sin la nácar transparente
de tus mágicos hechizos;
sin el claror de tu frente,
sin la greca reluciente,
conque la nimban tus rizos.

Sin los preciados primores
que tu brial me recata,

sin tus fragancias de flores;
sin tus ojos brilladores,
en que lo azul se retrata.

Te amo, en fin, de tal manera,
y es mi amor tan insensato,
que, si tu amor lo exigiera,
y á ser mío, yo te diera
por tu amor el califato.

Leyes fueran tus antojos
y mis ocasos auroras,
y por mirarme en tus ojos,
adoraría de hinojos
hasta la Cruz que tú adoras.—

Ante tanto amor rendida,
la bella en vano se afana
en no olvidar lo que olvida,
y ya en la lucha vencida,
dice al moro la cristiana:

—Cuán cruel tu amor ha sido,
cuán tu amor ha destrozado
mi corazón dolorido:
que el puñal que en mí has hundido
antes lo has envenenado.

Tu amor; bárbaro y violento,
como el rayo centellea;
tu amor ruje como el viento,
que amor en tu pensamiento,
es un tigre que jadea.

Mas hacer que aún te ame puedes,
y también amarte quiero,

si es que á mi súplica accedes,
si la vida me concedes
de mi padre prisionero.

—Tu padre—ruje, anhelante,
el caudillo mahometano;
y un instante, un solo instante
después, galopa, arrogante,
en su corcel africano.

Galopar vertiginoso,
entre sus brazos la bella,
hace á su corcel fogoso,
soñando conque dichoso
puede aún ser con la doncella.

Que aún puede la vida ingrata
concederle cuanto ansía,
si al prisionero rescata,
y la impaciencia le mata
con la más honda agonía.

Roza un pájaro agorero
su frente, y estremecido,
hunde en su corcel ligero
la espuela, que algo el guerrero,
que le espanta, ha presentido.

Y vuela el corcel, y él calla
y frenético espolea
su caballo de batalla,
que algo siniestro avasalla
su corazón, que flaquea.

¡Ay! preciso es al destino
rendir forzado homenaje,

que, ¡quién tuerce su camino!
¡quién enfrena el torbellino!
¡quién al mar pone rendaje!

En vano el moro pretende
su suerte burlar, en vano,
que ya, ensangrentada, pende
del garfio que la suspende
la cabeza del cristiano.

Y al llegar delante de ella
no exhala ni un solo grito
al contemplarla la bella,
y parece la doncella
como tallada en granito.

Y tras un solo momento,
avanza trágicamente
hacia el trofeo sangriento,
y su labio, sin aliento,
pone un óculo en su frente.

Y al tornar á su serrallo
el más intrépido y fuerte
paladín gime, vasallo
del dolor, que en su caballo
lleva en sus brazos la muerte.

Que en sus brazos, ya sin vida,
lleva un cuerpo cincelado,
donde ya el alma no anida,
que, por invisible herida,
su alma, invisible, ha volado.

Con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata,

que es del cielo maravilla;
con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata;
y el ave su serenata
canta del río en la orilla;
con su luz la sombra humilla
la luna de faz de plata.

LA FÉ Y EL CAMINANTE

Ya tengo el alma rendida,
ya en sus ánforas la vida
licor alguno me ofrece;
ya el cabello me blanquea,
y mi espíritu flaquea
y mi cuerpo desfallece.

Ya en la mano del guerrero
tiembla y se abate el acero
conque intentó del destino
vencer los rudos rigores;
ya tan sólo sinsabores
suelo hallar en mi camino.

Ya ¡oh, goces! nunca me nombras,
y una congestión de sombras
es siempre del alma dueña.
De mi vida en el ocaso,
en salud y fuerza escaso,
llevo el tedio por enseña.

Mi mal ya es mal sin remedio;
que engendra el dolor el tedio,
y el tedio engendra el sombrío
malestar que me atormenta;
y, como nada le alienta,
se muere el alma de frío.

Es, pues, inútil que, ansiosa,
derrames la luz hermosa
en donde la sombra impera;
que el tedio es tan fuerte escudo,
que nunca escindirlo pudo
la estocada más certera.

Así dijo el caminante,
y, con acento insinuante,
así la Fé le repuso:
—Siempre fué el escepticismo,
triste y cruel, un abismo
donde se hunde el iluso.

En no ver mi luz te obstinas,
y entre negruras caminas
porque mi luz no conoces,
y en tus delirios te engañas,
pues yo siego las cizañas,
como las mieses las hoces.

Yo soy paz en la existencia,
yo calmo de la conciencia
las trágicas rebeliones,
yo las sombras ilumino,
yo al ciego muestro el camino
de todas las perfecciones.

Yo, con la antorcha en la mano,
del mundo en el oceano
soy faro que eterno brilla,
faro de luz esplendente,
que ilumina la rompiente
y la ensenada, en la orilla.

Yo cual la palmera soy,
yo á todos mi sombra doy,
en el erial soy un huerto,
yo soy cual santa divisa;
yo soy la única sonrisa
que Dios puso en el desierto.

Soy cual remanso de flores,
los más bellos mis colores,
los más puros mis aromas;
cielo azul siempre sin brumas,
en donde siempre sus plumas
bañan en sol las palomas.

De mi voz al blando arrullo
hunde su frente el orgullo
en polvo; y de Dios en nombre
voy cruzando por la tierra,
donde la impiedad, en guerra
vive siempre con el hombre.

Un tiempo germen dormido,
soy como rosal florido
que un santo céfiro orea,
rosal que abrió, á la divina
voz de Dios, en Palestina,
junto al mar de Galilea.

Nadie de orgullo me tilde,
que en la cuna más humilde
fueron abriendo mis flores;
de la humildad soy la palma;
mi cuna puse en el alma
de unos pobres pescadores.

Y ¡oh, Dios! cuán rápidamente
inundé con mi corriente,
trocándolo en santuario,
casi todo el mundo entero,
desde los piés del Madero
en la cumbre del Calvario.

Primero, raudal, que riza
el aura, y que se desliza
apacible y sin ruido;
y después, impetuosa
corriente, cual la espumosa
de un torrente embravecido.

Fuí como huracán deshecho,
y hoy mar que halla siempre estrecho
el recinto que lo encierra;
y en mi afán, siempre creciente,
bañar quiero en mi corriente
los ámbitos de la tierra.

Lleno de estupor profundo
vióme derrocar el mundo
los más ciclópeos sillares;
el paganismo, de asombros
lleno, miró hacerse escombros
sus más viles lupanares.

Surgí, vibrante y lozana,
y bañé la estirpe humana
toda, en mi Divino efluvio,
que de modo igual, asilo
hallé en la margen del Nilo
que en la margen del Danubio.

Me escogió de igual manera
el, de blonda cabellera,
germano, de azul pupila,
que el latino y que el heleno;
igual las hordas de Breno
que las legiones de Atila.

Cien veces los que no adoran
á la Cruz, los que laboran,
suicidas, contra el hermano,
los que del amor pecheros
viven, intentan, arteros,
desterrarme, pero en vano.

Equivocada la senda,
mirar te impide tu venda
mis santas fulguraciones;
pobre condición humana,
¡cuán locamente se afana
en cimentar negaciones!

Para creer no es preciso
más que ver cuanto Dios quiso
mostrar al mundo sin velos;
basta para ser creyente
mirar—serena la mente—
la tierra, el mar y los cielos.

Basta posar la mirada,
en una noche estrellada,
en las fúlgidas y bellas
radiantes constelaciones;
ver cómo á Dios sus canciones
de luz cantan las estrellas.

Ver los cerúleos jardines,
en donde los serafines
tejen los divinos tules,
en que de ópalos resaltan
los celajes conque esmaltan
los crepúsculos azules.

Ver en su red á la araña;
cómo la hormiga con maña
á lo más fuerte aniquila;
cómo á beber va el enjambre,
de la flor en el estambre,
la rica miel que destila.

Basta ver el firmamento,
ó sondar del pensamiento
el tan luminoso arcano,
que de Dios luce en el fondo
el sello, fondo aun más hondo
que el fondo del oceano.

Y, trémulo y vacilante,
dijo á la Fé el caminante
con acento dolorido:
—Y, si tu poder es tanto,
¿por qué no enjugaste el llanto,
que en mi sendero he vertido?

—Porque así Dios lo dispuso,
porque no como un intruso
debo entrar en parte alguna,
sino exigiendo homenaje
de amor, como en el bosque
entra, silente, la luna.

Porque aún no es llegado el día
en que gustes la alegría
de sentir mi puro abrazo,
pero pronto en mi cariño
te adormirás, como el niño
en el materno regazo.

Ya acabó, pues, tu camino
solitario; tu destino
ya apuró en tí sus rigores
y ya, por tu bien, en breve
licuará el fuego la nieve,
y cesarán tus doleres.

Y hallarás en mí un abrigo,
y recorrerás conmigo
el camino que aún te queda
por recorrer; en tu ocaso
sombra te dará á tu paso
el verdor de mi arboleda.

Y, rápida y silenciosa,
de la Fé la luminosa
visión se hundió en lontananza,
mas no sólo el caminante
quedó, que en aquel instante
vió á su lado la Esperanza.

La Esperanza, que, riente,
puso un ósculo en su frente;
y alentado el peregrino,
siguió caminando en calma,
que ya llevaba en el alma
una luz para el camino.

A UN AMIGO

¿Y por qué has de temer tanto á la muerte,
único bien que concedió la suerte
al que gusta lo amargo de la vida?
¿qué del que gime sin consuelo fuera,
si término á su llanto no pusiera
la que á tí te intimida?

Nada resiste á su caricia grata,
que todo lo nivela y lo confunde,
lo rompe y desbarata;
de todos los dolores nos rescata;
todo en su seno, sin cesar, lo hunde.

Torna al ayer un punto el pensamiento,
al ayer que ella en polvo ha convertido,
en polvo vano que disipa el viento;
pregunta lo que ha sido
de Alejandro y sus bélicas legiones;
qué de aquellos imperios y naciones
que llenan las edades más remotas
de mágico esplendor; qué de los vanos
dioses, que, por impuros y livianos,

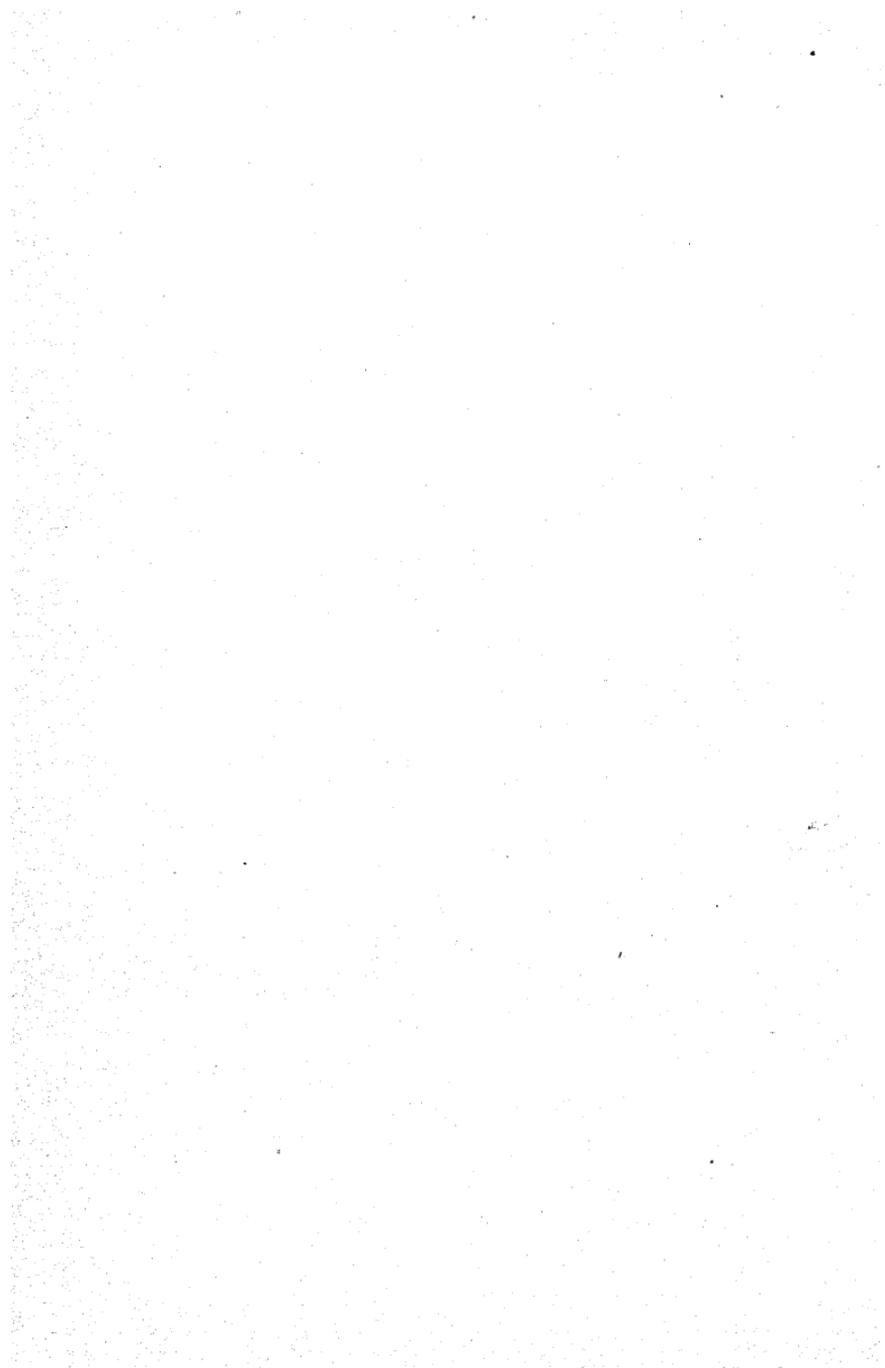
al par cayeron que sus aras rotas;
qué fué de los tiranos,
y qué de su grandeza fugitiva,
que execra el corazón; qué de las flotas
de Tiro; qué de Babilonia altiva;
qué de los templos de Balbek sagrada;
qué de Jerusalén, Santa Cautiva;
qué del regio decoro
de Persépolis bella, no igualada;
qué de Nínive hermosa;
qué de Arad y Sidón, vasto tesoro
que entre los surcos del ayer reposa.

Todo es polvo y no más; cuanto recrea
al hombre, y cuanto en conquistar se afana,
es luego la osamenta que blanquea
y que deja al pasar la caravana;
y si es polvo no más aquesta vida,
y es la muerte la puerta de salida,
¿por qué pensar en sucumbir te aterra?
¿por qué te asusta abandonar la tierra,
y volver á los cielos te intimida?

Mas sí, ya lo comprendo, en tí no late
la fé; tu alma no llena
la fé, que nos alienta en el combate;
en tu vida no suena
la dulce voz, de misterioso encanto,
que susurra en el alma del creyente,
un misterioso canto
que el alma nos arrulla dulcemente,
y oyendo el cual presiente
algo tan puro como inmenso y santo.

Mas cuando yo imagino

que muy pronto tal vez, tal vez en breve,
daré fin para siempre á mi camino,
el terror no se atreve
á tender en mi espíritu su velo:
que morir no me aterra
desde que supe desdeñar la tierra
y ambicionar el cielo.



EN EL UMBRAL

—No se puede pasar.

—¿Por qué?

—Yo infiero

que algo habrá en vuestra historia que lo impida.

—¿Quién osa decir tal del que en su vida tan buen cristiano fué cual buen guerrero?

—Yo tan sólo, señor, soy el portero, y me atengo á la orden recibida.

—¿Y. qué dice la orden?

—Que os impida

entrar, si lo intentárais, caballero.

—¿Y qué causa me cierra de la Gloria las puertas?

—Según dicen, una historia en que tuvisteis vos no poca mano.

—Nada recuerdo que el ultraje explique.

—Acordáos, señor, de un don Enrique, que, allá en Montiel, asesinó á su hermano.

¡LLUEVE!

Ya llueve, ya cae la lluvia,
que en cada gota una rubia
espiga pone en la era,
que sus raudales derrama
en el monte y la pradera,
y que monótona llama
á los párpados el sueño,
en que el dolor se adormece,
y que al llegar nos ofrece
en su regazo el ensueño.

¡Cuán gratamente sus sonos
resuenan!; como canciones
son para el troje vacío,
al que brindan su tesoro,
que és la lluvia como un río
lleno de guijas de oro;
que cuando ya la sequía
el campo agosta, lo riega,
y lo fecunda y anega
en verdor y en alegría.

Todo reboza contento.
—¡Ya llueve!— grita el sediento.

rodal lo mismo que el prado,
donde en busca de verdores
va inutilmente el ganado.
—¡Ya llueve!—dicen las flores,
ya mustias y sin aromas,
y la alondra entre los riscos,
y el cordero en los apriscos,
y, en el bosque, las palomas.

Bien abrigado en su lecho,
el rústico, que en su pecho
siente que el gozo chispea,
un hondo suspiro exhala
diciendo: —¡Bendito sea
el que el llover nos regala,
y la lluvia nos envía!;
¡gracias á Dios que ya llueve!
¡gracias á Dios que ya bebe
lo que de sed se moría!

Ya llueve, mi compañera,
Dios no quiere que se muera
el pejuar; oye cual cae
el agua, sin que un momento
se rinda, que ella nos trae
pan y reposo y contento.
¡Verás cómo más nos sobra
que nos falta una gavilla
ogaño!; cómo la trilla
ogaño rinde la cobra.

Tú verás cómo no hay penas
ogaño, y nuestras colmenas
hinchán de miel sus panales;
ya verás tú cómo ogaño

á sobrarle va rodales,
en que pastar, al rebaño;
verás cuál nos sobra el mosto,
como el aceite y el trigo;
tú verás qué buen amigo
va á ser, cuando llegue, Agosto.

Tú verás cuál Dios bendice
todo nuestro campo,—dice
el labriego, que dormido,
entretejiendo ilusiones,
torna á quedarse, al ruido
del persistente aguacero,
que en cada gota de lluvia
ve ya el rústico una rubia,
nueva espiga en el granero.

Y llega al fin la mañana,
y el celaje se engalana
con sus más radiantes velos,
y el sol su rico tesoro
de zafir tiende en los cielos;
del sol el rayo de oro
el paisaje en sus verdores
alegremente refleja,
y á la noche que se aleja
le entona un himno de amores.

MISTICA

Del lago de Bethsaida en la ribera,
vé Jesús cual sus pobres pescadores,
resistiendo del viento los rigores,
la barca navegar hacen ligera.

Pero la barca el Redentor no espera:
con la frente nimbada de fulgores,
huella leve y sutil y sin rumores,
la onda en que la luna reverbera.

Y, tal prodigio al ver, de asombro lleno,
vé el discípulo al Santo Nazareno
cruzando lentamente la laguna.

Y tanto el Nazareno resplandece,
y es tanto su fulgor, que palidece
á su divino resplandor la luna.

ES TARDE

Lentamente
tu imagen resplandeciente
quiso adueñarse de mí,
trocando en mis dictadores
los dos pétalos de flores
de tu boca carmesí.

Tu cabello,
aúreo raudal; de tu cuello
la incopiable morbidez;
de tu faz la perfecciones;
las limpias fulguraciones
del ópalo de tu tez.

De tus ojos
la turquesa, que de antojos
hace al hombre delirar;
la turquesa donde arde
la luz, que, al morir la tarde,
pone la tarde en el mar.

Tu sonrisa
tentadora, que es divisa
y es heraldado de placer,

en que tu hálito derramas
como la rosa en las ramas
del rosal en el vergel.

Tu cintura
cimbradora; tu figura
tan gentil como ideal;
tu mano pulida y breve;
tu albo seno, flor de nieve,
y de marfil y cristal.

De tu acento
el ritmo, que al pensamiento
hace soñar, de tu voz
la divina melopea,
voz de alondra que gorgea
una cántiga de amor.

Tu elegancia;
tu dulcísima fragancia,
la de la flor en abril;
la tersura de tu frente;
el blancor resplandeciente
de tus dientes de marfil.

Tus hechizos,
la sardónica, que en rizos
en tu sien se desató;
del jardín todas las flores
ser quisieron dictadores
de mi pobre corazón.

Mas no creas
que tan mágicas preesas
he de querer alcanzar,
que ya el bardo peregrino

en el borde del camino
se ha sentado á descansar.

Y sentado,
como está ya tan cansado
de luchar y padecer,
vé pasar indiferente
las espumas del torrente,
sin soñar con verse en él.

La experiencia
de la vida, amarga ciencia,
me ha enseñado á resistir
á tan bellos dictadores,
cual los pétalos de flores
de tu boca carmesí.

PLAYA LEVANTINA

Cuán fúlgido reverbera
el sol en el mar dormido,
que se tiende sin ruido
sobre la corva ribera;
en la lejana frontera
en que el mar une su velo
á los tules con que el cielo
cubre su faz, una nave
de blancas velas, del ave
remeda el rápido vuelo.

Frente al mar, los pescadores
elevatoron sus cabañas,
las más humildes, de cañas,
y de barro las mejores;
las trepadoras, con flores
visten los frágiles muros,
parapetos inseguros,
que, á veces, caen desplomados,
los días, que, huracanados,
soplan los vientos más duros.

De una cabaña delante,
un árbol amarillea,

y débilmente sombrea
el umbral, donde arrogante
y con bélico talante,
su pluma, que cuaja el día
de brillante pedrería,
y en actitud fanfarrona,
un gallo, al cantar, entona
un himno á la valentía.

Dos zagalas, de tan rojas
faldas, que flores parecen,
á un buey que sesteá ofrecen
algunas verdes panojas;
á otro árbol, ya sin hojas,
dos rapaces se encaraman;
y cien travesuras traman
otros, junto al mar cercano,
mientras á gritos y en vano
las que los quieren los llaman.

Del jabegote, de ruda
complexión, la voz resuena
cada vez que hunde en la arena
la recia planta desnuda;
la resignación le escuda,
pero, no obstante, al tirar
de la red, deja escapar
una sorda exclamación,
que es casi una invocación
en que pide descansar.

A la sombra, los decanos
de una vida sin mercedes
en recomponer las redes
no dan reposo á sus manos;

en torno de los ancianos,
los más jóvenes se sientan,
y alegremente comentan
las perfidias y traiciones
del mar, negras tradiciones
del mar, que aquéllos les cuentan.

La hembra del que en la barca
lucha contra el mar y el viento
por conquistar el sustento,
que es cuanto su afán abarca,
sin pensar en que la Parca
su dicha trincar pudiera,
canta y ríe, y, lisongera,
la imaginación le miente
la imagen del que, impaciente
de verle tornar, espera.

¡Tierra adentro, cuán risueño
brilla el riente paisajel
de oro y grana es el celaje,
rico dosel del ensueño;
cual de cuanto mira dueño,
el monte se enseñoorea
del llano, donde serpea
el río, cinta de plata
que fúlgida se desata,
y en la que el sol centellea.

Como huyendo de los mares,
en verdinegras mesnadas,
van por las hondas cañadas
trepando los olivares:
dando al viento sus cantares,
en que el goce se adivina,

cabe la onda cristalina
de un arroyo transparente,
lava, gentil y riente,
una airosa campesina.

Sus ojos bellos. ¡cuán bellos
son!, ¡cuán dulces y radiantes!
¡cuán undosos y ondulantes
sus negrísimos cabellos!
parecen vivos destellos
de un sol negro cual la endrina,
y en su boca purpurina
es su hálito de azucena,
y la voz que en ella suena
la de una alondra que trina.

¡Oh, riente panorama,
donde quiso la fortuna
que se meciera mi cuna!
¡oh, tierra donde derrama
el sol con su viva llama
las más divinas preseas!
¡oh, tierra que me recreas,
cielo azul y mar sereno,
campo florido y ameno!
¡bendita, bendita seas!

A MARIA GUERRERO

Oyéndola recitar

Tu garganta
es un prodigio que canta
una divina canción,
es un rítmico misterio,
es un sistro, es un salterio,
es el arpa del amor.

Tu garganta
de marfil, es cosa santa,
y es tu voz remedo fiel
de la celeste armonía
que pusiera Dios un día
en las arpas de Israel.

Tu garganta
es un pájaro que canta,
y que subyuga al cantar.
Yo escuchándote he sentido
un placer desconocido
y un misterioso anhelar.

Ora suena
como la guzla agarena,

cuando, al tibio resplandor
de las lámparas del cielo,
canta su amoroso anhelo
el árabe trovador.

Ya es la lira
á cuyos sonos suspira,
envuelta en rico brial,
la garrida castellana,
en la gótica ventana
de su torre señorial.

Tu voz, dueña
es del ritmo conque sueña,
en sus horas de abstracción,
el alma que al cielo sube;
es el canto del querube
ante el trono del Señor.

En tu boca
es la voz algo que evoca
lo que nunca traducir
consiguió la mente inquieta;
es el alma del poeta
toda cadencias en tí.

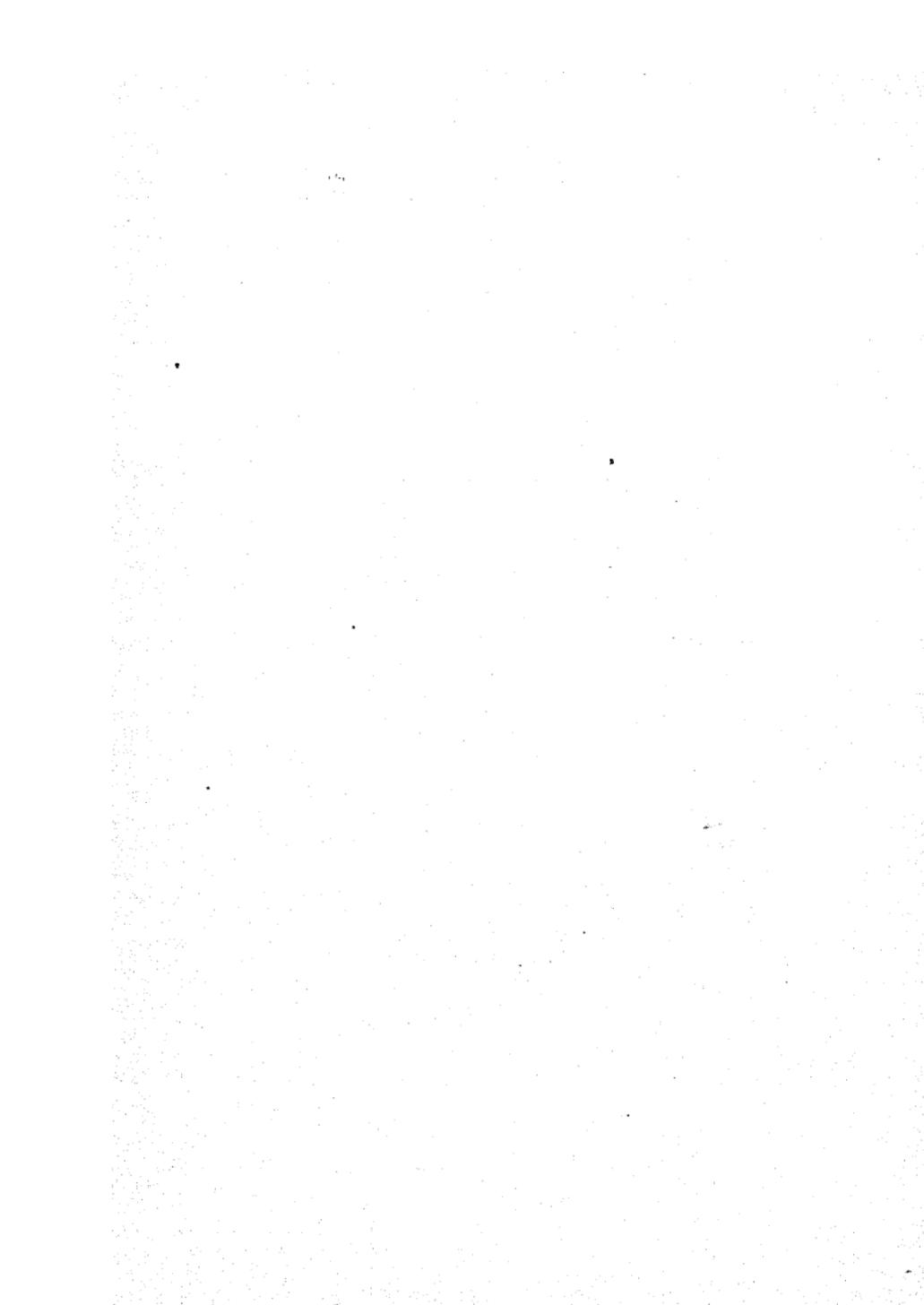
Y los sonos
de tu voz, las inflexiones
de tu voz, son un collar
que, al tú hablar, vierte sonoro
todas sus cuentas de oro
en un cáliz de cristal.

En tu acento
todo humano sentimiento
encuentra interpretación,

que entre zarzas y entre flores,
igual que los ruiseñores,
gorgea tu corazón.

Y es torrente,
y es murmurio de la fuente,
y es himno matutinal
de la vida en primavera,
y es la voz de la quimera,
y es la voz del ideal.

Tu garganta
es un prodigio que canta,
es un divino joyel
de rítmica pedrería,
aún más lleno de armonía
que las arpas de Israel.



EL FANFARRÓN

Vocea que luchando en Garellano
igualar nadie pudo su bravura;
que hojas cien ya gastó la empuñadura
de su fuerte mandoble toledano.

Que en la Corte cual él no hay cortesano,
ni figura gentil cual su figura;
que no hay paloma en palomar segura
allí donde él oficia de milano.

Luce rojo jubón bordado en plata;
dos plumas, una azul y otra escarlata,
prendidas á un joyel en el sombrero.

Capa de tafetán, botas de ante;
y es tan de bravo su viril talante
que nunca tuvo que blandir su acero.

MELANCOLIAS

Horas de sol que se alejan,
horas de sol que se van,
horas de sol que se fueron
para no volver ya más;
¡cómo os recuerda mi alma,
en la vaga claridad,
que anuncia, al llegar la tarde,
que va la noche á llegar!

Brillaban antes los cielos
como ya no brillarán;
ni ya brillan, cual brillaron
las verdes olas del mar;
ya la fontana no ríe
con sus labios de cristal,
ya no ríe la fontana,
ya sólo sabe llorar.

Horas de sol que se fueron,
horas de sol que se van;
esperanzas que se alejan
para no volver jamás;
¡cuán triste se queda el alma!

¡cuán triste la tarde está!
¡sin rosas y sin verdores
dejó ya el viento al rosal!

Si quieres, ven—un amigo
me dijo ayer—y verás
cómo aquella que adoraste
con tan insensato afán,
perdió todos sus encantos,
y hoy cruzando el mundo vá,
con el pelo encanecido
y ya rugosa la faz.

Y ¡oh, no!—le dije—no quiero,
cruel, hacerla llorar
sus ya perdidos encantos,
porque al verme llorará,
tristemente, amargamente,
aquel mágico caudal
de hechizos, que ya los años
se llevaron á enterrar.

Déjame con el recuerdo,
que cuando quiera evocar
su imagen, su imagen mire
cual la solía mirar
en las horas que se fueron,
cual las presentes se van;
en aquellas dulces horas
que nunca logro olvidar.

¡Oh, vida, cómo me hielas
con tu hálito glacial,
con tus campos sin verdores,
y tus cielos donde ya

todo es gris, todo es sombrío,
todo nos hace pensar
en que pronto nos iremos
como los años se van.

DE MI TIERRA

A la luz del sol, que ríe,
brillan en la pintoresca
plaza de Santa María,
las reducidas viviendas,
con sus encalados muros,
con sus vistosas cenefas
de los colores más vivos;
con sus balcones y rejas
donde, en apretadas filas
de cacharros y macetas,
luce la flora andaluza
sus más brillantes preseas,
el delicado dompedro
que aroma, cual la violeta,
los crepúsculos; la dalia
cuyos pétalos semejan
ser de rico terciopelo;
la tupida madreSelva;
el clavel, amante regio,
cantado por el poeta;
y sobre un muro en ruinas
que viste la verde yedra,
las campanillas azules;

y á la sombra que proyecta
el muro, varios prohombres
de los de tufo y coleta
discuten acalorados,
y con tan loca vehemencia,
que la discusión parece,
más que discusión, reyerta.
—Paco Madrí, yo sus digo
que es el Gurugú, la cresta
de tós los que matan toros,
y que mata más que puea
matar la peste.

—De eso
hay que ajustar bien las cuentas,
y eso será tal y como
y según la peste sea;
porque hay pestes que mardito
si matan, y si no, prueba
al canto: yo no he muerto
entoavía, que yo sepa,
y te trato tó los días,
y mía tú que te sundelan
á tí los pies en canícula.

—Mira tú, tú á mí me dejas
de chufas cuando platico
tan de chipé y tan de veras
como te estoy platicando

—Pere, chavó, tú te piensas
que no estoy hablando en serio.

—Es que este desajera
una miajita, y no digo
yo que Madrí no maneja
bien el bisturí, mas creo
que el Campuzano atorea

mucho más que él.

—Campuzano
necesita pá las piernas
somatose, ¿tú no has visto
cómo al mocito le tiemblan,
en cuanto tié que arrimarse
ar bicho?

—¿Y aonde me dejas
al Larita? que es un mozo
que mete mieo, y que aprieta
más que un loco, y que no hay bicho
pá él, porque es que se pega
á la cuna como un sello
á una carta.

—Pos tóas esas
catreáles, son tres chícharos
si la poneis á la vera
de Rafael Gómez, el día
que el mocito no se acuerda
der hule.

—Pós yo sus digo
que no siempre lo que suena
es lo que vale, y yo creo
que á los cuatro la pelea
le ganaban el *Chirrito*,
ú *el Cangrejo*, ú Juan *el Pella*,
ú el *Niño del Ombliguero*,
ú el *Pollo de las Lentejas*,
ú Joseito el *Coquina*,
ú el *Cajele*, ú cualisquiera
de los que presente estamos.
—¡Mía que salerol, si empiezas
á platicar de mosotros
pos se acabó... ya quisieran

tener, los cuatro reuníos,
las condiciones toreras
que tiés tú, ú que el *Charrata*
ú el *Canique* ú el *Llerena*;
que te vide yo á tí un día
matar á un charrán, que era
catredático, y me rio
yo de tós los que chanelan
de cuernos, ¡por vía der mengue!
—Pós te vide yo en Marchena
matar á un enjabonao,
que no lo mata la yerba
de la cicuta!

—¿Y er *Tábiro*?
¡camará! ¿ya no se acuerdan
ustés del tinto veletó
que mató el mocito en Teba
jaciéndole mal de ojo?
Lo que pasa es que la cencia
y el riñón, y el tente tieso,
y er telescopio, se estrellan
contra la mala fortuna;
pero er día que mós güerva
la cara, ¡vaya salero!
¡cuando mós platique el *Guerra*,
vá á jacerlo de roilla,
y mós va á dar ercelencia!
—Pós con que me diese un terno,
un pavero y dos pesetas,
ya puée el mozo tutearme
como y cuando y cuanto quiera.
—Güeno, dejémonos de eso,
y gorviendo á la vereá,
yo sus digo y sus ripito,

que Paco Madrí se deja
á los demás en el sitio
donde llevan los cometas
el jopo.

—Estás tú enteráo,
Paco Madrí pronto quema
toa la pórvora que trae;
y yo no estuve en la escuela,
ni yo aprendí la gramática,
pero á mí naide me lleva
el curso en cosas de toro,
que por argo me dió teta
una *gachi* que había sío,
la mar de años, la jembra
del *Churri*, un banderillero,
que murió de una *gitera*
de callos y caracoles;
y crean ustés que la cencia
que se mama, es la que sirve
y la que no marra.

Cerca
de los émulos del *Tato*,
alegremente conversan
varios ejemplares típicos,
gitanos ellos y ellas,
ellos lúciendo el pavero
de alas mustias, que sombrean
sus rostros, ya tan rugosos,
como nevadas sus luengas
patillas; el ya raído
marsellés; de la pechera
del camisón los zurcidos
y bordados que recuerdan
tiempos mejores; la faja

que les da múltiples vueltas
desde la ingle al sobaco;
el pantalón, que la tela
primitiva ya del todo
casi perdió; de baqueta
los herrados zapatones;
y en la faja las tijeras,
de los de su clase escudo;
y sus fieles compañeras,
la falda de amplios volantes,
no muy limpios, que sus piernas,
deformes y renegridas,
deja ver, como ver deja
la chaquetilla, de vivos
colores, la tez morena
de sus pechos descolgados;
mal peinada la grasienta
guedeja gris.

—Yo sus digo,
y mi boca no la ofenda,
que no es lo que pensais
lo que tiée la hija de Pepa
la *Engurruñá*.

—Pós yo creo,
y tós en decir se empeñan,
que lo que tiée es un diente,
porque como no la deja
er *Diente*, y se le ha estiraio
tanto la parte más céntrica
de su presona, y el médico,
por más que estudia, no acierta
á curarla, pos tó el mundo,
tós dicen que esa dolencia
no es más que un diente enconao.

—No diré yo que no sea,
pero, pa mí, que no es uno
lo que tiene la mozuela,
y, pá mí, que le ha dejao
la dentaúra completa,
que es mucho lo que le aburta
er tolondrón.

En la puerta
de su casa, reclinado
contra el quicio, á la pereza
rinde culto un patriarca
de la estirpe gitanesca;
de largas patillas nítidas,
y de nítida melena,
y de rostro rugosísimo,
y de figura esquelética,
entre un perro que dormita,
y un gallo que cacarea,
de una nasa prisionero,
y de él próximo, en la acera,
que de acera no merece
el nombre, un mozo de enérgicas
facciones, y de apostura
bizarra, gentil requiebra
á una moza, de negrísimos
ojos y hermosura espléndida,
que fulge al sol que la hiere,
con las tintas tan intensas
de su falda azul; su rojo
cuerpecillo, que moldea
su seno, y el amarillo
del gran pañuelo de seda
de largos flecos; prendidas
en la rizada guedeja

algunas flores; y al cuello,
de la ancha cinta de felpa
pendiente, una cruz.

Sentada
á sus piés y entre sus piernas,
la barba apoya en el pecho,
medio dormida, una vieja
cuyo rugoso semblante
envejecido, recuerda
los ardientes incentivos
del de la moza, que, atenta,
busca con tenaz empeño
algo, que, sin duda, encuentra
entre los grises mechones,
con lamentable frecuencia.
—¡Ay, marecita, y si fuesen
machacantes, y qué renta
más superior!

—Deja argunos
como ricuerdo, no sea
que vaya á aburrirme er día,
chiquilla, que no los sienta,
porque el rascar entretiene
á quien se aburre

—Ay, mi prenda,
y qué ganitas que tengo
de que seas tú, y de que sean
tus manos las que me cosquen.
—Pós mira tú, si son esas
tus intenciones, ya puées
dir buscando quien te quiera
comprar el casco, ú juntando
pá mercar, en cuanto puéas,
un mataliendres, salero.

—Yo ya es un matafieras
lo que necesito, porque
dende que palmó la agüela
no he encontrao en el barrio
quien me cosque, y me da pena
de verme, como me veo,
más solo que una pernera;
mas, gracia á un divé, mú pronto
tendré ya la sala puesta,
porque ya sólo me farta
una camita camera,
seis cuadros y cuatro sillas,
un güen anafe; una mesa
y un quinqué, y un chirimbolo,
que es mú poco lo que cuesta,
y lo que sirve muchísimo.

—Chavó, pos según tu cuenta,
lo que ya tiées agenciao
debe ser arguna percha
y los clavos.

—Mie osté, madre,
osté calle y no se meta
en ná, deje osté que corra
el agua por donde quiera.

—Como que oirla me pone
más peor que la candela,
porque es que nunca agradece
ná, sabiendo lo que cuesta
jatear bien una sala:
yo ya he gastao diez pesetas
lo menos; yo ya he mercao
un perchero, una cazuela,
una jaula de canario,
un vaso, una cafetera,

un martillo, veinte cáncamos,
cuasi una carga de leña,
un brasero de hojalata,
y tres peazos de estera,
y ná, ya oyes á tu madre,
¡como si uno tuviera
un vitalicio! ¡por vía
del que inventó la pajuelas!
y qué ganas que ya tengo
de que no seas tú, y que sea
quien la cosque el negro *Mery*.
—¡Mala puñalá trapera
te den en un hipocondrio!
¡y quieres tú que yo quiera
darte mi consentimiento!
—A mí me importa tres brevas,
por San Juan Evangelista,
que me dé usté ná, á mí ella
es la que tiene que darme
lo que yo quiero.

—¡Quisieran
ustedes dambos callarse,
que me teneis, dambos, negra
como el jollín, ya, la sangre!

Un bandurrio de chaveas
bulle, grita, salta, corre,
se apostrofa y se apedrea;
de la plaza en un extremo
hace, á punta de tijera,
en el lomo de un pacífico
pollino, de su destreza
alarde, un gitano viejo,
adornado con auténtica

indumentaria gitana,
no muy flamante; completan
el cuadro, el azul del cielo,
del cielo la luz intensa;
las copas de algunos árboles,
que con su verdor alegran
algunos jardines próximos,
que los muros que los cercan
rebasan con su ramaje;
y más lejos, en revuelta
confusión, altos tejados,
encaladas azoteas
y elegantes miradores;
y allá lejos, las laderas,
cuajadas de caseríos
blanquísimos, que semejan
bellos nidales prendidos
entre la verde arboleda.

¡Plaza de Santa María,
¡salve! plaza pintoresca,
¡salve! rincón, que, olvidado
por el progreso, recuerda
la Málaga de otros días;
la Málaga que ya entierran
los años, con sus floridos
balcones, y con sus rejas
floridas, con sus canciones,
y con sus típicas fiestas,
y su indumentaria típica;
cosas, en fin, de que apenas
van ya quedando vestigios
en mi Málaga la bella.

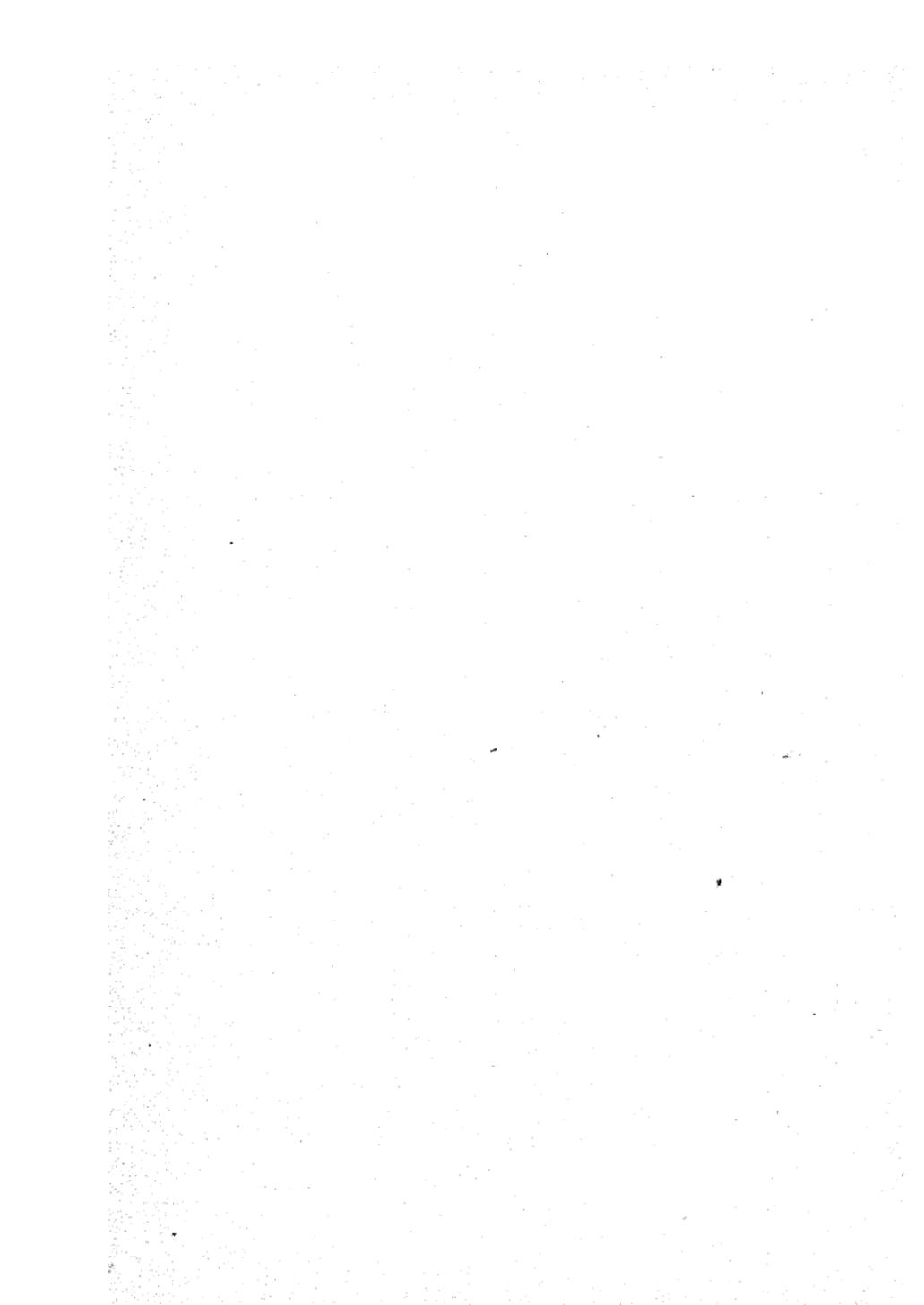
¡VIDA!

He nacido, ¡oh, mi Dios! cuando blanquea
la nieve de la edad en mis cabellos,
y están muertos mis ojos, y ya en ellos
ni un destello de gozo centellea.

He nacido, ¡oh, mi Dios! cuando ni humea
la que fué llamarada en los más bellos
años de nuestra juventud, aquellos
en los que Venus su cendal ondea.

He nacido, ¡oh, Señor! cuando la suerte
hábiale dado al corazón la muerte,
y muerto dentro de mi sér yacía.

Tu infinita bondad, Dios, me ha salvado
que, apiadado de mí, me ha despertado,
del sueño en que soñaba que vivía.



P O L V O

Un pensamiento ardiente
resbaló por mi mente
al mirar el caudal de tus hechizos,
y bendije la mano omnipotente
que émula del marfil hizo tu frente,
que hebras de sol entretejió en tus rizos,
que dibujó las líneas ideales
de tu rostro, fragante cual la rosa,
que aroma de Paestum los rosales,
y te puso por dientes dos sartales
de perlas orientales,
gala y orgullo de la mar undosa;
la que de lapislázuli tus bellas
pupilas fabricó, poniendo en ellas,
á la vez que de luz una oleada,
de dulzor un derroche,
y en tu faz la alborada,
y en tu sonrisa la ilusión soñada,
y en tu cabello, sin rival, la noche.

Y viéndote pasar con cadencioso
paso, rápido y breve,
te miré, un punto de placer ansioso,
y sintiendo, mujer, como la nieve
que la vida amontona
sobre mi corazón, y que ha ceñido
mi sien con su corona,
se licuaba veloz, estremecido,
por el riesgo evitar huí de tu lado,
que el tiempo que he vivido,
con sus duras lecciones me ha enseñado
que en amor el que vence es un vencido;
que en campos sin verdores, su bandera
el amor no tremola;
que el amor es amor entre verdores,
y sólo vive entre fragantes flores,
y no puede vivir cual la palmera,
y cuando, silenciosos,
huyen la primavera y el estío,
que aún perdure el amor intento es vano,
que apenas llega del invierno cano
el hálito glacial, muere de frío.

Así, al verte pasar, sólo un momento
hirió la tentación mi pensamiento;
y luego, con tristeza abrumadora,
pensé en mis canas y cobré energía,
y no quise acudir cuando, traidora,
—Ven á mí—tu mirada me decía.

¡Oh, vida; oh, triste vida; oh, vida ingrata!
cuán tristemente la vejez desata
los lazos del amor y los placeres,
¡oh, vida, que el deleite, gota á gota,

en la perdida juventud remota
brindaste sólo al que, implacable, hieres,
¡cuán rápida tu luz un punto brilla!
¡con qué placer le pagará el viajero,
á Caronte, el barquero,
que ha de llevarle hasta la opuesta orilla!

LA PARTIDA

Para don Enrique Lassala

Melancólica y doliente,
á la que es la confidente
del amor que su alma siente,
con voz del arpa rival,
por dar alivio á su pena,
la más gentil nazarena
dícele, al pié de una almena
de su castillo feudal:

—¡Cuán apuesto, cuán brioso
le ví partir! ¡cuán fogoso
galopar vertiginoso
le ví en su raudo corcel!
Su blanco airón daba al viento,
y alentaba su ardimiento
la rica banda, ornamento,
que, llorando, le entregué.

Que, al verle partir, mi llanto,
consuelo de mi quebranto,

fué tan acerbo, y fué tanto,
cual fué hondo mi dolor;
sentí que toda mi vida
se escapaba por la herida
al verle soltar la brida
á su corcel volador.

Al llegar donde el sendero
se bifurca, mi guerrero,
todo cubierto de acero,
volver hizo su alazán,
llevóse con ansia loca
al labio la rica toca,
trocada en banda, y su boca
la besó con dulce afán.

Y—adiós—me di, o, y su acento
fué como un triste lamento,
como un dulce juramento,
como una amante oración,
y trémula, por primera
vez, mi alma toda entera,
en un beso prisionera,
le envió mi corazón.

Y se alejó mi guerrero,
tan galán, gallardo y fiero,
dando al aire su plumero
engarzado en un joyel.
Nunca el Betis transparente
vió arnés más resplandeciente,
ni más noble continente,
ni más apuesto doncel.

¡Oh, Virgen, Reina del Cielo!

mitiga mi amargo duelo,
rasga el negrísimo velo
de mis penas con tu luz;
apiádate de mi suerte
por Aquel que viste, inerte,
en los brazos de la muerte,
enclavado en una cruz.

Y haz volver á mi adorado
guerrero, á mi bien amado;
haz que de él Dios apiadado,
no le haga sucumbir;
que al morir él, yo muriera,
que resistir no pudiera
tanto dolor... Dios no quiera
sea tan triste mi vivir.

Y pálida y triste y bella,
se arrodilla la doncella;
y la luna vierte en ella,
su argentado resplandor;
y surgiendo de una nube,
sus alas abre un querube,
y á llevar al cielo sube
una plegaria de amor.

PATIO ANDALUZ

Vierte un sol implacable sus resplandores,
y á su luz brilla el patio limpio y riente,
y, entre yedras oculta, canta una fuente,
con dos rotas cariátides por surtidores.

Brillan los azulejos multicolores,
que los muros franjean, y floreciente,
una parra preserva del sol ardiente
á una moza y un mozo que hablan de amores.

A su lado una vieja cose y vigila,
mas del mozo á la ardiente negra pupila
robar luz no consigue la de la anciana.

Y á su luz, que la inunda voluptuosa,
la tez, momentos antes color de rosa,
ya la tiene la moza como la grana.

EN EL DESTIERRO

Leyendo el Ramayana

¡Oh! paz solemne y augusta,
¡oh! paz religiosa y santa,
¡oh! solitarios verjeles,
¡oh! colinas solitarias,
¡oh! florecientes laderas,
¡oh! magníficas montañas,
unas con frentes de ópalo,
otras con frentes de nácar;
unas con túnicas verdes,
otras con túnicas grana.
¡Oh! florecientes laderas,
¡oh! magníficas montañas,
donde sus vivos destellos
el sol índico refracta.
¡Oh! verjeles solitarios,
¡oh! colinas solitarias.

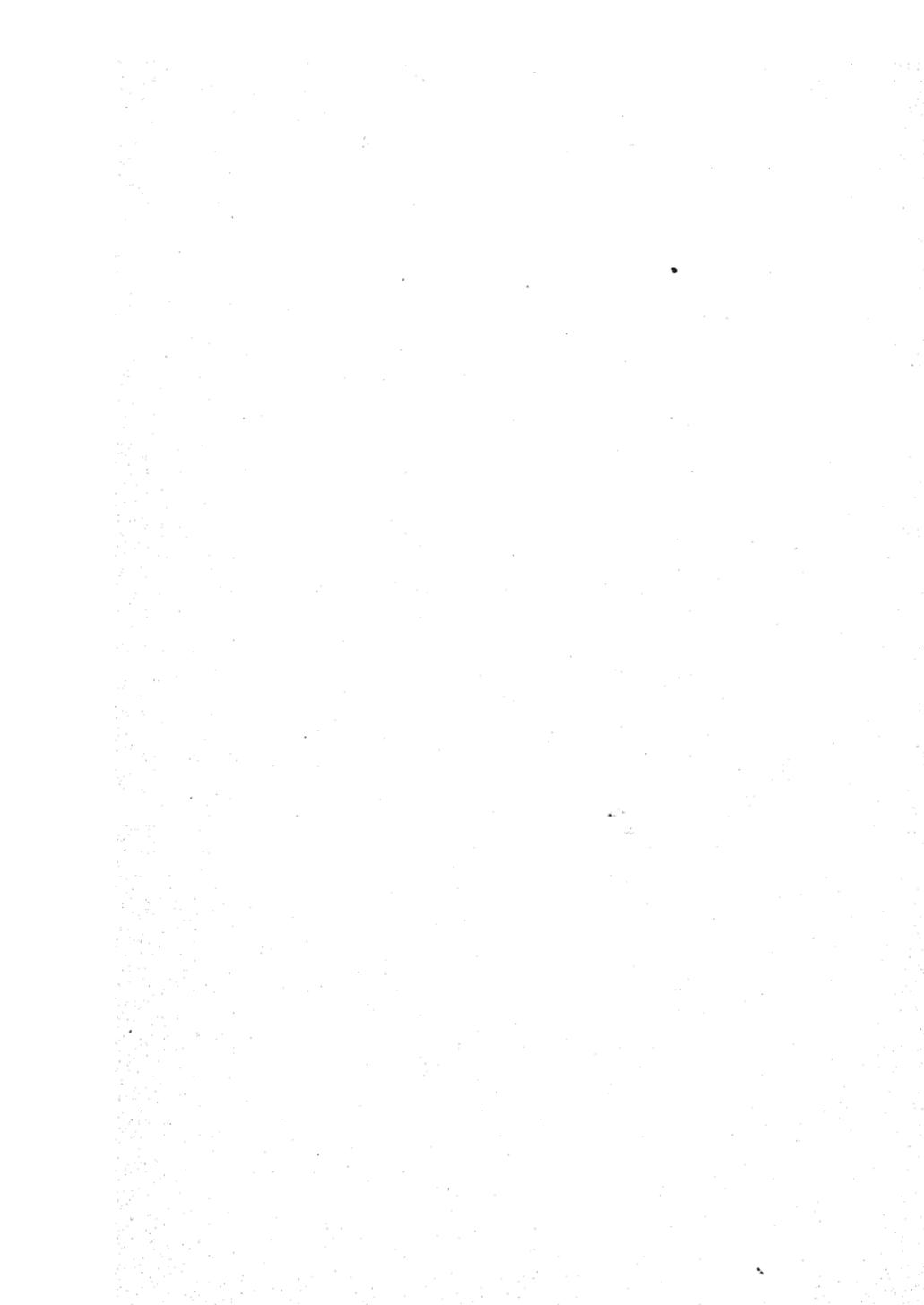
Ven, mi Sita bien querida,
ven, mi Sita bien amada,
y ven tú, también, mi hermano,

y contemplad estas vastas
selvas, de simios y pájaros
y de leopardos pobladas,
donde el viejo Indra ríe;
donde el sándalo derrama
sus penetrantes perfumes;
donde brindan sombra grata
el yuyuba y el banano;
ved cómo fingen las aguas,
en los suaves declives
del monte, bellas cascadas;
cómo en las verdes llanuras
corren cual sierpes de plata.
¡Oh! verjeles solitarios,
¡oh! colinas solitarias.

Niña de mirar suave,
de dulce sonrisa cándida,
contempla cuán dulcemente
el Mandaquini resbala,
bajo una brillante bóveda
de púrpura y esmeralda
y de zafiros, que tejen
la hoja azul y la encarnada
de las nínfeas y del loto;
mira las islas que esmaltan,
cual primorosos joyeles,
su corriente, tersa y mansa;
mira sus grullas y cisnes,
y mira cómo, en manadas,
en sus márgenes floridas,
juguetonas y gallardas,
van á beber las gacelas;
mira la oca encarnada

cómo vuela hacia los cielos
y en el sol tiñe sus alas.

Contempla, mi bien querida,
contempla, mi bien amada,
y contempla tú, mi hermano,
el divino panorama;
yo las ciudades desdeño,
y la corona me espanta,
que aquí ser dichoso puedo,
más que del trono en las gradas,
con tus caricias ardientes,
mi Sita, tú, la que ama
mi corazón, y contigo,
mi hermano, el que mis desgracias
compartir conmigo quieres,
en esta región, que encanta
mi espíritu fatigado
por mis tristezas pasadas.
¡Oh! verjeles solitarios.
¡Oh! colinas solitarias.



EN LA PLAYA

¡Oh! mi latino mar, mi mar latino,
el más bello y riente y cristalino
de todos cuantos bañan las arenas
de todos los más bellos litorales.
¡Oh! mar, ¡oh! terso mar, cuyos cristales
testigos fueron de mis hondas penas.

Cuántas veces, ¡oh, mar! á ti venía,
y te contaba de la suerte mía
las burlas y sarcasmos y rigores;
y al monótono son que con tus olas
rompen dormidas, junto á ti, y á solas
contigo, te contaba mis dolores.

Mis dolores, tan hondos; mis ensueños,
que efímeros y dulces y risueños,
huyeron á la voz del desencanto.
¡Cuántas y cuántas veces, al embate
del dolor, mal herido en el combate,
puso en el tuyo su amargor mi llanto!

Cuántas veces, ¡oh, mar! cuántas, al alma
de sombra henchida, de tu seno en calma

contemplando la vastas extensiones,
de su siniestro meditar distraje;
y cuántas, al rumor de tu oleaje
las notas arranqué de mis canciones.

Cuántas y cuántas veces, reclinado
en tu móvil arena, del pasado
góceme en evocar la lejanía;
cuántas y cuántas veces he venido
á preguntarte por el bien perdido,
y por los sueños que forjado había.

Aun más que ayer por el dolor maltrecho,
de mustias flores rebosante el pecho,
hoy vuelvo á hallar tu movediza arena,
y ¡oh, mar! ¡oh bello mar! ¡oh mar en calma!
cómo las penas del ayer, el alma
hoy suele recordar de envidia llena.

Las penas del ayer fueron ligeros
esquemas del dolor, no los certeros
dardos que hoy nada, por mi mal, embota;
¡oh, mar! ¡oh, bello mar! quiera la suerte
repose junto á tí mi pecho inerte,
con el cordaje de mi lira rota.

ROMANCE MORISCO

Para Pepe Jurado de la Parra

Por la Puerta Tolaitola
penetra Almanzor, al frente
de sus taifas de andaluces,
de sus rudos bereberes,
de sus hábiles arqueros,
de sus ágiles jinetes
berberiscos, que acaudillan
sus bravos almocademes.

Por la Puerta Tolaitola
avanza, y al sol, que hiera,
cual con centellas de oro,
sus huestes, brillan sus huestes;
brillan sus ricos liwaes,
sus trompetas relucientes,
los ondulantes penachos
prendidos en los bonetes,
las resonantes lorigas,

los nevados alquiceles,
las marlotas recamadas,
los vistosos gallardetes,
las bandas y las preseas,
del amor dulces presentes;
y en las picas enhiestadas
de los bárbaros zenetes,
cien cabezas de rumies,
que aun en sus ojos retienen
la última y rencorosa
mirada, que ni aun la muerte
pudo borrar; y tras ellos,
destrozados los arneses,
pero tan fieros y altivos,
y tan en alto la frente,
que más que los derrotados
los triunfadores parecen,
caminan los prisioneros,
los indómitos leoneses
y los indómitos vascos;
los que no quiso la suerte
contraria, que sucumbieran
al hierro de los infieles,
que arrasaron sus castillos,
que destruyeron sus mieses,
que sus templos profanaron
y osaron á sus mujeres.

¡Gloria á Almanzor! grita el pueblo,
y ¡gloria! gritan, al verle,
en las blancas azoteas,
en los altos minaretes,
y en las verdes celosías
de los áureos ajimeces,

labios, al beso propicios,
labios, que flores parecen.

¡Gloria al Hagib! todos gritan;
mas todos, al par, advierten,
que nada del gran caudillo
desfruncir logra la frente;
nada su faz ilumina,
nada su espíritu enciende,
nada acaricia su pecho,
nada su pecho divierte,
y en vano la gente grita,
y en vano bulle la gente,
y en torno suyo lo aclama,
que ser dichoso no puede
en tanto suya no sea
la que sus ojos suspende
con los suyos melancólicos;
aquella en la que florecen
dos nítidas azucenas
en el seno; la que puede
hacer llorar á la aurora
de envidia; la que se mueve,
al andar, cual la gacela;
la hija, en fin, del que defiende
la frontera del cristiano,
en la margen, siempre verde,
del Tormes; por la que diera
gustoso cien y cien veces,
de Córdoba sus palacios,
de Medina, los verjeles;
las bellas, gala y orgullo
y ornato de sus harenes;
sus aceros más preciados,

sus armaduras más fuertes,
sus más ricas tunicelas,
sus más bellos martinetes,
sus, del huracán hermanos,
rapidísimos corceles;
y es tanto su amor, que diera
por posar su labio ardiente
sobre sus labios de grana,
hasta el polvo que contiene
el rico cofre esmaltado
con ricas piedras de Oriente,
donde el polvo recogido
por sus fúlgidos arneses
en lides cien, atesora;
polvo que guarda y que quiere
derramen sobre su cuerpo
cuando su cuerpo ya entierren.

¡Gloria á Almanzor! gritan todos;
y ¡gloriam! gritan al verle
tras las verdes celosías
de los áureos ajimeces,
labios, al beso propicios,
labios que flores parecen.

ESTIVAL

—Vamos para el majuelo,
que es ya la hora,
que en él ya los racimos
amarillean,
y al sol, que con sus rayos
los pinta y dora,
los pájaros, que trinan,
los picotean.

Dicen los atesados
vendimiadores,
saliendo alegremente
de sus cabañas,
y á la cabeza el cuévano,
por entre flores,
trepan á lo más alto
de las montañas.

Al céfiro el romero
da sus aromas;
el cazador cruzando
va los breñales;

persiguen los halcones
á las palomas,
y en las peñas rebrincan
los recentales.

Del umbral de la venta
bajo la parra,
á un jinete una copa
sirve el ventero;
su monótono canto
da la cigarra;
y tendido en su acémila
va el arriero.

Sonríen las espigas,
ya sin verdores,
á los trojes vacíos;
dulce resuena
la cántiga que cantan
los trilladores,
que es una dulce cántiga,
casi agarena.

Por doquiera la vida
pródigamente,
brinda los más fragantes
frutos que encierra,
que al que en sudor, labrándola,
baña su frente,
galardonar espléndida
sabe la tierra.

Con la hoz en la mano,
fulgura Agosto,
y pródigo enriquece

valles y oteros,
y en los hondos lagares
fermenta el mosto,
y las uvas se rizan
en los paseros.

Se despueblan las urbes
más populosas,
y los ricos huyendo
van del verano,
y, trémulas, quebrantan
las mariposas,
los capullos tejidos
por el gusano.

Mas ¡ay! pronto el otoño,
pálido y grave,
llegará en sus corceles
de blancas crines,
agitando la blanda
brisa suave,
despojando de flores
á los jardines.

Y con voz de ateridos,
lánguidos sonos,
gritará deteniéndose:
Paso á las brumas,
tras mí vienen, rugientes,
los aquilones,
que al mar, al que fustigan,
cubren de espumas.

Yo heraldo soy del viento
tempestuoso,

que azota con sus látigos
los arenales;
yo os traigo un horizonte
triste y brumoso,
yo arranco los capullos
á los rosales.

Yo el turbante de plata
tejo á las cumbres,
que más tarde el invierno,
les ciñe helado;
yo envuelvo en mis neblinas
del sol las lumbres,
y desnudo las ramas
del arbolado.

Yo tejo las mortajas
á los dolientes
que devora, implacable,
la calentura;
á las vírgenes bellas,
adolescentes,
á las que yo preparo
la sepultura.

Yo soy el triste otoño,
ya mensajero
del Invierno aterido,
que se avecina,
y que avanza encorvado,
por el sendero,
al peso de las nieves
conque camina.

.....
Mas aun no ha llegado,

aun sus raudales
de luz vierten los soles,
que centellean;
aun brillan las espigas
en los trigales,
y las uvas los pájaros
aun picotean.

¡Oh! cuán bella es la vida,
cuando el verano
en los más dulces frutos
trueca las flores,
y no dan, en las viñas,
paz á la mano
las cuadrillas de alegres
vendimiadores.

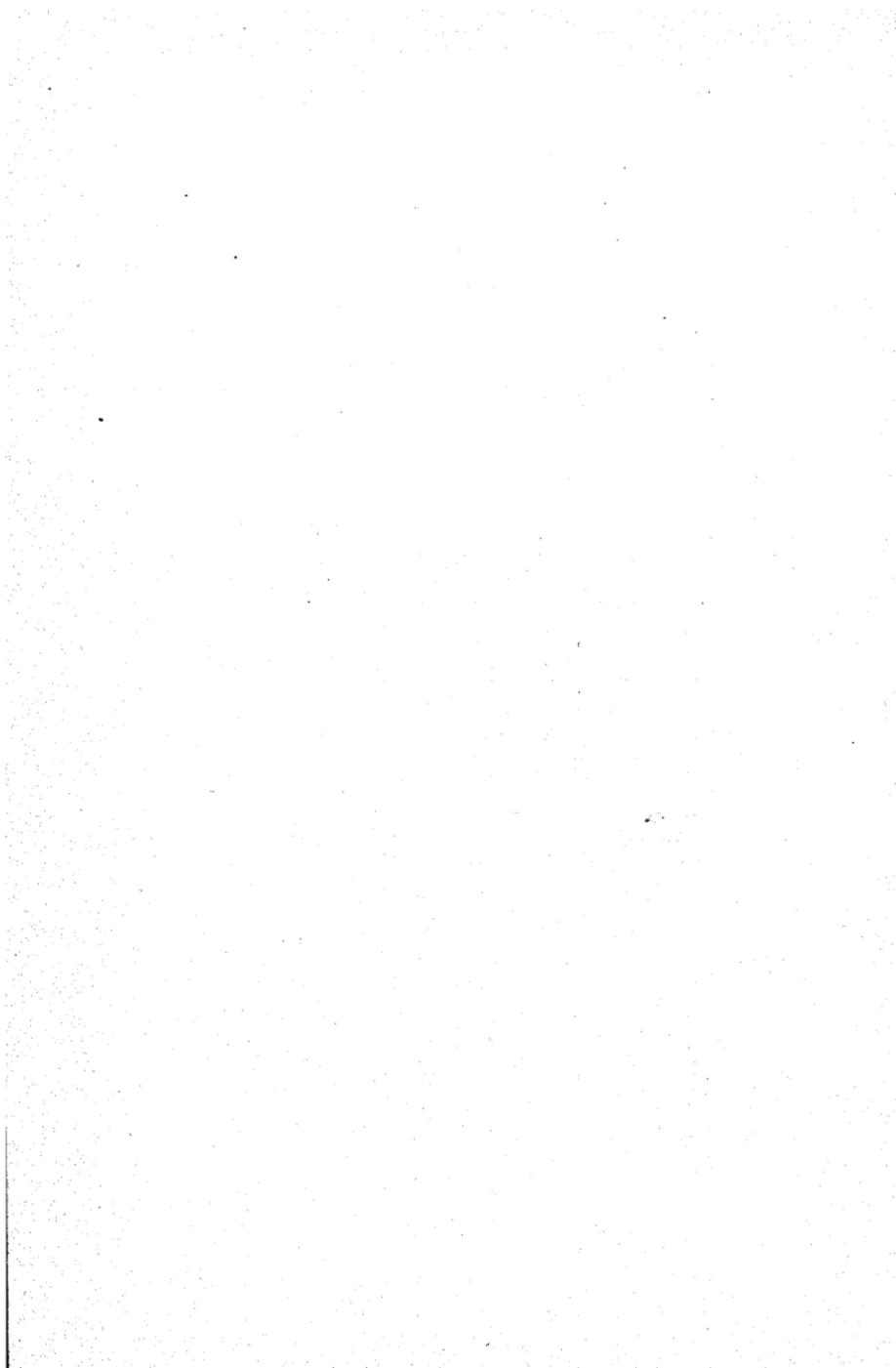
DIOS MIO

Creo, mi Dios, en Ti; tu Nombre Santo
esculpido con luz llevo en la mente,
y en mi, ya roto, corazón, que siente
el peso de una vida sin encanto.

Ya no me causa, como ayer, espanto
de la jornada el fin, que ya presente
cercano el alma, y ya nunca la frente,
lleno de orgullo y altivez, levanto.

Mas ya cansado de sufrir el yugo
de este triste vivir, que es mi verdugo,
la musa del dolor sólo en mí canta.

Y tanto y tanto reposar ya ansío,
ya tan cansado de vivir, Dios mío,
que aun lo que tengo que vivir me espanta.



BÉSAM E

Bésame, mujer, sí, bésame,
pon en mí todos tus besos,
pon tu caricia en mis labios,
de tus caricias sedientos;
cñe tus brazos de nácar
y de rosas á mi cuello;
que ondular sienta la vida
marfilina de tu seno,
de amor palpitante; suelta
el raudal de tus cabellos,
y que en tus hombros resbalen
como un áureo chal espléndido;
embriaga mis sentidos
de tu dulcísimo aliento
con las cálidas fragancias;
que de tu voz el gorgojo
haga de pasados ritmos
recordar en mí los ecos
fugaces, por si mis penas,
cual pájaros agoreros,
á la luz del sol, sus alas

tienden, y huyen, cual huyeron
mis doradas ilusiones
y mis dorados ensueños.

Bésame, que voy cruzando
ya mi tan triste sendero,
solitario y melancólico,
agobiado por el peso
de mi torre, ya en ruinas,
combatido por el cierzo,
por el rayo combatido,
combatido por el trueno;
bésame, que ya errabundo
voy cruzando mi desierto,
con dolencias del espíritu
y con dolencias del cuerpo;
de mi cuerpo, que desmaya
en el trágico torneo;
de mi espíritu, que liora
incomprensibles anhelos
de santas delectaciones,
que, nostálgico, no acierto
á morir, como tampoco
vivir consigo, y ni muero
ni vivo... siempre la suerte
me miró con torvo ceño.
Amo las flores, y flores
no nacen en mi sendero;
amo todo lo que brilla
y sombras tan sólo encuentro;
escalar, de gloria ansioso,
todas las cumbres intento,
y en todas ellas resbalo;
lucho con viril empeño

por ganar en la batalla
el máspreciado trofeo,
y cuando á lograrlo voy,
contra las rocas me estrello.

Ven, pues, mujer, á mi lado,
por si logras, con tus besos,
aromar la flor marchita
que se deshoja en el yermo...
Mas no... es inútil... el río
no vuelve atrás; el destello
del sol que hundióse en ocaso
más no vuelve el firmamento
á iluminar; ¡quién de flores
torna á cubrir el ya seco
tallo del rosal, herido
por el rayo! ¡quién del tiempo
detiene el vertiginoso
caminar! ¡quién en mi pecho,
conturbado y dolorido,
hace arder el sacro fuego
de la juventud perdida!
¡dónde encontrar un consuelo
á mis profundas tristezas
y á mis hondos desalientos!

Así dije, y reclinando
la cabeza sobre el pecho,
quedé como sumergido
en mi dolor; un reflejo
de la luna, penetrando
por el balcón entreabierto,
hízome posar mis ojos
en el zafir de los cielos,

y ví temblar las estrellas,
y ví temblar los luceros,
y algo, por mí no sentido
jamás, algo que no acierto
á explicar, llenó mi alma
de algo que explicar no puedo;
y rozó el polvo mi frente,
y brotó en mis labios, trémulos,
una plegaria, la única
que aun retenía el recuerdo
de mis años infantiles;
y desde entonces, sereno,
dando fin á mi jornada
voy, sin que me cause miedo
vivir, ni el morir me aterre,
cual antes, con sus misterios.

EN EL AZUR

Contempladle: es el hombre, en su mirada
radia un vivo destello soberano
de la luz increada;
contempladle en la nube, nunca hollada,
con la antorcha en la mano;
contempladle, ni tiembla ni vacila,
que en la lid, que su vida constituye,
si un rayo le amenaza, lo aniquila,
si la muerte le busca, se recrea
con la muerte en jugar, y de la llama
del genio á los fulgores, su oriflama
en la radiante inmensidad ondea.

Y allá vá tan veloz como vá el viento,
sobre el frágil invento,
de las ciencias humanas maravilla,
como en débil barquilla,
por el piélago azul del firmamento.
¡Oh! mágica visión, que le enagena,
bajo sus alas de crugiente lona,
conque recorre la extensión serena,

al latir del motor, que le ensordece,
y que es un himno que en su honor entona,
un paisaje con otro se eslabona,
y al que huye el que llega desvanece;
ora es la llanura, que de hartura
háblale al troje con la mies madura
en que la espiga, sin cesar, se mece;
ora es el prado de verdores lleno,
donde, á las fiebres del dolor ageno,
y á los insomnios de la angustia extraño,
plácido alarde de vejez bizarra,
mal envuelto en su rústica zamarra,
vigila su rebaño
el viejo rabadán, de faz risueña,
que se adormece entre la misma breña,
entre la cual se adormeciera antaño.

Ya es la onda, que, tersa, se desliza,
de la plácida fuente,
que el céfiro al volar besa riente,
y con sus besos riza;
ya es la espesura en que el rosa florido
bríndale al ruiseñor con blando nido,
cabe el terso cristal de la laguna,
donde en verse copiado se recrea,
y envidiar hace al hombre su fortuna,
cuando, á los rayos de la blanca luna,
en su nidal el ruiseñor gorgea.

Ya es el blanco y risueño caserío,
que en el monte se extiende,
donde entrar no logró nunca el hastío,
ni este hondo anhelar del pecho mío,
que en vano el alma dominar pretende;

ya es la sierra, orgulloso soberano,
de valles y llanuras y praderas,
donde anida el condor; donde altaneras,
memorias de un ayer fiero y tirano,
que el tiempo terco en escombrar se afana,
aun se yerguen cien torres señoriales,
entre cuyas poéticas ruinas
fabrican su nidal las golondrinas
y duermen cien leyendas medioevales.

Ya es el desierto, que dormita en calma,
donde la vida su latir enfrena,
y alegra sólo el corazón la palma,
donde es trasunto la infecunda arena
del alma si la fé no riega el alma;
ya no es el arenal; ya el valle ríe,
y nuestra vista en deleitar se engríe
con su verdor risueño;
ya es el cantil, que con augusto ceño
reta, inmóvil, del mar la saña fiera;
mar donde grácil la barquilla emerge,
en que sacar la red, que en él sumerge,
llena, cantando, el pescador espera.

Ya es el río caudal, de ondas de plata,
que si aduerme en el llano sus raudales,
del monte al descender es catarata,
y que, sereno, al resbalar, retrata
la flor en el remanso en sus cristales;
ya las urbes, colmenas populosas,
en donde, cual abejas laboriosas,
llena el hombre sus mágicos panales,
y de Dios busca las divinas huellas,
que á veces en no ver, terco, se obstina,

•

mas aunque á tientas sin cesar camina,
en las noches azules, en que, bellas,
fulgen al beso de su luz conjunta,
lo mismo que á los átomos pregunta,
pregúntale por Dios á las estrellas.

Contempladle: es el hombre, el irredento,
el que, de dichas y verdad sediento,
siente que el alma, sin cesar, le quema
el fuego en que arder Dios hace al precito,
y que en su frente y, por su mal, escrito
lleva el justo anatema;
es el hombre, es el triste
que ya las galas del ayer no viste,
ni la luz endiadema;
pero ved cómo lucha, enardecido,
por de nuevo ceñir las níveas galas,
las invisibles alas
conque volara en el Edén perdido;
ved cómo, ansioso de volar, navega
en el radiante azur, cómo reclama
las glorias del Edén, y su oriflama
sobre la nube y el condor despliega;
cómo á solas con Dios, en el vacío,
el que jamás rezó, reza ferviente,
de Dios al concebir el poderío,
que no hay sér ¡oh, mi Dios! al que no asombre
tu bondad y poder; ¡que cómo el hombre
puede negar tu excelsitud, Dios mío!

SOMBRAS QUE PASAN

—Por Dios, mi prenda,
más no me llores,
manque llorando copia tu cara
la de la Virgen de los Dolores.

—Cosa tan grande
naide me pía ;
¡cómo me pías tú que no llore,
si se me ha muerto la mare mía!

—Tós en er mundo
semos iguales,
tamién se mueren las abejitas
cuando tieén llenos ya sus panales.

Tó en este mundo
palma, morena,
palma lo malo, palma lo bueno
palma la risa, palma la pena.

Si hoy en tí llueve,
ya en mí ha llovío;

si ahora tu prenda se la ha llevao,
antes mi prenda se llevó el río.

—Como mi prenda,
prenda ninguna,
como mi mare, mare no ha habío,
que ella fué sola como la luna.

¡Mare del alma,
quién te pudiera
besar de nuevo; quién tu carita
viese una sola vez tan siquiera!

Besar tu pelo
tan anillao;
aquel pelito, donde la vía,
¡la perra vía! ya había nevao.

¡Ay! cómo el pecho
me lo partías
con los consejos conque pa siempre,
mare del alma, te despedías.

De toas las mares
juistes la palma,
como la mía, por mi fortuna,
no hubo ninguna, ¡mare del alma!

Y al recordarla,
deshecha en llanto,
con triste llanto, la gitanilla
riega una fosa del camposanto.

—Nenita mía,
de mi sentraña,

por tus ojitos, que más no llores,
—dícela el mozo que la acompaña.

—Deja que llore,
deja que pene,
que si no erramo más lagrimitas,
se rompe el vaso que las contiene.

Pronto el crepúsculo,
rápido, llega,
y entre las zanjas y mausoleos,
sus misteriosos tules despliega.

Y el gitanillo,
por fin, consigue
de allí arrancarla, mas la gitana,
tras su gitano, llorando sigue.

Pasan los días,
pasan los meses,
y al cementerio va ya tan sólo
la gitanilla contadas veces.

Ya de sus ojos
no brota el llanto;
ya la sonrisa su cara irisa
cuando regresa del camposanto.

Ya huyó la nube
de sus dolores,
y ya, en los días de los difuntos,
se vé la triste fosa sin flores.

¡Para qué flores,
si es polvo vano

lo que allí queda si se lo ha dicho,
cien y cien veces, ya su gitano.

Ya no hay letrado
ni flor alguna,
sobre la fosa, donde su madre
yace, una madre como ninguna.

Cual nuestros goces
son nuestras penas;
penas y goces, abren y mueren,
como en los campos las azucenas.

JOSEFINA

Bajo el dúctil crespón de su vestido,
de flores escarchado, se adivina
el seno retador de Josefina,
y el muslo, cual por Fidias esculpido.

Sobre un cojín, que, cual verjel florido,
se desborda en colores, se reclina;
y el fulgor de una lámpara ilumina
su rostro, por el arte embellecido.

De plumas de tucán, guirnalda bella
ondula en su cabello, en que destella
una lluvia de perlas y rubíes.

Y el que á sus leyes sujetó á los reyes
más poderosos, á sus pies, las leyes
acata de sus labios carmesíes.

EN LA SENDA

—¿Dónde va, tan diligente,
el doncel de tersa frente
y de bordado jubón?

—De una estrella, la más bella,
la que más fulgor destella,
noble anciana, voy en pos.

—Galán de rico birrete,
y de blanco martinete,
prisionero de un rubí;
¿dónde tu afán te encamina?
—Tras un sér que me fascina
desde el día en que lo ví.

—Doncel de rica escarcela,
y de rica tunicela,
blanca y azul, ¿dónde vás?
—Ansioso de ser su dueño,
de una bella conque sueño,
lleno de amoroso afán.

Tras un sér que resplandece
como un astro, y que parece
nacido para el amor;

tan blanco cual la paloma,
tan fragante cual la poma,
tan brillante como el sol.

—Doncel apuesto y garrido,
de oro y de raso vestido;
ten el paso, el paso ten,
y escucha, en mí, la experiencia;
oye, que toda mi ciencia
al punto te enseñaré.

—Anciana de frente adusta,
tu helado acento me asusta
y tu voz me hace temblar;
y seguir quiero adelante.
—Antes deja que te cante
un tristísimo cantar.

Un cantar que es sólo mío,
que es la canción del hastío
y es la canción del dolor;
un cantar que sólo suena,
cuando, vencido, la arena
ensangrienta el gladiador.

La vida es como un desierto,
donde ver nos hace un huerto
el hechizado cristal
de los años juveniles,
y que rompen los seniles
años, bien pronto, al llegar.

Yo, tan mustia, tan sombría,
tan falta de gallardía
en mi triste senectud,

fui como flor perfumada,
y como estrella engarzada,
por Dios, del cielo en el tul.

Yo nací en dorada cuna
y me arrulló la fortuna
con su más dulce canción,
y soñé, cual tu alma sueña,
con un día ser la dueña
de cuanto el alma soñó.

Pero bien pronto el destino,
emboscado en el camino,
me hirió con dardo cruel,
y el tiempo voló ligero,
más que el más raudo guerrero
en su más raudo corcel.

Y...

—No prosigas, anciana,
que en vano tu voz se afana
en robarme mi ilusión;
si la ilusión ya en ti abdica,
y en ti desmaya, no implica
que también desmaye yo.

—Sigue, pues, adolescente,
de alba tez y tersa frente,
y de bordado tahalí,
y de rica tunicela,
y de pluma, que no vuela
porque la prende un rubí.

Sigue, pues, galán garrido,
de oro y de raso vestido,

de tus ficciones en pos;
prosigue tras el ensueño,
del que nunca somos dueño
en este mundo traidor.

Y en tanto el doncel prosigue
su ruta, alegre, le sigue
con su doliente mirar,
la que quiso sus consejos
darle, y, que, al verle ya lejos,
cantó este triste cantar:

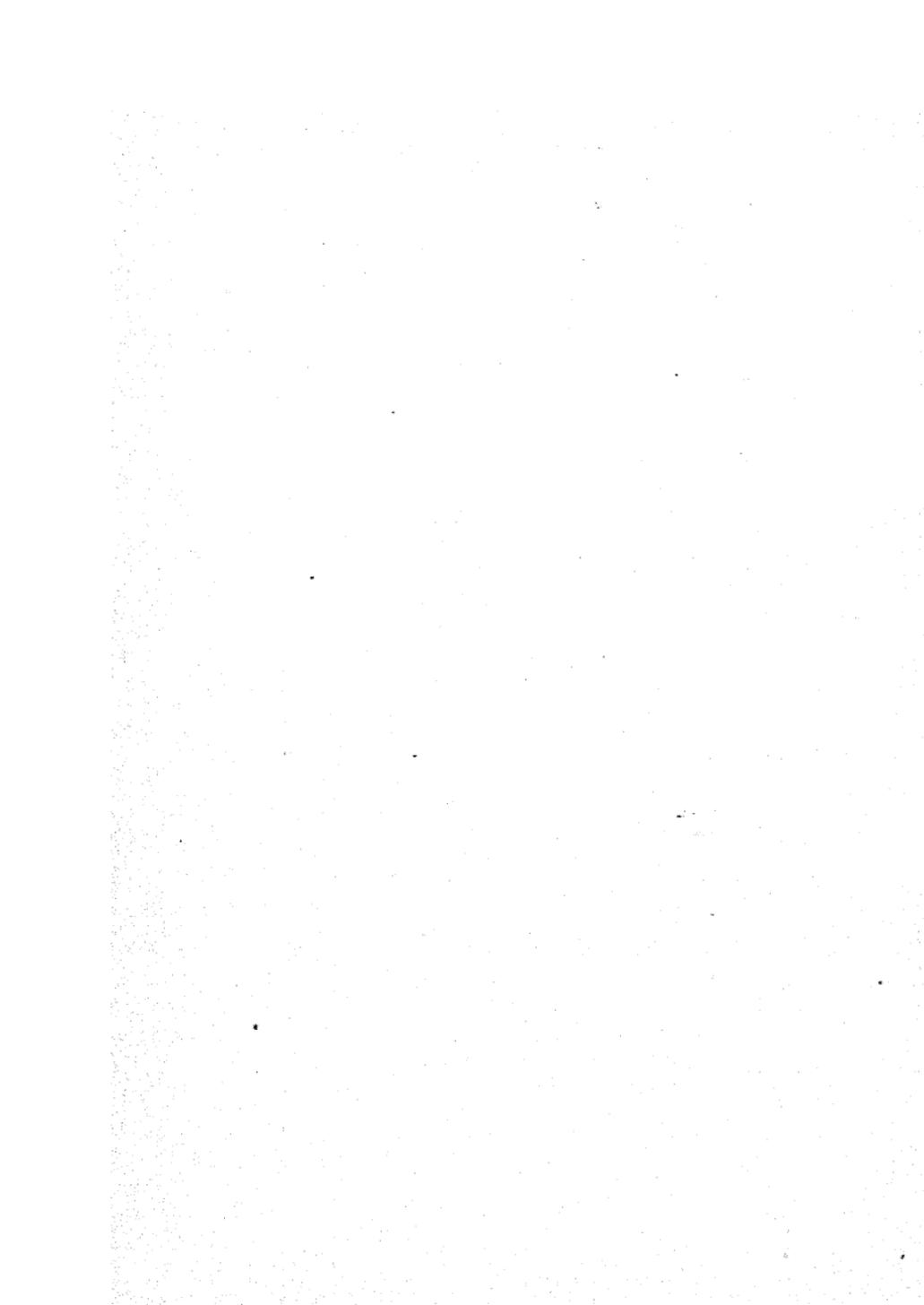
Cual lago azul es la vida,
de superficie bruñida
cual diamantino broquel;
mas hierve el limo en su fondo,
cual la pena en lo más hondo
del lago azul del placer.

Es la vida como un huerto
que al nómada en el desierto
engaña con su verdor;
raudal, que, en el paroxismo
de su sed, el espejismo
al sediento prometió.

Cuán apuestos los galanes,
como las bellas, imanes
en pos de las cuales van;
galán de linda escarcela
y de rica tunicela
que en pos del ensueño vas.

En lograrlo no te obstines,
que es inútil que camines

con tan dulce frenesi;
mira cómo se somete
la pluma de tu birrete,
prisionera de un rubí.



LA TARDE

¿Dónde están aquellos días,
manantiales de alegrías
y manantiales de amor?
¿dónde los días aquellos
tan radiante y tan bellos,
y tan henchidos de sol?

¿Dónde la salud perdida,
y la esperanza ya ida
y el júbilo que se fué?
¿dónde sus frescos verdores?
¿dónde aquellos, como flores,
rojos labios que besé?

¿Dónde están aquellas bellas,
ricas fuentes, todas ellas,
de placeres? ¿dónde están
sus negros ó blondos rizos?
¿dónde sus dulces hechizos,
que ya nunca volverán?

Cual los verdores del heno,
cual del arroyo sereno
la blanca espuma sutil,

cual la luz de las auroras,
huyeron, horas tras horas,
las de mi edad juvenil.
.....

La tarde su velo extiende;
su vuelo el ave suspende,
y suspende su canción;
¡cuán triste el Angelus suena!
¡cuán melancólica, llena
la tarde mi corazón!

¡Corazón, corazón mío,
cómo, ya falto de brío,
se amortigua tu latir;
cómo tu valor desmaya,
cómo ya el mar en la playa
suspira en vez de rugir!

—¿En dónde están tus capullos?
—al jardín, en sus murmullos,
pregunta el viento al pasar;
¿dónde,—á la flor,—tus colores?
¿dónde—al almendro,—tus flores?,
¿dónde,—al ave,—tu cantar?

Juventud, juventud mía,
juventud, derroche un día
de pasión y de altivez,
¿dónde está, siquiera, tu huella?
¿dónde la canción aquella,
que á cantar no tornaré?

Llegó la tarde, sombrío,
sentí pena, sentí frío,
y sentí la soledad;

y en mi hondo desconsuelo
torné los ojos al cielo,
llena el alma de ansiedad.

Y el cielo no encontré mudo,
y, ¡Oh, mi Dios! ya nunca dudo,
ya nunca más dudaré,
que en él puesta mi doliente
mirada, ví de repente
tu Santa Faz, y recé.

Oración santa y bendita,
que de una calma infinita
el alma llena al brotar.

.....
Esta vida, que desdeño,
es un sueño, sólo un sueño,
y es el morir despertar.

NOCTURNO

Desciende por la regia escalinata,
temblando al roce de su rico traje,
y, furtiva, se pierde entre el ramaje,
que el astro con su luz borda de plata.

Del lago en el zafiro se retrata
la luna, que velar quiere el celaje;
y á su hembra rindiendo vasallaje,
entona el ruiseñor su serenata.

Y rindiendo al amor, también, tributo,
ágil desmonta del fogoso bruto
que rige, junto al lago, un caballero.

Y de la dama en pos, raudo, se aleja,
y una paloma, entre el verdor, semeja
el magnífico airón de su sombrero.

DE MI BARRIO

Está Trini en su ventana,
en la que brillan, rivales,
dos rosas color de grana,
y otra flor, también hermana
de sus labios de corales.

Y si es púrpura su boca,
linda boca que de anto os
llena al que al mirarla evoca
el deleite á que provoca,
son de azabache sus ojos.

Sus ojos, en donde asila
su más dulce somnolencia
amor, y en los que rutila,
como un astro, la pupila,
de oscura magnificencia.

Su tez, tan fina y suave,
es igual que el terciopelo,
y que el plumón conque el ave
su nidal defender sabe
de la inclemencia del cielo.

Tan bello como soñado
por un artifice, brilla

como un carbunco irisado,
por Dios en ella engarzado,
un lunar en su mejilla.

Su abundosa cabellera,
en indóciles marañas
orlan su faz hechicera,
en la que la sombra impera
que proyectan sus pestañas.

Su perfil, tan elocuente
lo dice, que empeños vanos
fueran, negarle á la gente,
que es su perfil descendiente
de cien perfiles gitanos.

Su cuerpo grácil, ondula
como el junco; los aromas
de la flor su hábito emula;
y ser su pecho simula
un nidat con dos palomas.

La gracia en su faz riente
las líneas tiene imantadas;
y la tentación ardiente
puso en su cuerpo turgente
las más bellas emboscadas.

Ciñe su busto un pañuelo
de crespón rojo y flecajes
que casi llegan al suelo;
y amplia falda de amplio vuelo,
toda adornada de encajes.

En su ebánico cabello,
graciosamente ondulado,



finge un clavei un destello
de púrpura, y en el cuello
un collar, luce, dorado.

Son cual la endrina sus cejas,
cual lo son las enrizadas
vedijas de sus guedejas,
que sólo de sus orejas
dejan ver las arracadas.

Como un brazo de flores,
brilla la reja, que Mayo
puso en ella sus verdores,
que los gérmes en flores
convirtió del sol el rayo.

¿En qué la hermosa medita?
¿qué dolor puso en su frente
el surco que la marchita?
¿por qué en su mudez imita
la de una estatua yacente?

En su corazón, unidos
amor y celos, de él dueños,
aceleran los latidos
al ver, apenas nacidos,
caer sin vida sus ensueños.

Dulces ensueños de amores
de su corazón iluso;
que más que dichas, dolores,
y que calma, sinsabores,
nos brinde amor, Dios dispuso.

Y tan cruel como artero,
por castigar de la bella

el corazón altanero,
un su dardo, el más certero,
implacable, puso en ella.

Un día, un aciago día,
que Trini de su memoria
apartar no conseguía,
fué á lucir su gallardía
al barrio de la Victoria.

Era un día de verbena:
un cielo limpio y radiante
adoselaba la escena;
fulgía la calle llena
de una turba resonante.

La gracia, flor cuyo aroma
Dios le otorgó al pueblo mío,
derrochando iban en broma
cien mozos de daca y toma
y cien mozas de tronío.

La mujer se defendía
aún, de las modas de Francia;
aún la andaluza vestía
típicamente; aún no había
muerto su antigua elegancia.

Aún no embutida en su traje,
al buen gusto desacato,
rendía torpe homenaje
al impudor, que un ultraje
es ya la moda al recato.

Aún por la falda cruelmente
trabada, no había perdido

garbo su cuerpo turgente,
y aún se alegraba la gente,
al verla, de haber nacido.

Aún, libres de los asaltos
de la moda, eran seguros
sus movimientos, ya faltos
de armonía, que aún no á saltos,
andaban cual los kanguros.

¡Oh, nuestras modas añejas!
¡Oh, nuestros gustos añejos!
¡Oh, ayer! cuán raudo nos dejas
con nuestras modas, ¡tan viejas!
y nuestros gustos ¡tan viejos!

De los del ayer vislumbres
son los hábitos de ogaño.
¡Oh, sol, qué pena que alumbres
nuestras híbridas cos tumbres,
tan otras de las de antaño!

¡Oh, mi bella Andalucía!
te puso el mal gusto asedio,
y mató tu bizarría.
¡Cuán grande es la pena mía
al ver tu mal sin remedio!

Todo el Progreso, á su paso,
lo transforma, y lo sujeta
á su yugo, en arte escaso;
¡y cómo, al verte en tu ocaso,
llora, en su ocaso, el poeta!

A cuál más triste, ambos vemos
morir la visión hermosa

que amamos y que amaremos
en tanto no reposemos,
ya para siempre, en la fosa.

Mas basta de digresiones...
Era un día, hermoso día,
de músicas y canciones,
de risas y de explosiones,
de pasión y de alegría.

Trini, espléndida y riente,
cruza un jardín, que, florido,
finge un tapiz del Oriente,
por la luz del sol naciente
y por el iris tejido.

Murmillos halagadores
explotan á su llegada:

—¡Camará, vaya primores!
—¡A confesarse, señores!
—Señores ¡la mar salada!

—Ser así es un delito.
—¡Vaya azuquita y canela!
—Señores, tocad el pito.
—¡Ay, Dios Santo! y qué malito
que me he puesto!

—Oiga usted, agüela,

¿Qué quiere usted y me permite
jugar con este lucero
un ratillo al escondite?
—¡Ay, si usted fuese catite
y yo fuese el catitero!

—¡Quién fuera un hombre, gitana!

—Que me digan una misa
mañana por la mañana.

—Me la comía, serrana,
si no fuese tan de prisa.

—¡Que Dios viva y muera el menguet
—¡Chavó, vaya una manera
de dejar en tenguerengue
á un hombre!

—¡Vaya merengue
que se trae mi confitera!

En Trini el júbilo boza,
por el éxito halagada;
y la gente se alborozó,
y avanza la buena moza
como nave empavesada.

Y, al fin, huella los umbrales
de la casa en que la espera
la *Niña de los Panales*,
que es, de todas sus rivales,
en esplendor la primera.

—No podrás quejarte, niña,
que tienes más amadores
que pámpanas una viña.

—A cualquier gato con tifa
le llaman gato.

—Mejores
mozos que los que yo veo
tras de tí echándote flores,
no se dan.

—Vaya, no flores,

que cuando vas de paseo

hasta los *puchis*, por verte,
hasta á cuatro pies, te siguen
—Por mí no les dá tan fuerte.
Y charlando de esta suerte
ambas amigas prosiguen.

Hasta que:

—Que Dios, que es santo,
la mar de veces bendiga
á la que quiero yo tanto,
á la *gachi* que es mi encanto,
como un encanto es su amiga.

—Y á tí también—con vehemente
voz, de notas musicales,
le responde dulcemente,
mirándole frente á frente,
la *Niña de los Panales*.

Trini al verle, ya enrojece
sin saber lo que le pasa,
ya, trémula, palidece,
y entristecida parece
al regresar á su casa.

Del mozo los negros ojos,
con más luz que el firmamento,
y al par sus labios tan rojos,
llenar lograron de antojos
de amores su pensamiento.

Y el tiempo, al pasar, intenta
borrar en vano en su mente
la imagen que en ella alienta;

y de amor vive sedienta
en la margen de la fuente.

Ella, que reina y señora
han los mozos elegido
en el barrio donde mora,
una esclava es ya, que adora
á un casi desconocido.

A uno, que ignora las penas
que la hieren, el primero
que rechazó sus cadenas;
uno que la mira apenas
al hallarla en su sendero.

Uno que su ley no acata,
que al suyo otro amor prefiere,
y que á otro yugo se ata;
uno que de amor la mata,
y de amor por otra muere.

Por eso, su faz refleja
de su suerte los rigores;
¡mas cuán gentil ver se deja!
¡con razón díz que es su reja
un ramillete de flores!

¡Oh! ventanas primorosas,
donde, de la tierra mía
morir hacen las hermosas,
llenas de envidia, la rosas
más bellas de Alejandría.

Con cuánta pena yo os miro,
ventanas bellas, que huellas

sois de un pasado que admiro.
¡Ay, cuánto y cuánto suspiro,
se me fué, de mozo, en ellas!

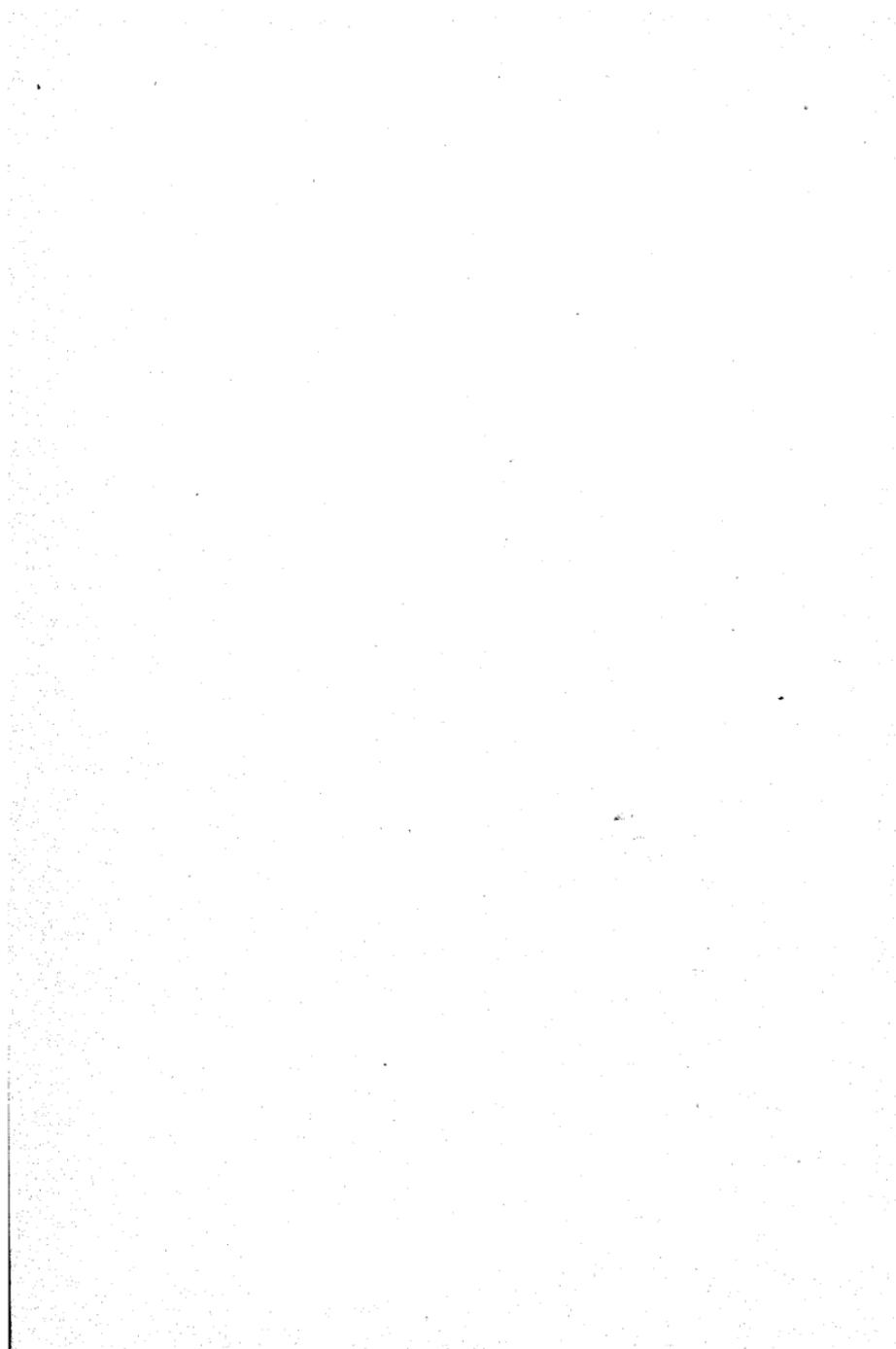
QUIERO

Que al llegar el instante que la vida
mi tan cansado corazón no aliente,
y un ósculo de paz ponga en mi frente
la que fué sólo por Jesús vencida.

Que cuando el alma, su misión cumplida,
guste el goce divino que presiente,
y torne libre á donde no la afrente
el polvo en que solloza envilecida.

Que cuando muera, en fin, y en la mortaja
envuelto mires, en la negra caja,
sordo á tu voz, al que te amó insensato,

Me pongas, fiel, en mi sepulcro estrecho,
la imagen de Jesús sobre mi pecho,
y, á los pies de Jesús, pon tu retrato.



ABUL-KASSIN

Abul-Kassin suspira,
y tañendo su lira,
de melódicos sonos,
exclama, recordando el bien perdido
que parece llorar en sus canciones:
—¡Oh, Sohail! ¿qué fué de tu pasado?
¿de la grandeza de tu ayer, qué ha sido?
¿en dónde están los nobles generosos
que en tu seno vivían,
que, á menudo, en sus brazos amorosos,
aquí me recibían?
¡No á mi voz ni á mi llanto ha respondido
ninguna voz amada;
el eco, ó de la tórtola el gemido,
responde en la enramada!
Honda pena me causa, patria mía,
estar tus males viendo,
y no poder á la maldad impía
dar castigo tremendo.
En vano el alma en olvidar se empeña
aquellas dulces horas
de la niñez risueña,

edad en que, sonoras
como cuentas de oro,
resuenan al pasar alegremente;
edad que es de ilusiones un torrente,
y es, al par, de delicias un tesoro.

Errante peregrino,
por doquiera que fui, doquier mi planta
posar me hizo el destino,
tu nombre, sin cesar, en el camino,
repitió mi garganta;
lo repitió á la sombra que el sol tiende
del Ganges y del Indo en las riberas,
cuando sus velos de zafir y oro
y de ópalo, suspende
en el verde joyel de las palmeras,
ó en el yelmo gentil del sicomoro;
lo repitió en los valles que ilumina
la luz del Septentrión, en el desierto,
en la margen sombría del Mar Muerto
y en los campos de amor de Palestina.

Lo repitió en las noches estrelladas,
ardientes, luminosas y calladas,
que pasé en los desiertos arenales,
en el pobre aduar del beduino,
que rondan los chacales;
lo mismo á las caricias del destino,
que al duro restallar de sus dogales;
doquier lo repetía
recordando la edad en que dormía
al son de tus arrullos maternos.

¡Oh, Sohail natal, nido de amores!

quiera la aciaga suerte,
que en el postrer dolor de mis dolores
perfume las fragancias de tus flores
los labios de la muerte;
quiera el cielo que á ver tornen mis ojos
tu castillo altanero,
del moro orgullo y del infiel enojos;
tu mar, bruñido cual de limpio acero;
tus fuentes cristalinas,
en las que por beber, los anchos mares
cruzan las golondrinas;
tus huertos, gala de mis viejos lares;
tus floridas montañas,
donde labran las águilas su nido
y alzaban tus santones sus cabañas;
tus alcázares, donde tus celosos
emires ocultaban sus serrallos,
en donde los señores, en vasallos
tornábanse dichosos.

Tus campos bellos, del creyente encanto,
que, en mi lozana juventud remota,
crucé, feliz, sin conocer el llanto,
sobre mi pecho la bruñida cota,
que cien veces saltar hizo la espada,
y que el dardo burló del enemigo;
la cota cincelada,
en lides cien de mi valor testigo;
jinete en mi corcel de largas crines,
siempre sediento de placer y gloria,
soñando con cantar mi propia historia
cantando á los más bravos paladines.

Y el bardo, al evocar su edad de mozo,

edad en que jamás la pena asoma,
que es mensajero de la pena el bozo,
edad florida que la dicha aroma,
cual la rosa el rosal; y al ver trocados
en escombros los bellos capiteles
de los aureos alcázares soñados;
y en yermos convertidos los verjeles,
y el castillo deshechas sus almenas,
y ya mustia la flor en sus jardines;
al ver entre cadenas
á los más valerosos paladines,
en la edad juvenil sus compañeros,
y al recordar la bella
mujer, que en los primeros
años amó de su existencia ingrata,
entristece su alma su querella,
y al triste yugo del dolor le ata
y la nostalgia del ayer le inspira
las más tristes canciones;
y por eso tan tristes son los sonos
que el bardo arranca á su doliente lira.

LA VIDA

*A la memoria de Manuel Ruiz Guerrero,
ilustre pintor andaluz.*

¡Pobre Manuell cuántas veces,
cuando del cáliz las heces
apuraba, me decía:
—Hay que cumplir una pena;
alguna vez la condena
se ha de cumplir; algún día.

Sin duda, esta vida ingrata,
que te mata y que me mata,
pena es que cumplir debemos;
y este mundo que cruzamos,
crisol donde depuramos
la culpa conque nacemos.

La vida es un accidente
de otra vida, que presente
el corazón, de otra vida
que el alma, doliente, evoca,
cuando el dolor nos sofoca
y hace que sangre la herida.

Dulce visión conque sueño,
que es cual divino beleño
que aletarga mis dolores,

que, cual materna abrazo,
me adormece en su regazo,
todo cubierto de flores.

¡Oh, Dios que todo lo ordenas,
lo salvas y lo condenas,
y nuestro espíritu asombras!
¡Oh, Santo, Inmortal y Fuerte!
¡Tú, todo vida en la muerte!
¡Tú, todo luz en la sombra!

Perdona su vano orgullo
al hombre, que al torpe arrullo
de los más torpes anhelos,
con la gratitud en guerra,
pretende desde la tierra
arrojarte de los cielos.

Al hombre, que se extravía
y tu poder desafía,
al ver juntas en su frente,
prodigadas por Tí mismo,
más sombras que en el abismo
y más luz que en el Oriente.

Al hombre, mezcla de arcilla
y de sol, polvo en que brilla
el fulgor de los querubas,
algo que nunca parece,
algo que en él resplandece,
como el sol entre las nubes.

Por eso de su destino,
esclavo de lo divino,
buscando vá las escalas,
y en siempre ascender se obstina,

y hacia el sol, que lo ilumina,
tiende, intrépido, sus alas.

Siempre, de progreso ansioso,
tenaz lucha, sin reposo,
por llegar á donde sueña
con llegar; lucha incesante,
en que, por fin, arrogante,
del mundo todo se adueña.

El, ora al fetiche adora,
ora en el Olimpo mora,
ora ante el astro se inclina,
ora, á la luz argentada
de la luna nacarada,
canta al muérdago en la encina.

Y él ¡oh, dolor sin segundo!
desciende Jesús al mundo,
y le crucifica, impío;
el Cordero Inmaculado
por él es crucificado
en el Gólgota sombrío.

¡Oh, cuán trágica en su historia,
cuánta ruindad, cuánta gloria,
cuánto afán y dolor cuánto!
¡cuán pedregosa la senda,
cuán sin cuartel la contienda
y cuán amargo su llanto!

Cuán solitario, cuán triste
es su vivir, cuando viste
de pieles, y por cabaña
tiene un cubil, cual la fiera;
una oculta madriguera

como una vil alimaña.

Mas el triste, el irredento,
lleva en sí en su pensamiento
una escala luminosa,
la que escala de tal suerte,
que bien pronto se convierte
el gusano en mariposa.

Y, por fin, tras ruda guerra,
el imperio de la tierra
mira á sus pies sojuzgado,
y sus riquezas le arranca,
y gritando vá: vía franca,
por todo lo improfanado.

Y avanza firme y erguido;
ya vencedor ó vencido,
es la esperanza su guía;
pero, á veces, tal le anega
la propia luz, que le ciega
un fulgor, y se extravía.

Mas pronto torna al sendero,
que llevando vá al viajero
hacia la oculta ribera;
hacia la restinga ignota,
hacia la cumbre remota,
en donde el triunfo le espera.

.....
Calló Manuel, pensativo,
¡pobre Manuel! ya el cautivo,
sin penas ni sinsabores,
logró conquistar la palma,
¡ya, al fin, es libre aquel alma,

que abrumaron los dolores!

Alma ansiosa de laureles,
que esclavizó á sus pinceles
los países más risueños,
los cielos más cristalinos,
los cármenes granadinos
y los campos malagueños.

Aquel, que la luz más viva
convirtió en dócil cautiva,
y, á cuyo conjuro, era
su pincel, de los colores
tan señor, cual de la flores,
al nacer, la Primavera.

¡Pobre Manuel! no te olvido,
cuántas veces, cuando herido
por los zarzales que toco,
y, por huir de las olas
de la pena, cuando á solas
me encuentro, tu sombra evoco.

Cuántas, mi buen camarada,
ai espaciar la mirada
por tu bellas creaciones,
doy al olvido mis penas,
y doro de mis cadenas
los tan negros eslabones.

Adiós, Manuel, algún día,
juntas tu aima y la mía,
tal vez recordar podamos
lo mucho que aquí sufrimos,
y lo poco que reímos,
y lo mucho que lloramos.

ANTE UNA DOLOROSA

No sé qué mano pintó tu rostro,
cándido y bello,
la honda ternura de tu mirada,
la onda luciente de tu cabello.

Quién en los tonos de tus mejillas
maravillosas,
puso las tintas, que el sol naciente,
de ellas prendado, puso en las rosas.

Quién en tí puso tantos candores,
tanta hermosura;
no sé qué mano plegó, inspirada,
llena de arte, tu vestidura.

No sé que mano realizar pudo
tan alto empeño,
pero sin duda, mágico artista,
tu faz, tan bella, vió en un ensueño.

Te vió en un sueño, resplandeciente
como una aurora,
allá en las altas regiones puras,
por las que el alma suspira y llora.

¡Oh, Tú, mi Virgen cándida y bella!
ven en mi ayuda,
ven, que me embarga ya el desaliento,
que de su aliento nada me escuda.

Ven y embellece mi senda árida
como la arena,
ven, que en mi alma, con el hastio
y el sufrimiento, vive la pena.

Haz, Virgen mía, que en Tí mi ruego
no ponga en vano,
que muera, y, cuando llegue la hora,
tu imagen pura tenga en mi mano.

PUESTA DE SOL

La tarde va á morir; su luz suave
el crepúsculo azul doquier difunde,
y del mar en el límite se hunde
el sol, cual roja y abrasada nave.

Una rauda visión simula el ave;
surge la sombra y el silencio cunde,
todo, á poco, la sombra lo confunde,
y el Angelus resuena, lento y grave.

Y contemplando la extensión del cielo,
el alma, llena de ferviente anhelo,
cruza su inmensidad, errante y sola.

¡Ay! cuándo el alma, á la que el mundo aterra,
oírá gritar al divisarla: Tierra,
en el alto bauprés, al serviola.

EN MONTIEL

I

—Bien cobarde cabalgada
habedes conmigo fecho,
que el más felón no ficiera
lo que osásteis vos, don Pedro,
rey de León y Castilla;
mas yo os auguro que el cielo
os cobrará tal infamia,
y moriréis cual yo muero,
y execrado vuestro nombre
será por todos aquellos
que como nobles se estimen,
no cual vos.

Y el rey Bermejo
calla; y convulso de ira,
y de venganza sediento,
el monarca castellano
hunde en el moro indefenso,
una y otra vez, su lanza,
en tanto sus caballeros,
en sicarios convertidos,
hacen sucumbir al séquito
del confiado monarca

granadino.

Pasa el tiempo,
para unos con pasos rápidos,
para otros con pasos lentos,
el hondo regazo henchido
de realidades y ensueños,
de grandezas y de infamias,
y de placeres y tedios;
y una noche en que la tierra
baña la luna, en que el cielo
fulge como de zafiros,
frente á Montiel, al argénteo
fulgor del astro, blanquean
las tiendas del campamento
del conde de Trastamara.

Yace el castillo en silencio;
en las robustas almenas,
inmóvil, el rey don Pedro
una escultura parece,
toda cubierta de acero
y oro y plata; negras plumas
que apenas si mueve el viento,
ondulan en su garzota;
bajo el encaje del yelmo,
brillan sus ojos azules
con resplandor tan siniestro,
que al que los mira da espanto;
tinto en sangre está su peto,
y todo su arnés recuerda
sus inútiles esfuerzos
por romper, aquella tarde,
á golpe de lanza, el cerco
del castillo; todo en vano

fué; en vano melló su acero
en las cotas enemigas;
en vano, con valor épico,
por entre huestes contrarias
se lanzó, cual tigre fiero,
tras sí dejando una estela
de sangre, y en vano, lleno
de ira, buscó la muerte,
por con ella poner término
á la tempestad que lleva
dentro de su alma, y dentro
de su corazón; en vano
la buscó, ansioso, y por eso,
desesperado y sombrío,
desde el alto parapeto
contempla las enemigas
tiendas: tan sólo el silencio
turban, el lejano alerta
del centinela, y del viento,
al chocar en las almenas,
el rumor; y de sus huesos
el ruido inconfundible,
que, por Divino Decreto
le delata.

Cuán sombrío,
sus alas su pensamiento
bate; cómo su indomable
espíritu decayendo
va, al fatidico conjuro
de su destino, ya adverso;
cómo aquel, que, tigre un día,
empedrará su sendero
de crímenes y arrogancias,
y despreciará, soberbio,

no ya las leyes del mundo,
sino las leyes del cielo;
como lobo acorralado,
sin amigos y sin deudos,
como Luzbel impotente,
se retuerce, de ira ciego
al ver cómo la Justicia
de Dios se apresta en silencio
á pedirle cuenta estrecha
de sus crímenes sin cuento.

¡Cómo la fiebre le abrasa
y martillea en su cerebro,
cual en yunque poderoso,
con un martillo de fuego!
¿Qué fué de grandeza tanta
como arrulló sus ensueños
de ambición? ¿qué de sus huestes,
tan bravas, que con su esfuerzo
eran de su trono amparo
y terror del agareno?
¿qué de sus ricos tesoros?
¿qué de sus ricos trofeos?
¿qué de sus fieles amigos?
¿qué de sus villas y pueblos
populosos, sus alcazares,
y sus castillos roqueros?
¿qué de tanto poderío,
del cual, ya, misero resto,
tan sólo Montiel le queda?

Sobre el alto parapeto
inclinado, como un águila
desde una roca en acecho;
en los ojos centelleantes

una mirada de reto,
de imponderable bravura,
murmura con ronco acento:
—¡Guay de tí, el de Trastamara,
si llegar hasta tí puedo,
si ceñir puedo mis brazos
un solo instante á tu cuello!
¡Guay de tí, y guay de Castilla,
y guay de todos mis reinos!

Inundando su cabeza
sigue la ola de fuego,
y cien fantasmas en torno
del monarca van surgiendo,
silenciosos: don Fadrique;
con don Fadrique, don Tello;
don Juan, el adolescente,
don Juan, de blondos cabellos
y de infantiles sonrisas,
y, á él abrazado, don Pedro,
aún más niño que su hermano,
inclinados en el seno
de doña Leonor; en tanto
doña Blanca, con acento
triste y dulce, le pregunta:
—¿Qué mal te hice, mi dueño,
para así darme la muerte
dos veces, una, primero
con tu desdén, y la otra
á los golpes del acero
del más vil de tus sicarios,
don Juan Pérez Rebolledo?

II

Todo reposar parece
en Montiel y el campamento,
en una de cuyas tiendas
se contemplan en silencio,
ambos vibrantes de ira
y de rencores, don Pedro
y don Enrique, entretanto
los mira con torvo ceño,
y centelleante mirada,
el más famoso guerrero
de Bretaña.

—Necesito
esta horrible sed que siento
poder saciar en tu sangre
bastarda—diz con acento
que es un rugido, el monarca
castellano, y, con el pecho
jadeante, le responde
don Enrique:

—Y yo mi acero
he de clavar, hasta el pomo,
tantas veces en tu cuerpo
cual lágrimas he vertido
en mi vida por aquellos
por tí, felón y cobarde,
y ruín y vil y abyecto,
asesinados...

¡Oh, noche
de inenarrable recuerdo!

Agiles como panteras,
se acometen, y sus cuerpos,
como serpiente, se enlazan;
silba encendido el aliento;
prontos á estallar parecen
sus músculos, como tersos
arcos; sus manos crispadas
buscan cerrar, en el cuello,
paso á la vida; sus piernas
se enlazan en rufianescos
ardides; las hendiduras
de las cotas, el acero
busca á tientas; en el polvo
ruedan, de polvo cubiertos,
y en él luchando prosiguen,
no cual lucha en el desierto
el león embravecido,
sino cual chacales pérfidos,
cual lobos en un pantano.

De pronto, al trágico esfuerzo
del rey don Pedro, su hermano
cae bajo él; ya, siniestro,
el puñal relampaguea
sobre sus ojos, y, lleno
de rencor, vé aproximarse
la muerte, cuando el guerrero
bretón, de su patria orgullo,
tan felón como su dueño,
ayudándole, le grita
con tan poderoso acento,
que aún, al través de los siglos,
en nosotros vibra el eco,
de su renombre mancilla,

que borrar no logra el tiempo:
—Ni quito ni pongo rey,
mas á mi señor defiendo.

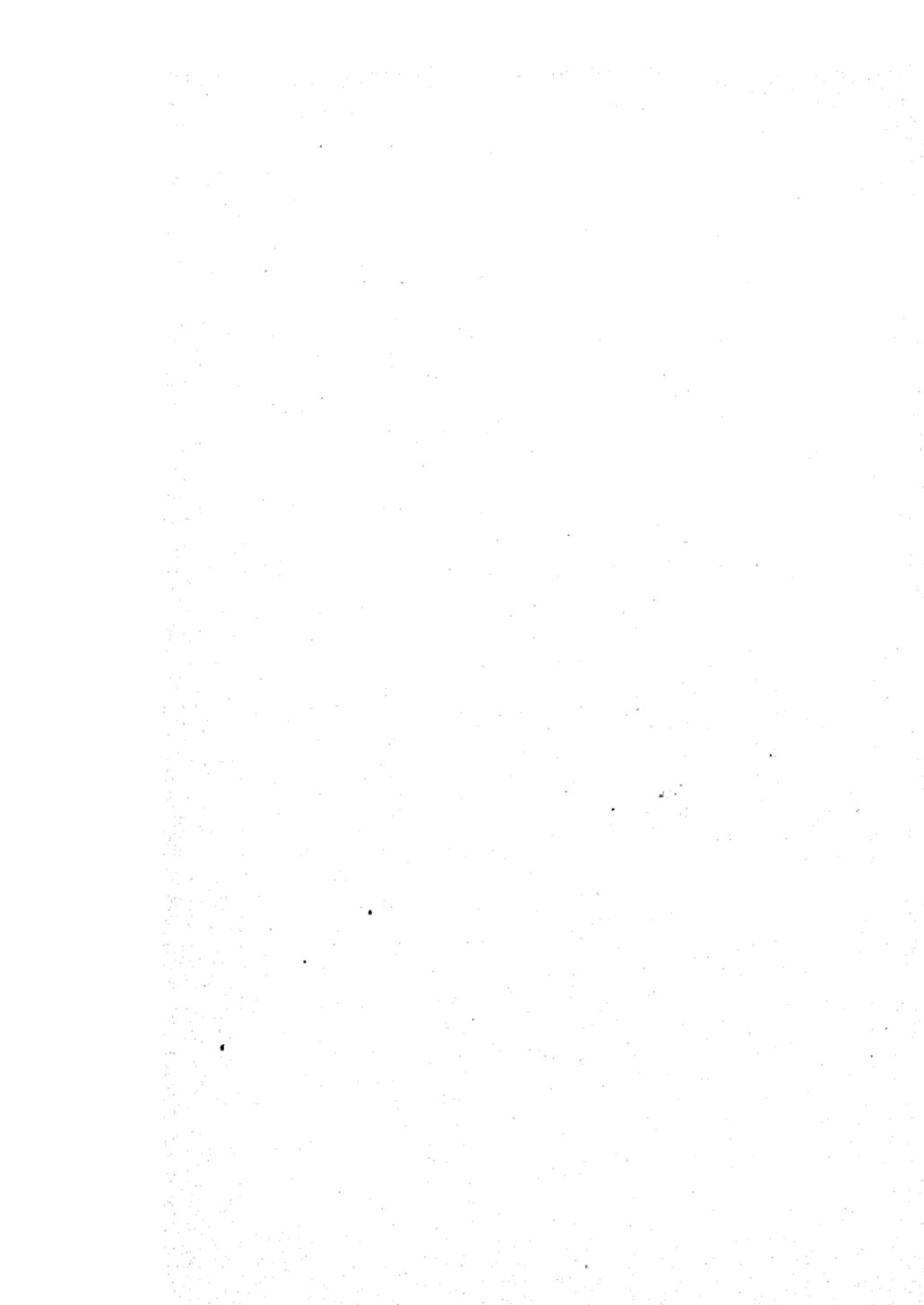
¡Oh noche, oh, trágica noche!
cómo al mirar el certero
golpe de puñal cobarde,
recordaría don Pedro,
y al bretón bien decir pudo,
lo que á él el rey Bermejo:
«¡Bien cobarde cabalgada
habedes conmigo fecho!»

ALMA GITANA

—Déjame que llore, déjame que pene,
déjame que llene
de llanto el pañuelo,
que este pañolito, por ella bordao,
es el que en la caja su cara ha tapao,
su cara morena, su cara de cielo.

Mi prenda gitana, la que me quería,
la que me decía:
Me tienes tan loca,
que voy á morirme de tanto quererte;
mas si tu cariño me diera la muerte,
antes que me entierren, bésame en la boca.

Ese era su gusto y yo lo he cumplío.
¡Qué labio tan frío!
¡Qué pena he pasao!
¡Qué pena tan honda que sentí al mirarla!
¡Ni su misma madre se atrevió á besarla!
¡Ni su misma madre! ¡Mas yo la he besao!



FRINÉ

Yo sé de tus perfidias y traiciones
el trágico historial; que no te ofendes
si todo aquel á quien la sangre enciendes
pretende cotizar tus perfecciones.

Yo sé que desgarrando corazones
consigues realizar cuanto pretendes,
y que doquiera tu poder extiendes,
sirena del amor, con tus canciones.

Sé, mujer, lo que valen tus caricias,
mas aunque, aleve, de sirena oficias,
recuerdo tus traiciones sin encono,

que copia de Friné te hizo el destino,
y mirando tu cuerpo marfilino,
¡quién no dice también: yo te perdono!

LA VIDA Y LA MUERTE

—¿Dónde vás?

—Hacia la tierra,
donde, pródiga, mi mano
vierte cuanto en mí se encierra,
¿Y tú?

—Yo, cual siempre, en guerra
contigo, á trocar en vano

polvo tus más ricos dones,
en negruras tus destellos,
en sollozos tus canciones
y en cruces y en panteones
tus alcázares más bellos.

—Tu misión es bien ingrata.

—Más la tuya que la mía.

—Mi mano engendra y no mata,
y la tuya me arrebató
cuanto engendro noche y día.

—Cuanto á tu mandato nace
es viento, nada perdura,
y mí hálito lo deshace;

¡mas feliz aquel que yace
dormido en la sepultura!

porque yo, siendo cual soy,
la muerte, llevo escondida
en mí la vida, y la doy,
que por doquiera que voy
doy la muerte y doy la vida.

—Yo á comprenderte no acierto;
¿cómo tú á vivir provocas,
cuando en tu regazo yerto
todo yace, cuando muerto
se derrumba cuanto tocas?

—Cierto es que á mi presencia
todo muere y se derrumba,
que á mi trágica influencia
todo pierde la existencia
y se desploma en la tumba.

Yo, invencible, inesperada,
triunfar siempre necesito
hasta dejar arrasada
esta tierra, desposada
con el dolor y el delito.

—¿Y por qué tan cruel empeño?
¿por qué tu yugo me oprime,
y es tu sér de mi sér dueño?

—Porque no eres más que un sueño,
mas un sueño que redime.

—¡Yo un sueño!

—Sí, un sueño vano,
de dichas sin realidades,

que por insondable arcano,
«un punto es el sér humano
entre dos eternidades.»

¿Qué son sino una humareda
tus más grandes señoríos,
de los que nada nos queda?
¡lo que la hoja en la arboleda!
¡lo que la espuma en los ríos!

¿Qué fué de Píndaro, Homero,
Zeuxis, Parrasio y Apeles?
¿qué de Sócrates severo?
¿qué de Alejandro y su acero?
¿qué de Seopa y sus cinceles?

¿Qué de las urbes, letrinas
de oro, tumbas las más viles
de las cosas más divinas;
qué son ya, sino ruinas
donde alientan los reptiles?

Todo mi poder pregona,
todo se postra á mi planta
y me entrega su corona.
—Un poder que no perdona
es un poder que me espanta.

Todo á tu esfuerzo se rinde,
bien lo sé; sé que tu acero
todo lo rompe y lo excinde,
que es inútil que me blinde
contra tu golpe certero.

Mas también sé que un instante
ha de llegar, una hora,

en que te mire arrogante:
que un tiempo, tal vez distante,
he de ser tu vencedora.

—Mas no siendo tal cual eres,
toda livianos anhelos,
toda livianos placeres,
tierra, no más nunca esperes
ver á tu Dios en los cielos.

Todo mi poder acata,
mas á la luz de tus soles
del mal el sér se desata
y depura, cual la plata
se depura en los crisoles.

—A comprenderte no atino,
que aunque algo finge el deseo
ver al final del camino,
es luz que más adivino,
pero mucho más, que veo.

—Ni ver debes, tu ceguera
surgió de Dios al mandato,
sigue así, pues, tu carrera,
que burlar sus leyes fuera
sacrílego desacato.

—Pues si no me es permitido
rasgar un punto la venda
que, por mi bien, me ha ceñido,
tal cual siempre la he seguido,
proseguir debo mi senda.

Con que adiós, pues, noble hermana.
—Adiós, hermana querida,

la que la vida engalana;
¡no sabe la estirpe humana
que sólo en mí está la vida!

Como brisa rumorosa
volaron... Cuando la luna
vertió su luz misteriosa,
una lloró en una fosa
y otra cantó en una cuna.

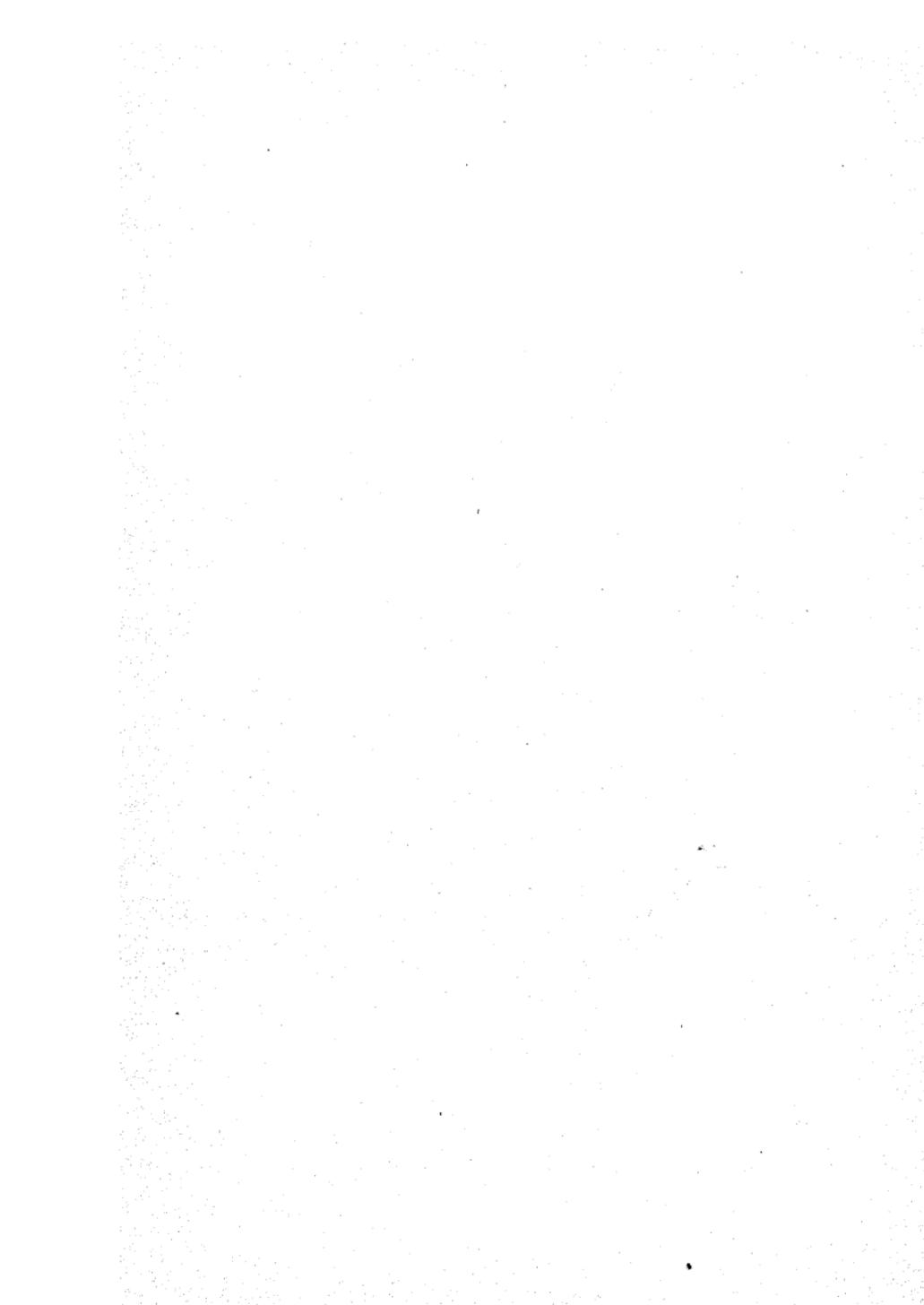
LUZ SANTA

Fué mi vida ¡oh, mi Dios! como un torrente,
cual de un corcel el galopar sin freno,
que amor fué mi tirano, y en su seno
busqué siempre saciar mi sed ardiente.

Mas yo buscaba cristalina fuente,
onda dormida y de cristal sereno,
y siempre ví que, removido, el cieno
enturbiaba el cristal más transparente.

Y hoy que he llegado ya de la existencia
á la yerta estación, y ya la ciencia
de la vida aprendí, lleno de hastío,

Torno á la fuente de tu luz los ojos,
y ante la fuente de tu luz, de hinojos,
hundo en el polvo la cerviz, Dios mío.



UNA LEYENDA

A Salvador González Anaya

Levantóse el conde Niño,
mañanita de San Juan.

—No llores, niña, no llores,
ni me llores, ni me implores,
que no me opongo á tu amor,
si es digno de tu cariño
tu amante, si es cual don Niño,
el de la vieja canción.

—¿Y qué canción, padre, es esa?
—Si conocer te interesa
tradición tan singular,
voy á contarte esa historia,
que ha acudido á mi memoria
al verte, niña, llorar.

Diz la leyenda, bien mío,
que de un pobre señorío
era don Niño señor;
don Niño, un adolescente

casi, mas bravo y prudente
y de rostro seductor.

Y diz que, prendado un día
de una bella, que tenía
en sus venas sangre real,
amado fué por la bella,
que su amor no tuvo en ella
al orgullo por rival.

Y diz que el padre, enterado
de aquel amor, afrentado
casi se juzgó por él,
y que, cruel y severo,
juró un día el caballero
hacer morir al doncel.

Y que, de amor su alma llena,
el doncel, una serena
noche, ansioso de gozar
viendo á su amada, al castillo
fué, y al pié de su rastrillo
travó este dulce trovar:

Mi señora,
fiel trasunto de la aurora,
que mi cielo iluminó
con sus tintas y arreboles;
la que radia cual los soles,
la que aroma cual la flor.

La risueña
flor del valle; la que es dueña
de mi sentir y pensar;
la que esta torre engalana,

cual la adelfa la fontana,
como la rosa el rosál.

La de blonda
cabellera; la de honda
pupila, que es de zafir;
convierte la noche en día
abriendo la celosía
de tu rico camarín.

Que mis ojos,
dulce imán de mis antojos,
los tus ojos puedan ver;
tus encantos, que son tantos
que no sé cómo ya encantos
pueda el cielo conceder.

Verte quiero
porque sin verte me muero,
y mi vida va á acabar
si tu aliento no la aroma.
¡Ay, si tú fueses paloma,
y yo fuese gavilán!

Así cantó el caballero,
y un dardo, agudo y certero,
que de una almena partió,
cruza el aire, emponzoñado,
y al doncel enamorado
le traspasa el corazón.

Mal haya el que en vil alarde
de orgullo, morir, cobarde,
á traición hizo al doncel,
morir haciendo á la bella

de dolor, que también ella
muere, muerto al verlo á él.

Lleno de rabia el tirano,
en un sitio, al mar cercano,
los manda, al punto, enterrar;
y á poco, sobre la arena,
nace, blanca, una azucena
y nace, rojo, un rosal.

—Que no dejen ni una rama,—
de rabia convulsc, exclama
el castellano, cruel;
y al punto brillan cien hoces,
y las ramas, á sus voces,
cortadas son á cercén.

Y de pronto... la leyenda
lo dice, y así lo entienda
quien dude que sea verdad;
en cada sepulcro asoma,
en el uno, una paloma,
y en el otro, un gavián:

Esta es, pues, niña, la historia
que ha acudido á mi memoria
viendo tu llanto correr;
mas ten en cuenta, hija mía,
que yo, conde, nunca haría
lo que hizo el conde aquel.

¡Fantasmas desvanecidos!
viejos tiempos que son idos,
cual los presentes se van,
que, aunque siempre haya galanes,

ya no nacen gavilanes
cuando se corta un rosal.

No llores, pues, prenda mía,
que ya no pasa en el día
lo que otros tiempos pasó;
y no niegues tu cariño
á tu amor, si es cual don Niño,
el de la vieja canción.

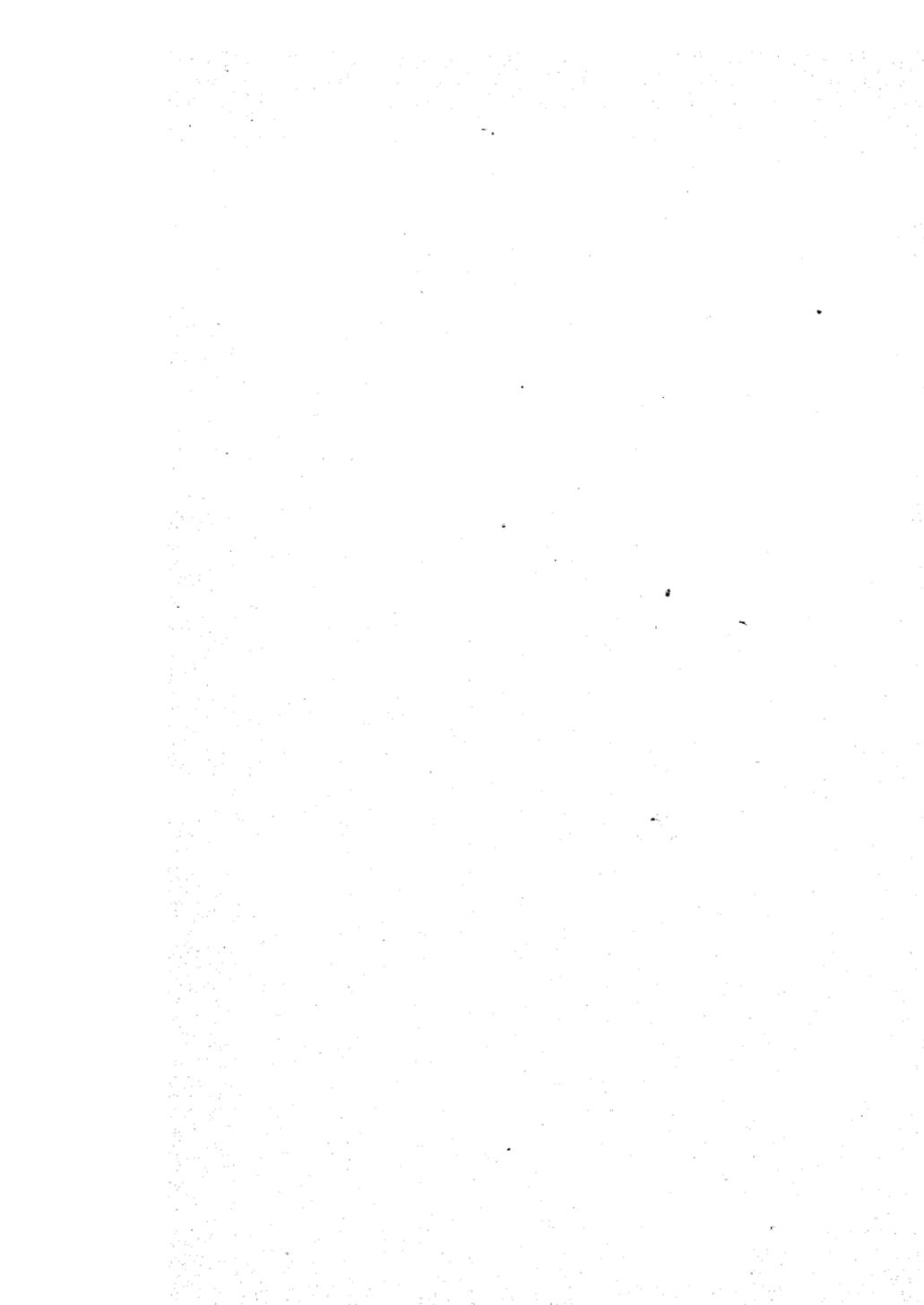
A UNA HERMOSA

Dicen que tu belleza soberana
nadie pudo mirar indiferente,
porque fascinan tu mirar ardiente
y la sonrisa de tu labio grana.

Que en vano el que te ve, terco se afana
en no inclinar ante tu altar su frente,
y que nunca cegada halló la fuente,
el desierto al cruzar la caravana.

Que brindas, cual la flor á las abejas,
tu cáliz sin amor, en el que dejas,
que el néctar liben de tus labios rojos.

Y por eso, mujer, cuando te hallo
ensangriento el ijar de mi caballo,
y la rienda al soltar, cierro los ojos.



EN EL ARENAL

Ya de caminar cansado,
y al par de sed abrasado,
por un arenal ardiente
iba errabundo un viajero,
cuando vió al pié de un palmero
brotar, límpida, una fuente.

Lleno al verla de alegría,
quiso la sed que sentía
calmar en ella un instante,
pero la fuente serena,
con voz henchida de pena,
así dijo al caminante:

—No intentes, no, peregrino,
en mí beber, el destino
nueva decepción te ofrece.
¿Cómo mi raudal brindarte,
cómo hacerlo, cómo darte,
lo que no me pertenece?

Perdona que no mitigue
tu ardiente sed, y prosigue
hasta hallar otro venero

que dé alivio á tu tortura,
que pueda en su linfa pura
dar de beber al viajero.

Dijo, y limpia y transparente
siguió su curso la fuente
por los vastos arenales.

.
Como la fuente del cuento,
tú le niegas al sediento
tus purísimos cristales.

Y haces bien, fuente sonora,
en negarle á quien la implora
tu corriente cristalina,
que yo, por índole extraña,
odio la ola si me baña,
y la luz si me ilumina.

PADRE NUESTRO

Padre nuestro que estás en el cielo,
cómo el alma hacia Ti tiende el vuelo,
cómo ansía romper sus cadenas;
cómo el alma doquier te adivina
y hacia ti sin cesar se encamina;
cómo acata, sumisa, sus penas,
cómo acata, sumisa, su duelo,
cómo humilde se postra á tu planta,
cómo siempre en silencio te canta,
Padre nuestro que estás en el cielo.

Yo bendigo el dolor que me hiere,
que tan hondas tristezas sugiere
y que tanto mis cielos empaña;
yo bendigo, á tu planta de hinojos,
esta luz, en que bañas mis ojos,
y otra luz, que es tu luz que me baña,
otra luz que es la luz que yo anhelo,
luz heraldo de luces más bellas,
que no son ni de soles ni estrellas,
Padre nuestro que estás en el cielo.

Cuán pequeño y cuán grande es el hombre!
nada logra que el alma se asombre,

porque el alma un destello ilumina
de tu santo fulgor soberano,
que, aunque polvo es mi cuerpo, no en vano
un destello de Tí en él germina;
algo tuyo que me alza del suelo,
algo puro que, alado, me eleva,
y á tus plantas mi espíritu lleva.
Padre nuestro que estás en el cielo.

Como ansío acatar tu mandato,
esta vida que sufro, yo acato
cual Jordán que las culpas redime,
como justa caución de una falta
cuyo vago recuerdo me asalta,
me asusta y appena, me hiela y oprime;
mas un día mi alma su vuelo
alzará ya, por, fin redimida
de esta cárcel que llaman la vida.
Padre nuestro que estás en el cielo.

¡Cuántas veces te invoco, Dios mío,
y tu nombre, cual santo rocío,
consoló mis profundos pesares!
¡cuántas veces tu voz en la lucha
escuché, que tu voz quién no escuchó!
esa voz conque acailas los mares,
cuando rugen en trágico duelo;
esa voz que en el Gólgota un día
callar hizo á Luzbel que rugía,
Padre nuestro que estás en el cielo.

EL CUERPO Y EL ALMA

—¿Por qué con loco y con tenaz empeño
forcejeas constante noche y día
por mis brazos dejar?

—Porque me hastia
tu amor y sólo con dejarte sueño.

—Yo cien goces te brindo.

—Yo desdeño
tus goces y tu amor.

—Loca porfia,
yo te juro que al fin has de ser mía.

—Y yo que nunca ser podrás mi dueño.

—¡Quién sabe los secretos del destino!
—Yo bien sé que muy pronto en el camino
serán polvo esos goces que me ofreces.

—¿Y por qué cual te amo no me amas?
—Porque eres vil y con tu amor me infamas,
y cuando me acaricias me envileces.

EN LA ROCA

(NAPOLEÓN)

Mal herido el condor, su vuelo abate
del mar hirviente sobre estéril roca,
y la desierta inmensidad provoca
el loco orgullo que en su pecho late.

En vano, de ira lleno, se debate
contra la triste realidad que toca,
que Dios castiga al que en audacia loca
contra su santa voluntad combate.

Inmortal carcelero del tirano,
vigila al prisionero el oceano,
y entre sus brazos de titán lo encierra.

Mas cuando se incorpora el prisionero,
apesar del poder del carcelero,
tiembla á su gesto de pavor la tierra...

LO DE SIEMPRE

I

Sácame, hermanita mía,
lo más mejor de mis galas:
mi marsellés el más fino
y mi pantalón de pana,
y de tós mis camisones
el de pechera más blanca
y más llena de bordaos,
y los botones de nácar;
sácame los brodequines,
los de puntera calada;
sácame el pañuelo azul
que me sirve de corbata,
y el rondeño gris, que voy
de pelea, que sin falta
esta tarde yo me muero
de las *ducas* que me aguardan
si es que no le llevo el pulso
esta tarde á Pepe *el Manga*,
ú Pepe *el Manga* fallece
del berrinche, si á él le falla
el tiro, poique esta tarde

dambos iremos á casa
de Martirio la de Utrera,
y esta niña, ú le despacha
á él, como yo le pio,
ú á mí me dá la castaña,
que es igual que si me diera
en mitá de la mampara
der corazón un metío
de *chipé* con una faca
de las de estripar atunes.

—Y dime tú, ¿por qué causa
puée pasar eso que dices?

¿Qué te ocurre, qué te pasa?

—Pues ná, que como Pepillo
ha puesto en la misma jaza
que yo el jato ¡pos dejuero!
está la cosa más clara
que el mismo sol que reluce.

—¿Y quién es esa que manda
en los dos más fantasiosos
de los mocitos de Málaga?

—¿Que quién es? ¡Virgen santísima!
¿que quién es? ¡que Dios me valga!
¿que quién es? pos el delirio,
¿que quién es? una chavala
más rebonita que el oro;
una *gachi* toa de nácar,
con los *clisos* como soles,
como toldos las pestañas,
con los carrillos más sanos
y frescos que dos manzanas;
los labios son dos fresones,
y los dientes son dos sartas
de perlas ú de granizos,

entre dos cintas de grana;
la nariz, un canutero;
el pelito, cual las alas
del mirlo; jechita á torno
y de nieve, la garganta;
el pecho como un retablo
de marfil; como una estatua
su cuerpecito garboso;
el pié, que ni el de una estampa,
y la mano tan rechica,
que pá verla jace falta
un cuentahilo.

—Yo creo,
hermanito, que te pasas
ya, con lo que tú me pintas
á tu gusto, de la raya,
que son muchos los primores
que tu voluntad engarza
en la *gachí* que te tiene
con bitoque hasta en la ragua.

—Lo que yo te digo, oye,
es la misa pura y santa,
es la *chipé* lo que digo;
que es una cosa que pasma
er corazón, una cosa
que to er que llega á mirarla
pierde los cinco sentidos.

—Y oye, tú, ¿dónde tu mala,
ó bien tu güena fortuna,
hizo que te tropezaras
con ese proigio?

—Diendo
por la calle de la Jara
un día, según mi cuenta

jace más de tres semanas,
con Pepín *el Gurripato*,
y Antoñuelo *el de la Caspa*
y Perico *el Calafate*,
en fin, los mozos de tanda
aquel día en la Goleta,
y tós los cuatro con ganas
de una miajita de *curdi*
conque jacer unas gárgaras.
Pos chavó, mos tropezamos
con la Martirio, un brisbarca
con la mar de gallardetes
de colores en las jarcias;
matando gente su cuerpo
matando gente su cara,
matando gente su garbo,
matando gente...

—Caramba,
pos ni el mata lobanillos
que anuncia la cuarta plana
der *Cronista*.

—No te pienses
que lo que digo es guayaba,
y si no, puées preguntárselo
á los que me acompañaban,
por más que arguno de ellos
dende entonces perdió el habla,
como le pasa á Perico,
que no jecha una palabra
del cuerpo, dende aquel día.

—Pos dí tú que es una lástima
que no le pongan careta
á esa *gachí*.

—Una desgracia

es que un hombre la trompiece,
y dende que jechó el ancla
la Martirio en este puerto,
no hay un día en que no haiga
mar de fondo, y dende entonces
no deja la funeraria
de dar portes de mocitos
al Batatar.

—Mía, te callas

ó te vas, poique has lograo
meterme, hermanito, el alma
en un puño.

—No es pá menos,

y por si acaso pasara
una cosa esaboría,
que yo no espero, á Dios gracias;
pero, en fin, por si ocurriera
y de la pena palmara,
que sepas tú que he tomao
medías testar:entarias
y que te dejo á ti sola,
pá tí solita, la jaca
que tengo en trato con Pepe
el *Guripa*, y la potranca
que ayer le merqué al *Gorollo*;
tós los muebles de la casa
y toa la mantelería,
es dicir tóas las mantas
y sobre mantas que tengo,
además de las albardas
y sobrealbardas.

—Pos mira,

te lo agradezco.

—Y la prata

que *habellelo*, ya lo sabes
aónde está, que está en el arca
en la punta de un pañuelo,
y, si la cuenta no marra,
tengo doce isabelinos,
un alfonsino, una *jara*,
veinte y dos *chuscos* cabales,
y unas veinte colonarias.
—Pos no lo dices mú serio
tú, ¡chavó!

—Las cosas pasan
en la vía.

—Vamos, déjame
de gromas con tanta guasa.

—Pos dame pronto, hermaníta,
lo más mejor dé mis galas,
mi marsellés el más fino,
y mis calzones de pana.

II

—¿Pero es verdad lo que dices?

—No ha de serlo cuando acaba
de decírmelo *el Guripa*.

—Camará, y qué mala pata
se ha traío la de Utrera
de Utrera.

—Tiée mú remala
la sangre, y, además, tiée
que le gusta, más que el agua
á las sardinas, el verse
rifá siempre.

—Qué desgracia

más guasona.

—¿Y cómo ha sío?

—Pos según Manuel *el Taba*,
como Pepillo y Currito
andaban dambos á gatas
por esa malita jembra,
pos esta tarde, en la casa
de ella, dambos comenzaron
á sentir la boca amarga,
y como ella metía
más y más leña en la llama,
y como dambos tenían
cá uno de ellos veinte cañas
en el cuerpo, pos dejuero,
como eran dambos dos cargas
de dinamita, y tenían
cá uno de ellos cinco balas
en cá brovin, y cá uno
su respectiva navaja
de Arbacete, y cá uno de ellos
afición al toma y daca,
y er corazón en su sitio;
pos al salir de la casa
de la Martirio, se fueron
primero á ca del *Meana*
á conviarse á dos *chatos*,
y naide al verlos pensaba
los tan remalos propósitos
que tenían, porque andaban
dambos cojfos del brazo,
dándose á buch es el agua,
sino el solera, y asina
que estuvieron como mandan
los que chanelan de esto,

pos se fueron á la plaza
de Santa María, sitio
que tiée toas las ventajas
pa matarse, y donde naide
sabe aún cómo se calza
ni cómo viste un guindilla,
y ya allí... lo que pasara
no se sabe, pos lo único
cierto es que Pepe *el Manga*
tiée en la boca un balazo
que le ha dejao menos larga
la *muy*...

—¿La muy qué?

—Salero,

la *muy* que no se le calla
nunca, chavó.

—¿Y Joselito?

—Ese probe ya no canta
más jaberás, ni se toca
más tangos ni más murcianas,
poique es que tiée un boquete,
que mete mieo, en el arca
del cuerpo... Pa mí, que el mozo
ni pío dijo.

—Qué lástima
que ocurran estas tragedias,
y más por custión de faldas.

—¡Probe de la señá Pepa!

—Probe también de la hermana
de Joselito.

—Sin dúa
que es asín, probes de dambas;
la señá Pepa, una *puchi*
una probética anciana,

que ni con la alcuza puée.

—Pos, y la otra, que estaba sola, á calor del hermano.

—¡Y tó por mó de esa mala *gachi!*

—Déjala tú al tiempo,
que en este mundo se paga
tó lo malo que se jace,
que el que está arriba no marra
nunca.

III

Mas que dolorida
y triste, desesperada,
suelto el cabello en los hombros,
dice convulsa la hermana:
—Hermanito de mi vía,
hermanito de mi alma,
hermanito de mis ojos,
hermano de mis sentrañas,
¡quién diba á pensar, Dios mío,
que eran verdad tus palabras,
cuando esta tarde, riendo,
me peías toas tus galas,
tu marsellés el más fino,
y tus calzones de pana!

BENDITO

¡Oh! bendito el dolor, bendito sea,
y más bendito mientras más me hiere;
benditas las tristezas que sugiere,
cuando en el alma, sin cesar, golpea.

¡Oh! bendito el dolor, santa presea
que á la del goce el corazón prefiere.
Ay del que loco su ventura espere
del mismo viento que la frente orea!

¡Oh! bendito el dolor, que cual espada
me hiere el corazón, que en su estocada
toda mi dicha y mi esperanza fundo.

El Mártir Sacrosanto en el Madero
exhala su suspiro postrimero
¡y es su dolor el redentor del mundo!

VITELA

La luna los espacios ilumina,
y tañendo, gentil, la mandolina,
dá la bella consuelo á su pesar
en la nívea terraza, hecha de blondas
de mármol, que retrátase en las ondas
del Adriático mar.

Allá á lo lejos, la flotante bruma
en su ingrávido tul, pálida, esfuma
las torres que coronan la ciudad,
y cantando, gentil, un gondolero
en su elegante góndola, ligero
va cruzando el canal.

Cual del paso de Dios fúlgidos rastros,
en el abismo azul tiemblan los astros
llenándolo de vaga claridad;
y de la noche en la quietud, risueños,
la musa de los sueños, sus ensueños
hace al alma soñar.

Sobre su seno la cabeza inclina
la que tañe, gentil, la mandolina,
que de Ofelia pudiera ser rival,
y, en la nivea terraza, resplandece
la bella, que es tan bella, que parece
de luz y de cristal.

A UNO DE TANTOS

Tu sonrisa me da pena;
aun la duda te envenena
con su amargos raudales;
aun el torpe escepticismo
te retiene en el abismo,
entre sus negros dogales.

Aun liviano es tu recreo,
y es tu señor el deseo
que en ti engendran las pasiones;
aun halagan tu flaqueza
el talco de la riqueza
y el bullir de los salones.

Cuando ya comienza el día
á llenarnos de alegría
con su clara luz primera,
y bordan sus resplandores,
cual con recamos de flores,
la montaña y la pradera.

Cuando todo canta y ríe,
y el sol mágico deslíe
del color la rica gama

como espléndido tesoro,
y la mies pinta de oro,
y de verdores la rama.

En tanto los segadores
sufren del sol los rigores,
y el sol sus cuerpos abate,
y hunde el gañán el arado,
y es cada hombre un soldado,
y la vida es un combate.

En tanto que sus deberes,
en fábricas y talleres
cumple el humilde, y jadea
en la fragua, que ilumina
el fogón, el que domina
el hierro que martillea.

Y el genio bate sus alas,
y por fúlgidas escalas,
ascender quiere á las cumbres,
y las nieblas más oscuras
rasgar, y sus conjeturas
convertir en certidumbres.

En tanto sueña el poeta,
y el pintor á su paleta
arranca los arreboles
del cielo, ansioso de gloria,
y el sabio en oro la escoria
trocar quiere en sus crisoles.

En tanto que el mundo todo,
ya de uno ó de otro modo
cumple fiel y dócilmente

el divino mandamiento
de: ganarás tu sustento
con el sudor de tu frente.

Tú, de placeres ahito,
como huyendo de un delito,
abandonas sigiloso
el burdel, donde quien eres
olvidas en los placeres,
y en busca vas de reposo.

Y reposas, aunque el sueño
jamás te brinda un ensueño
en sus mares sin orillas,
de las dichas que desdeñas,
que, hasta soñando, si sueñas,
en tus sueños te mancillas.

¿Y eso es vivir, y tú llamas
vida á esa en que te infamas
desde tus bellos abrilés?
En la cúspide nacido,
hasta el fango has descendido
donde hierven los reptiles.

Y tu alma se querella
con razón, que Dios su huella
dejó en ella luminosa,
que en ella dejó su rastro,
como la luz en el astro
y la fragancia en la rosa.

¿Y eso es vivir? ¡pobre loco!
yo los zarzales que toco
á tus delicias prefiero,

á tus placeres, mis penas,
á tu jardín, las arenas
que Dios puso en mi sendero.

Arenas que con tu planta
nunca hollaste, que fué tanta
tu suerte, tantos tus dones,
que en tu enervante desmayo
jamás has visto del rayo
las tristes fulguraciones.

Jamás, con el alma loca
de dolor, trocarse en roca
sentiste tu pecho inerte,
ni elevaste tus plegarias
en las noches solitarias
suspirando por la muerte.

No has llegado á alzar un día
en trágica rebeldía
á los cielos tus miradas,
como haciendo al cielo agravios,
con la protesta en los labios
y con las manos crispadas.

Mas, ¡ay! tampoco has sentido,
el, por tí desconocido,
placer, de ver de repente
rasgarse la sombra densa,
y descubrir una inmensa
perspectiva refulgente.

Luminosa perspectiva,
y en ella la luz más viva
de más vivos arboles,

que nunca soñar pudieras,
que es luz de cien primaveras
alumbradas por cien soles.

Visión que el alma convierte,
y ver le hace de su suerte
la clave no comprendida.
Tú no has sentido cual siento
á veces el dulce acento
del Esfinge de la vida.

Su voz misteriosa y queda,
voz tan suave y tan leda
como un canto sin sonido,
voz de inefables dulzuras,
que en tus horas de amarguras
jamás te dijo al oído:

—No el dolor te desespere,
y tu corazón espere
en la cárcel en que gime,
que bendita es su guadaña:
mientras más y más te daña,
más el dolor te redime.

El dolor, bálsamo es santo
y, ay del triste que su llanto
no vertió en su derrotero;
del que al entrar en batalla
logró ceñirse una malla
burladora del acero.

Del que se vá de la vida
cual llegó, sin que una herida
en él un dolor evoque;

del que logra en su carrera
no hallar puñal que le hiera,
ni angustia que le sofoque.

Porque sufrir es preciso,
porque Dios así lo quiso,
porque el dolor, para el vuelo
alzar, nos presta sus plumas
conque cruzamos las brumas
que nos ocultan el cielo.

Medita en lo que te digo,
préstale á mi voz abrigo
en tu corazón hastiado,
y no le cierres las puertas
y verás cómo despiertas,
igual que yo he despertado.

Hazlo así, yo te lo ruego,
que igual que vista dió al ciego,
al que le ama galardona
y El es tu Padre y el mío,
y yo en mi Padre confío
¡porque Padre no perdona!

Mira los cielos, jardines
de zafiros sin confines;
contempla la luz hermosa
del sol, que es soberano
de la luz; mira el gusano
convertido en mariposa.

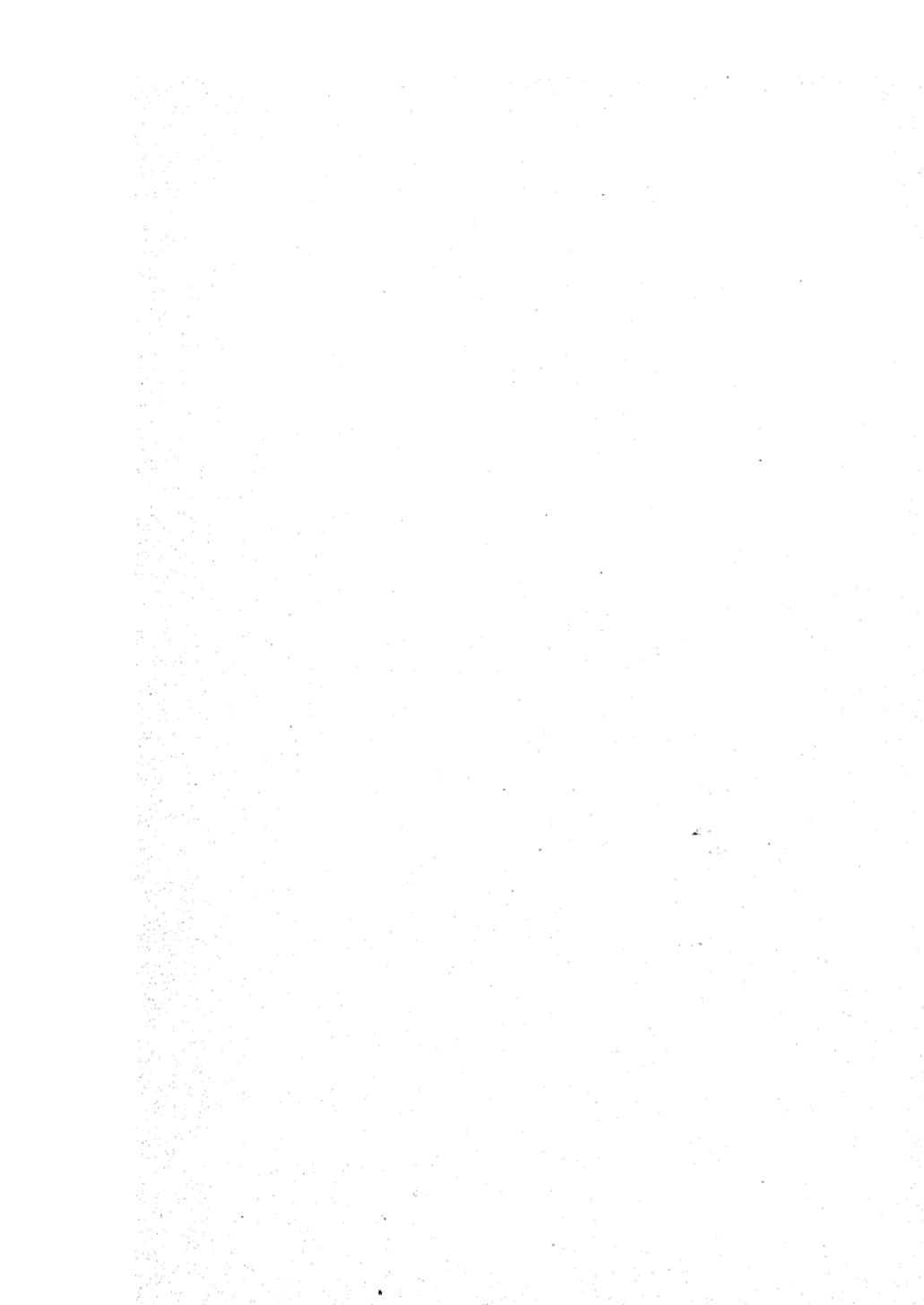
Piensa en el hondo misterio
de tu sér, que al hemisferio
tu espíritu empequeñece,

en algo que en tí se encierra,
que en un puñado de tierra
aun más que el sol resplandece.

Yo también como tú, un día
ante el ara sonreía
incrédulo impenitente;
mas de Dios la santa mano
iluminarse el arcano
hizo ante mí de repente.

Y desde entonces, sereno
voy por mi ruta, ya ageno
casi á cuanto me rodea,
puesta la vista en la cumbre
donde la celeste lumbre,
inmutable, centellea.

Y por eso á mi camino
en atraerte me obstino
desde tu senda sombría,
porque desde aquel instante
me alumbra una más radiante
luz, que la que alumbra el día.



CABE UNA FUENTE

Esta es la misma fuente, aquella fuente
bullidora y riente,
cabe cuyo cristal tantos ensueños,
tantas locuras, concibió la mente.

¡Oh! panoramas del ayer risueños,
que, el invierno al llegar, el alma evoca,
cuando ya triste y de luchar rendido
nada á gozar al corazón provoca;
¡cuántas veces, mujer, aquí á tu lado,
soñé cuanto la vida me ha negado,
y cuántas veces te besé en la boca!

Estos rosales son tal vez aquellos
á los que, lleno de pasión, un día
arrancara las flores que solía
prender en tus cabellos;
mas no son ya sus rosas y capullos
aquellos que entre besos y entre arrullos
puse, vibrante de placer, en ellos.

Es la misma fontana bullidora,
es el mismo paisaje,
que el sol ardiente con su lumbre dora;
como ayer por el prado, entre el taraje,
sierpe de acero, se desliza el río,
en cuya orilla el ruiseñor gorgea,
y lo mismo que ayer, el caserío
en el monte blanquea;
y lo mismo que antaño,
á la sombra el rebaño,
junto á su viejo rabadán, sesteá.

Todo, todo está igual; duerme el ventero
de la rústica venta en los umbrales;
camina tras la recua el arriero;
aventan una parva los zagales,
y una moza al cruzar la lejanía,
elástica y gentil y cimbradora,
me hace recordar la gallardía
de una vendimiadora
de Caprí, que mi mente rememora,
que no sé dónde contemplé yo un día.

Todo, todo está igual, sólo los seres,
de la vida en el trágico escenario
ven trocados en penas sus placeres.

.
¡Oh! bello panorama solitario,
¿qué fué de mis tan bellas ilusiones?
¡todo un ensueño fué, todo mentira:
que del áureo tropel de mis ficciones
sólo me quedan ya mi rota lira,
y mis tristes canciones!

PLEGARIA

Concédeme ¡oh, mi Dios! lo que te pido,
y en lo que sólo mi esperanza fundo:
que antes que deje para siempre el mundo,
el mundo por Ti dar logre al olvido.

Que el tiempo que aún al polvo viva unido,
no tenga más amor que este profundo
amor, en ilusiones tan fecundo,
que en mí, por mi ventura, has encendido.

Vivir tan sólo para amarte, llena
de ardiente gratitud el alma mía,
ya á los dolores del vivir ajena.

Mas si sólo el dolor á Ti me guía,
sea bendito el dolor, y que la pena
no se aparte de mí ni un solo día.

AMOR PATRIO

Inspirada en una poesía francesa

—Dadme hospedaje, hospedero,
por compasión, ved que muero,
si no teneis compasión.

—Pardiez, que es gran desatino
ponerse en cinta en camino,
señora, cual lo estais vos.

—Buen hombre, es una promesa
que he de cumplir

—Pues daos priesa,
si gustais, señora, á entrar,
que tan cruda está la noche,
que no ya á pié, sino en coche
es locura caminar.

—Dios os lo premie, hostelero.
—Años há que en Él espero,
que es el mejor pagador;
y pues estais cual la nieve,
vereis cómo el fuego, en breve
entrar os hace en calor.

Y si no es descortesía,
decíme, señora mía,
por qué caminais así.

—Porque en su lecho de muerte,
al que me otorgó la suerte
por dueño, lo prometí.

Que antes de espirar me dijo:
—Lucha, mujer, porque el hijo
que el cielo nos otorgó,
y aun llevas en tus entrañas,
no nazca en tierras extrañas,
sino en el suelo español.

Por eso, buen hospedero,
á la patria llegar quiero,
donde él nació y yo nací;
por eso con planta incierta,
pidiendo de puerta en puerta,
logré llegar hasta aquí.

Y diz que el buen hospedero,
si villano, caballero
de condición, exclamó:
—Bien haya el que en tierra extraña
supo amar tanto á su España,
como tan buen español.

FLOR TARDÍA.

Yo era la rocosa cumbre
que á su propia pesadumbre
ni se conmueve ni oscila;
roble que nunca se abate,
que siempre el viento combate,
mas nunca el viento aniquila.

Como inconvivable roca,
que la inmensidad provoca
y en la cual todo se estrella;
y era como el mar potente;
era igual que es el torrente,
y era igual que es la centella.

Era arrogante y bravío;
famoso en mi señorío
por el poder de mi acero;
era soberbio y adusto,
y mi espíritu vetusto
cual mi castillo roquero.

Mas un día, ¡jaciago día!
sentí que de pronto ardía
bajo mi cabello cano
un cráter de amor, tan hondo,
y aun más hondo que es el fondo
más hondo del oceano.

Y sentí, cual las montañas,
el volcán, en mis entrañas
arder esta ya tardía
llama de amor, que me arredra;
yo pensaba que en la piedra
la flor brotar no podría.

Mas ha brotado, y no vivo,
que de esta pasión cautivo
contra esta pasión batallo,
por seguir siendo cual era
de pendón y de caldera
señor, pero no vasallo.

Que dueño de mi albedrío
no soy ya, que ya no es mío,
que ya, porque á Dios le plugo,
amor, por mí desdeñado
siempre, por fin ha logrado
encadenarme á tu yugo.

¡A tu yugol Inutilmente
luché terca y fieramente
por vencer en la contienda;
¡mas cómo lograr la palma
si amor consiguió en mi alma,
por fin, levantar su tienda!

Si me arrastran tus hechizos,
si oro de Ofir son los rizos
de tus undosos cabellos,
si es que el sol del mediodía,
de ellos al prendarse un día,
dejó sus rayos en ellos.

Si tus ojos tan azules
son cual del cielo los tules
con cuya luz me embriago,
y en los que amor se retrata,
como los astros de plata
en los cristales del lago.

Si es tu rostro maravilla
flor que aroma y sol que brilla,
y es panal de miel hiblea,
y es luminoso portento;
y en tu garganta, tu acento,
como la alondra, gorgea.

Si es tu ingenio peregrino,
si es tu reir argentino
dulce musical alarde;
si toda tú, en fin, señora,
has logrado que la aurora
brille en mí al llegar la tarde.

¿Qué hacer? Yo sé que es tardía
esta flor, que el alma mía
hoy más que aroma envenena,
que á tu amor aspiro en vano,
mas amor es un tirano
que sin razonar condena.

Sé que el ave no se atreve
nunca á cantar en la nieve
que la cúspide ha vestido;
que en los yertos panoramas
no canta el ave en las ramas,
ni en ellas pone su nido.

.
Yo era la rocosa cumbre
que á su propia pesadumbre
inmóvil siempre yacía;
yo jamás había sufrido
un dolor, jamás sentido
uno el corazón había.

Pero ya sufrir me toca,
que el amor licuó la roca
como se licua la nieve,
cuando más dichoso era;
casi al fin de mi carrera,
tu esplendor hirióme aleve.

Hirióme en mitad del alma
el dardo, y huyó mi calma
cual bridón loco y sin freno,
mas fin pronto á mi quebranto
pondré, mas antes, de espanto
temblar haré al agareno.

Que fin glorioso á mi historia:
sabré poner, que la gloria
ya sé bien dónde se halla;
sucumbir de amor no quiero,
pero sí, como guerrero,
en el campo de batalla.

Dice el conde, y se reclina
sobre el muro, que domina
el valle, inmóvil y mudo...

.....
En rico raso bordada,
luce una cruz encarnada
sobre el ropón de velludo.

Una pluma en el birrete,
prisionera de un herrete,
acaricia el aire ledo;
y en el tahalí berberisco
se vé brillar un morisco
rico puñal de Toledo.

Y en tanto que en su honda cuita
de amor el conde medita,
la blanca luna riela
en su cabellera cana,
y en la aguda partesana
del inmóvil centinela.

A DON QUIJOTE

¿En dónde yace tu invencible acero,
del bueno amparo y del malsín azote?
¿dónde tu invicta lanza? ¡oh, don Quijote!
pasma y admiración del mundo entero?

¿Dónde yaces, andante caballero,
de virtud y valor mágica dote,
que tan sólo encontrar pude tu mote,
al buscarte doquier en mi sendero?

 Mi alma en evocarte se recrea
y, sin ir al Toboso, en Dulcinea
doquier mi vista á solazarse alcanza.

 Veces cien me topé con Rocinante,
y no dejo de ver á cada instante,
ginete en su rocín, á Sancho Panza.

RECUERDOS

Resonaron las notas del piano,
y una ráfaga dulce y melodiosa,
que del marfil brotar hizo tu mano,
mi alma acarició, tan armoniosa,
que aún su dulce recuerdo me extasía.

Todo era grato allí, todo de amores
hablaba; sus fulgores
una elegante lámpara vertía
en el bello nidal lleno de flores,
claridad tan suave,
tan llena de poesía,
como la trova que cantar un ave
pudiera, á los destellos de la luna,
sobre una rama en flor que se mirara
en el limpio cristal de una laguna.

El mármol de Carrara
perdía su bláncor, que el mundo admira,

junto á tu blanco cuello de paloma;
que blancor nunca igual cantó la lira,
que si la nieve de blancor blasona,
más blanca fué la que mi canto inspira.

Eran dulces sus ojos, y tan bellos,
tan henchidos de luz y de promesas
de amor, que émulos de ellos
sólo el sol puede ser con sus destellos,
con su azul las turquesas,
y con, de sus pupilas orientales
la doliente dulcísima mirada,
la gacela gentil, que, enamorada,
cruza en pos de su amor los arenales.
De marfil y cristal era su frente;
sus perfumados rizos
de hebras de sol naciente;
y acrecía el caudal de sus hechizos
su boca, broche santo,
santo, sí, que tan sólo Dios pudiera
poner en ella tan divino encanto;
y su nevado seno,
búcaro de marfil de aromas lleno,
terso agitaba el *canesú* de encaje.
Un vaporoso traje
de blanca muselina,
más bella que la indiana,
tan bella y tan sutil cual la neblina,
velaba la escultura soberana
de aquella venus, por su bien, cristiana;
y en el rizo caudal de sus cabellos,
salpicados de rica pedrería,
la luz descomponía
sus dulces melancólicos destellos.

Llena el alma de amor y de ansia ardiente,
te miré embebecido frente á frente,
y te dije con voz de amor henchida:
—Así morir quisiera,
y si un beso te diera, yo te diera
con el beso, mujer, toda mi vida.

Pasó el tiempo veloz, y, torvo y fiero,
fué arrancando al pasar aquellas flores
que aromaron un punto mi sendero;
pasó el tiempo veloz, y sus rigores
trocaron en espinos los jazmines
y nardos y rosales,
y hoy ya son cual desiertos eriales
los que fueron jardines;
y al hallarte de nuevo en el camino,
condeno la crueldad de la existencia,
y las hondas crueldades del destino,
que han robado á tu tez su transparencia,
que de nieve cubrió tus blóndos rizos,
y ha plegado tu frente marfilina;
y al mirar la ruina
del caudal de tus, ya muertos, hechizos,
el alma mía se postró de hinojos
ante la imagen del ayer que evoca,
y lloré los fulgores de tus ojos,
y el carmín de tu boca.

IDILIO

A una amiga.

Yo te juro que es cierto que he traducido
un diálogo de amores que junto á un nido,
en una clara y tibia noche de luna,
mantuvieron, amantes, dos ruseñores,
en un rosal cuajado todo de flores,
cabe la onda de plata de una laguna.

—Yo—el galán le decía con voz sonora—
con tu ardiente belleza fascinadora
vivo siempre soñando, dulce bien mío,
y téstigos son fieles de mis afanes,
con sus dulces fragancias, los arrayanes,
con sus blancas espumas, el manso río.

Por hallarte volaba por los verjeles,
y escondido entre mirtos y entre laureles,
cantaba la ternura que en mi sér arde,

y cantando, la noche me sorprendía,
y con sus resplandores, la luz del día,
y con sus palideces, la de la tarde.

Y, rendido, mi pecho piedad te implora,
porque triste al hallarte, mi ruiñeñora,
me encontré para siempre ya sin consuelo;
porque viéndote de otro la compañera,
de amargura y de celos morir me espera,
y es el morir más triste morir de celos.

—¿Y por qué, si me amas como aseguras,
vencer al que mi amado es no procuras,
como él triunfar supo de sus rivales?
que yo, de todos cuantos besan mi planta,
tan sólo me enamoro del que más canta,
porque todos en pluma sois casi iguales.

Y al pérfido consejo brinca de gozo
el amante rendido, que en su alborozo
sueña con las delicias de la fortuna,
y á los pocos momentos, ambos rivales
entonaban su canto, de dos rosales
en las ramas bañadas en luz de luna.

Y, según me contaron, cuando en el cielo
ya la aurora extendía su rico velo,
recamado de tintas y resplandores,
pudo la ruiñeñora desde su nido
ver cómo al pié del árbol, ya enmudecido
habían para siempre los ruiñeñores.

Y viéndolos ya inertes sobre la grama,
los contempla un instante desde la rama,
y de ansias de goces y amor henchida,

alisóse la parda pluma, y el vuelo
alzando, y al olvido dando su duelo,
díz que dijo cantando: Bella es la vida...

No sé si es oportuno que yo te cuente
este lúgubre idilio, que es muy frecuente,
frecuencia que á las tales aves desdora;
yo no sé, ya te digo, si es oportuna
mi canción, mas conozco yo más de una
que pudiera llamarse la ruisseñora.

ANTE LA CRUZ

En vano intentan desterrarte, en vano,
símbolo de la fé que nos alienta,
y en vano, ciego, sin cesar te afrenta
el torpe y triste escepticismo humano.

Del hombre, la soberbia es el tirano,
mas, por suerte, en el alma siempre alienta
la Fé, que cual Jesús en la tormenta,
duerme la ola al extender su mano.

Todo aquel que ante Ti jamás humilla
la cerviz ante el mundo, la rodilla
dobla en la sombra en sus profundos duelos.

Y eres, eterna como el sol radiante,
la antorcha que le muestra al caminante
que entre las sombras se perdió, los cielos.

EL LA REJA

— Por un *divé*, prenda mía,
que mire yo en tu ventana
ese sol que es mi alegría,
esa carita gitana,
prenda mía;
que mire yo en tu ventana
ese sol que es mi alegría.

Más dulces que las colmenas
son tus ojitos gachones,
y aun más negros que mis penas,
ojos que son dos prisiones,
donde apenas
se asoman los corazones,
los pones entre cadenas.

Vente conmigo, serrana,
vente al monte, que es tó mío
y de mi yegua alazana,

que es tu querer lo que ansío,
que mañana
caiga en mi boca el rocío
de tu boquita de grana.

Mira que por tí me muero,
mira que nadie te quiere
lo mismo que yo te quiero,
que el corazón se me muere
toito entero
cuando tu desdén lo hiere,
que es el puñal más certero.

Por un *divé*, prenda mía,
que vea yo en tu ventana
ese sol que es mi alegría,
esa carita gitana,
prenda mía;
que vea yo en tu ventana
ese sol que es mi alegría.

« FIAT LUX »

Y le dije á aquel que un día
—Pronto, tal vez—me decía,—
te veré rezar creyente.
—Ya tu anuncio se ha cumplido,
que ya despertó el dormido
y hundió en el polvo la frente.

Por fin, rasgóse la bruma;
y allá á lo lejos espuma
sus tan siniestros perfiles
la duda trágica y fiera,
la implacable compañera
de mis años juveniles.

Yo iba cruzando un camino
en que un negro torbellino
envolvíame en un velo
de un negror triste y profundo;
yo iba atravesando el mundo
sin acordarme del cielo.

Y un día, del mundo hastiado:
¿Dónde—grité—ha derramado
la fé su luz refulgente,
la que el erial torna en flores,
y la hiel torna dulzores,
y lago azul el torrente?

¿Dónde, tersa, se desliza
la limpia fuente, que riza
el áura, donde el sediento
mitigar su sed espera?
¿dónde encontrar la ribera
que busca mi pensamiento?

.

Era un día, un triste día,
en que un dolor acrecía
de la vida el desencanto,
y grave y meditabundo,
por huir algo del mundo,
penetré en el camposanto.

Era una tarde, una tarde
de esas en que, en triste alarde,
la tierra toda parece
doliente, pálida y yerta,
en que triste y casi muerta,
ni vibra ni resplandece.

De la brisa la frescura,
templando mi calentura
fué con su hálito suave;
todo en silencio yacía;
hasta dormir parecía
entre las ramas el ave.

Todo era silencio y calma,
y—¡Cómo—pensé—aquí el alma
no sufre tan rudo asalto
de la pena que la aïigel!
¡cómo la mente dirige
aquí su vuelo más alto!

¡Cómo aquí el alma medita
más serena; cómo incita
á meditar cuanto ve!
¡cómo aquí todo se hunde,
y, hecho polvo, se confunde
el titán con el pigmeo!

¡Blancas cruces solitarias,
tal vez únicas plegarias
de las tumbas suntuosas,
no por más ricas más bellas
ni más grandes sois que aquellas
que clava el pobre en sus fosas!

¡Necia ostentación humana!
de la adulación liviana
aun sentir quiere el murmullo
en su tumba el poderoso,
y que su eterno reposo
vele, en su tumba, el orgullo.

Aun en su mansión postrera
ponerle quiere frontera
á los pobres, sus hermanos,
sin pensar que allí no caben
escudos, y que no saben
de heráldica los gusanos.

Y pensando en estas cosas
tan tristes, tan misteriosas,
clamé con doliente brío:
—¿En dónde la fuente mana?
¿dónde la Samaritana
que busco hallaré, Dios mío?

Y cual yerto caminante
perdido, cual navegante
que su rumbo ver no alcanza,
y que de pronto divisa,
cual de Dios una sonrisa,
una luz en lontananza;

Así yo, tras muchos años
de dudas y desengaños,
de penas y sinsabores,
también divisé aquel día
brillar en la lejanía
un jardín lleno de flores.

Y desde entonces no soy
quien fui, y caminando voy
pensando con hondo anhelo
en cuando, por fin, triunfante,
—¡Tierra!—dirá el navegante
al divisar las del cielo.

EN LA ALHAMBRA

Salve, regia sultana,
tú, del edén hermana,
tú, la que llora el moro
desde que un día te miró cristiana.
Salve, rico tesoro,
gala del Nazarita,
mágico alarde de oriental decoro,
¡cómo el viajero en tí sueña y medita!
¡cómo al viajero tu esplendor incita
á soñar con los goces que el profeta
brindárale al creyente,
y cómo contemplándote se siente
en tus brazos de luz preso el poeta!
Cómo al conjuro de prodigio tanto,
astro esplendente que la mente irisa,
rompe la inspiración en dulce canto,
y el alma te divisa
tal como fuiste en tu brillante aurora,
luciendo tu más fúlgido atavío,
y escuchando la kásida sonora
con que la guzla mora
cantara, siglos há, tu poderío.

Como, cuando en sus rápidos corceles,
en briosos tropeles,
cruzaban por tus bosques tus guerreros
al viento los nevados alquiceles,
y los corvos aceros;
como, cuando en tus torres la fortuna
tremolar orgullosa tus pendones
hacía, y en tus altos murallones,
en lugar de la Cruz, la media luna.

Yo soñando llegué hasta tus harenas,
y en ellos al entrar sentí en las sienes
ardér el fuego que el placer desata,
¿qué encontré en sus recintos profanados?
ví techos fabricados
de sándalo y marfil y cedro y plata,
paredes tan sutiles como brumas,
columnas cual palmeras, cual de espumas.
simétricas labores;
verde arboleda de sabrosos frutos,
exóticos tributos
de la flora oriental, vivos colores,
hazañas de cincel; muelles cojines
donde á gozar la tentación convida,
y pérsicos tapices—luz tejida—
velando somnolientos camarines.

Y ví en ellos bellísimas mujeres
dormitando en lascivas actitudes,
en espera de besos y placeres:
esclavas sin derechos ni deberes,
ni vicios ni virtudes.
Allí ví en confusión rica y extraña,
la venus etiópica, de ardiente
mirar; la esbelta bayadera hermosa

que el Indo retratara en su corriente;
la que del Norte en la región brumosa
diera á Ossián la leyenda y la armonía,
y en medio de aquel fúlgido rebaño,
á todo menos al deleite extraño,
bella, tan bella cual la luz del día,
ví también, suspirante y soñadora,
ya pobre esclava la que fué señora,
la noble castellana prisionera,
que ya cansada de esperar no espera,
que ya cansada de llorar no llora.

¡Oh! pueblo del amor y los placeres,
del arte y de la luz; pueblo nacido
para la gloria y el amor, tú eres
algo que yo he vivido;
y en tí en extraño divagar me pierdo,
que el goce que en tu seno me cautiva,
esta dulce emoción ardiente y viva,
no parece impresión y sí un recuerdo.

EN EL MENTIDERO

¡Vive Dios, cuánta tizona
limpia de todo pecado!
¡cuánto lujoso tocado!
¡cuánta brillante corona!
Cómo su estirpe pregona
con su mirar altanero
tanto y tanto caballero,
envidia de los rufianes;
¡cuántos y cuántos galanes
acuden al mentidero!

Cuán gayo el de Benavente:
casi sol, como un sol brilla,
con su lujosa ropilla
y su mirar imponente;
de que es polvo solamente
no hace, sin duda, memoria,
orgullosa de la historia
de su glorioso blasón,
no obstante ser un capón
quien le otorgó tanta gloria.

Velay Núñez de Marchena,
de la corte lindo ornato,
que está pidiendo un retrato
con la rizosa melena;
galán que nunca halló buena
ni su igual en poderío,
para, por fin, su albedrío
rendir, á mujer alguna,
no obstante venir su cuna
de un zapatero judío.

Ved á Mendoza Carrillo,
con su rico ferreruelo,
que se juzga astro del cielo
deslumbrado por su brillo;
viéndole me maravillo,
que está diciendo su cara
al que en su cara repara,
que el orgullo le desvela,
siendo hijo de una *Plazuela*,
nacida en Guadalajara.

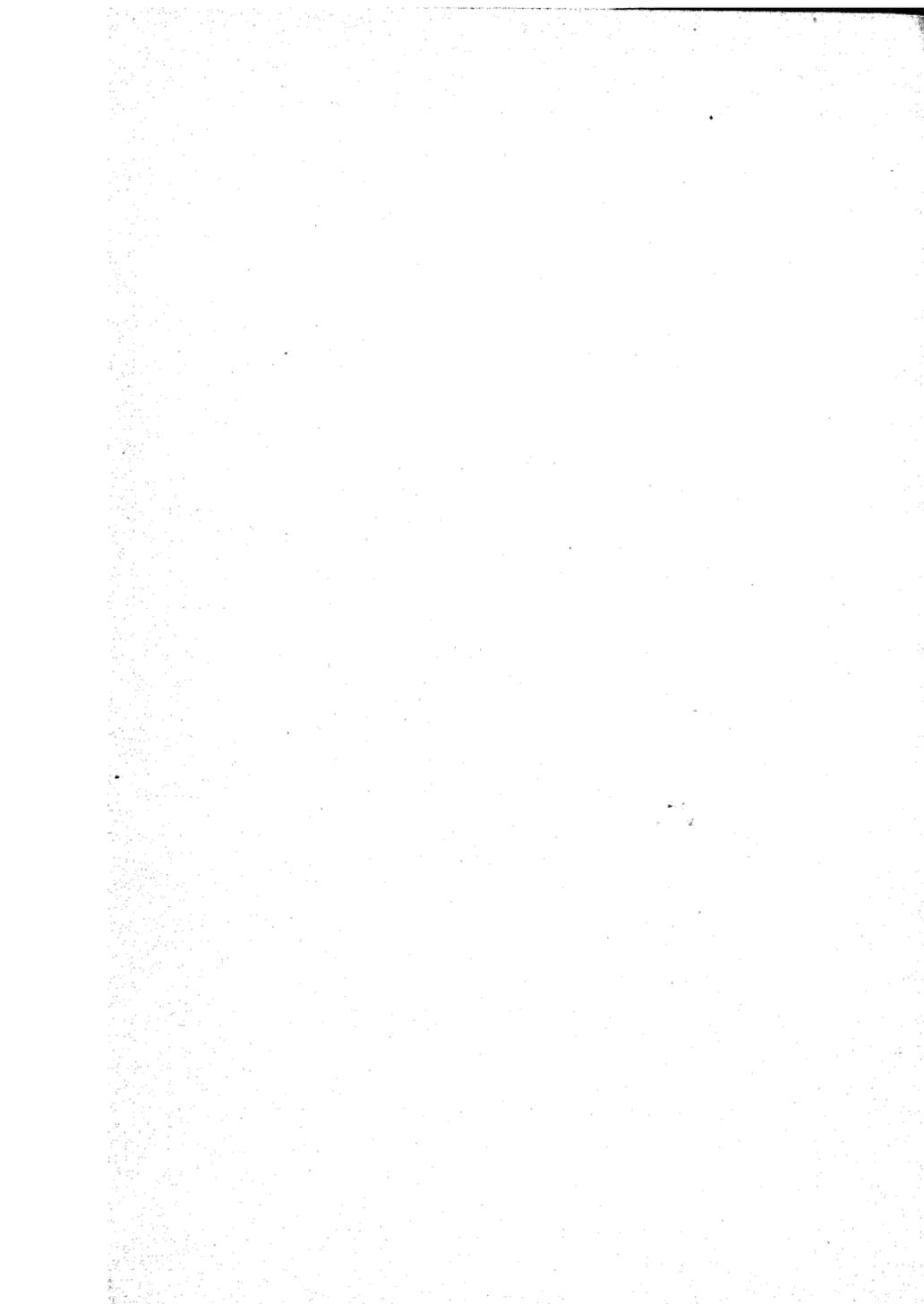
Mire cómo el buen Padilla
es de grandeza un empacho,
bien engomado el mostacho,
que hace á las sienas cosquilla;
tampoco el mozo se humilla
ante nadie, y no le inquieta
cómo la gente indiscreta
en recordarle se afana
que fué su madre villana,
llamada *la Ramoneta*.

¡Vive Dios, y cuánto estulto
con vestido de brocado!

cuánto de memez dechado
al talco rindiendo culto;
cuánto malandrín oculto
con trazas de caballero;
cuánto y cuánto majadero,
y cuánto malsín en flor,
si por su cuna señor,
por su índole pechero.

Y en tanto lo máspreciado,
de la villa y corte gala,
en levantar bien el ala
de su chambergo emplumado
ó en burlarse del que el hado
nacer hizo en pobres lares
se entretiene, á los pesares
de su patria siempre ajeno,
cruza, de arrogancia lleno,
el gran duque de Olivares.

El poder de España entraña,
sin duda, el noble valido,
puesto que cruza seguido
de los más grandes de España.
¡Oh, mi España! La guadaña
de la Parca tuvo á bien
convertir tan rico edén
en el más vil mentidero.
Aquí yace el pueblo ibero.
Requiescat in pace. Amen.



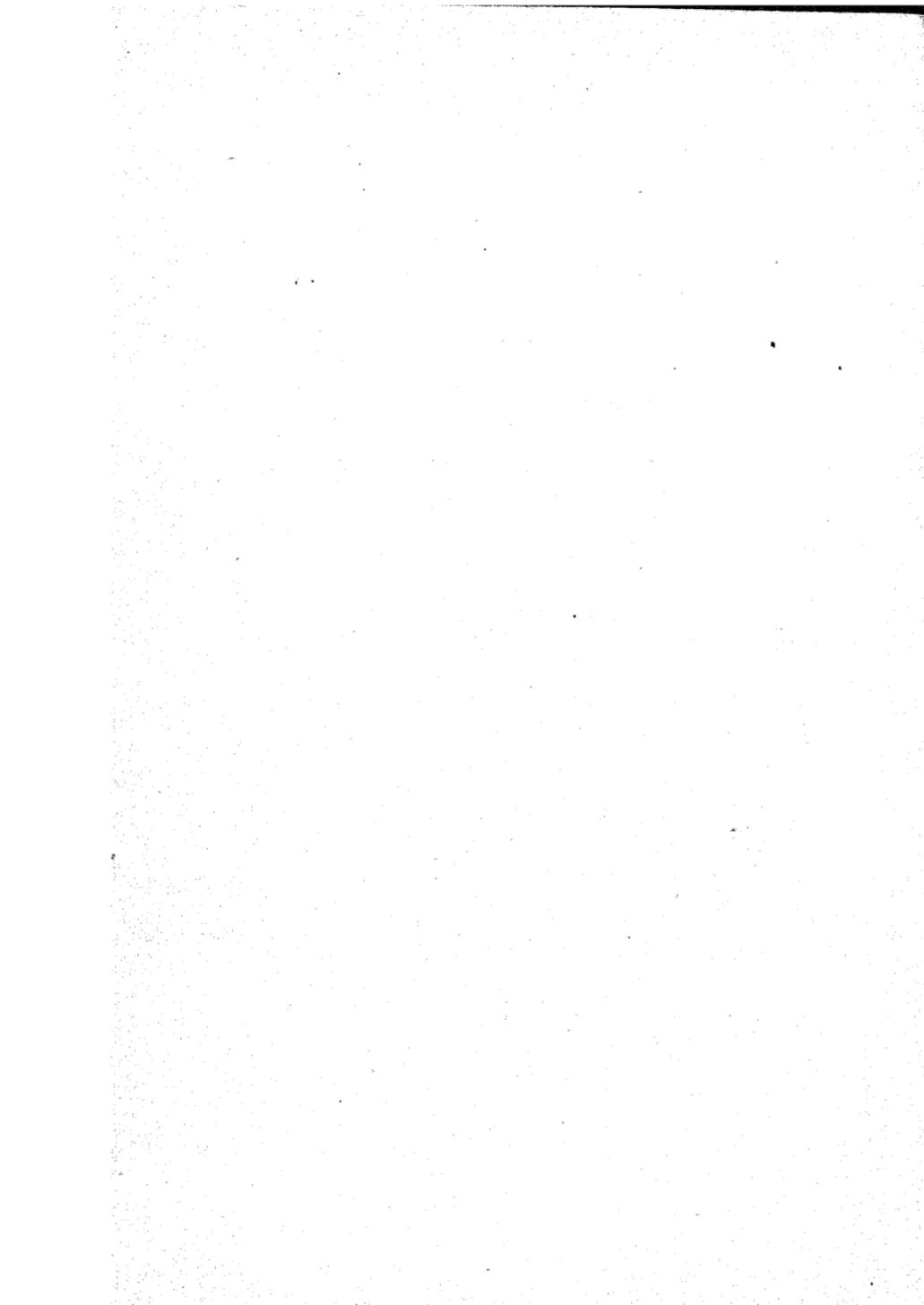
INUTIL

Es inútil, mujer, cuando nos hiera
con su dardo el amor, siempre certero,
ponerle la razón por cancerbero,
porque la muerte á la prisión prefiere.

En vano, pues, la voluntad lo hiera
por tornarle sumiso prisionero,
que él se burla de todo carcelero
y es tan sólo sumiso cuando muere.

Es inútil, mujer, pues, que batalles,
y ten por cierto que por más que calles
siempre se ha de burlar de tus antojos.

Cede ya, pues, en pretensión tan loca,
que amor, si no se sale por la boca,
se sale por las niñas de los ojos.



EL CABALLERO

¿Dónde su corcel dirige,
quién lo rige
con tan poderosa mano?
Sobre su cota de acero
luce el gentil caballero
el símbolo del cristiano.

¿Dónde, en su corcel de guerra,
por la sierra
el guerrero se encamina?
De su yelmo en la garzota
al correr, el viento azota
una pluma purpurina.

¿Dónde, en su árabe tordillo,
vá el caudillo,
siempre de valor alarde,
con la visera calada?
¿dónde por Sierra Nevada,
va al declinar de la tarde?

Sólo por tierra enemiga,
quién obliga
á caminar al guerrero?
¿quién, que á tal peligro acuda
le obliga, sin más ayuda
que Dios, su brazo y su acero?

Amor le puso en camino,
peregrino
del amor, amor le guía;
amor, déspota del mundo,
tan en dolores fecundo
como parco en alegría.

Amor, que á todo se atreve,
y que, aleve,
de todo pecho se adueña,
y arder hace igual anhelo
bajo rico terciopelo
que bajo pobre estameña.

Y amor lleva al temerario,
solitario
doncel, por Sierra Nevada,
tras la flor que su alma aroma,
la más nitida paloma
de los campos de Granada.

Que de la bella prendado,
á su lado
tornar, por volver á verla,
quiere, sin temor á azares;
que hay que desdeñar los mares.
si se ambiciona la perla.

Por eso el bravo caudillo,
su tordillo
por único compañero,
por llegar pronto se afana
donde tal vez la africana
suspira por el guerrero.

Y el noble tordillo vuela,
que la espuela
á su yugo lo somete
piafar haciéndole airado,
que jamás tan humillado
se sintió por su jinete.

Hasta del viento quisiera
la carrera
domeñar y el poderío,
que le irrita lo que tarda
en llegar donde le aguarda
la dueña de su albedrío.

La más gentil agarena,
la azucena,
que el Genil, que, mansamente,
entre flores se desata,
lleno de orgullo, retrata
en su límpida corriente.

La gala de los zegríes,
de alelíes
el más bello ramillete,
á la que rinde homenaje
igual que el abencerraje
el indómito zenete.

La que la corte engalana,
que en cristiana
ya convirtió el castellano,
que la Santa Cruz adora
desde que la vió la mora
en el pecho del cristiano.

Y éste, de su amor cautivo,
cruza altivo
por entre breña y retama,
por donde volver confía
llevando en su compañía
á la agarena que ama.

Y al dominar una cumbre,
á la lumbre
del sol, que ya á su camino
da fin, divisa á lo lejos
las cúpulas de azulejos
del alcázar granadino.

Y al sol, que, muriente, baña
la montaña,
brilla el arnés del jinete
cual de oro y plata un tesoro;
y en la garzota de oro
da al viento su martinete.

INDOCIL

¡Necesito escribir! empeño es vano
que á mis antojos escribir intente,
cuando no quiere despertar la mente
inútilmente en escribir me afano.

Su fiera libertad es mi tirano,
que mis ruegos escucha indiferente,
y ora, llena de amor, besa mi frente,
ora enmudece cual glacial arcano.

Tan sólo su capricho es mi bandera,
indómito corcel, en su carrera
nunca fué esclavo del capricho ajeno.

Su altiva independencia nunca abate,
y lo mismo desdeña el acicate,
que siempre supo desdeñar el freno.



LISTA DE LOS AMIGOS DEL AUTOR QUE HAN
COSTEADO ESTA EDICIÓN DE SUS VERSOS PÓSTUMOS.

- Sr. don Fernando Díaz de Mendoza.
Sr. Marqués de Casa-Loring.
Sr. don Antonio de Nicolás Fernández.
" " Miguel del Pino Ruiz.
" " Victoriano Giral Sastre.
" " Antonio Creixell de Pablo Blanco.
" " Miguel López Pelegrín.
" " Rafael Pérez Alcalde.
" " Galo Ponte y Escartin.
" " Francisco García Almendro.
" " Eduardo León y Serralvo.
" " Luís Suarez y Alonso de Fraga.
" " Eugenio Marquina Alvarez.
" " Narciso Díaz de Escovar.
" " Enrique Lassala é Izquierdo.
" " José Estrada Estrada.
" " Ricardo López Barroso.
" " Juan Gutiérrez Bueno.
" " Antonio Cánovas Vallejo.
" " Luís de Armiñán.
" " José Jurado de la Parra.

Sr. don Cristián Scholtz.

„ „ José J. Herrero.

„ „ Ricardo León Román.

„ „ Miguel Ibern.

„ „ Rafael Martos Muñoz.

„ „ Ricardo de la Rosa.

„ „ José Hermoso Ruiz.

„ „ Antonio Serrano.

INDICE

	Páginas
Mi padre.	VII
Dedicatoria	XXIX
¡Sed tengo!	1
Oriental	7
A la Muerte.	11
A Málaga.	15
Castos amores.	21
La legión divina	23
Ven.	27
Salve	29
Horas siniestras	37
Carta abierta	39
Invocación	43
Añoranzas	45
Serenata	53
A los míos	57
La Caridad	59
Noche nupcial	63
Nostalgias	65
Consolación.	67
Lejanías	73
A Dios.	75
Caín	77
Reto	83
Crepuscular.	85
Invernal	89
Ante un nacimiento	91
La mañana	95
Soneto.	99
Oración	101
En el Paraíso	105
El nómada	107
Trova	109
La Fé y el Caminante	117
A un amigo	125
En el umbral	129

¡Llueve!	131
Mística	135
Es tarde	137
Playa levantina	141
A María Guerrero.	145
El fanfarrón.	149
Melancolías.	151
De mi tierra.	155
¡Vida!	167
Polvo	169
La partida	173
Patio andaluz	177
En el destierro.	179
En la playa	183
Romance morisco.	185
Estival.	189
Dios mío.	195
Bésame	197
En el azur	201
Sombras que pasan.	205
Josefina	209
En la senda	211
La tarde	217
Nocturno.	221
De mi barrio	223
Quiero.	233
Abul-Kassin.	235
La vida	239
Ante una Dolorosa	245
Puesta de sol	247
En Montiel	249
Alma gitana.	257
Friné	259
La Vida y la Muerte.	261
Luz santa.	267
Una leyenda.	269
A una hermosa.	275
En el arenal.	277
Padre nuestro	279
El Cuerpo y el Alma.	281
En la roca.	283
Lo de siempre	285
Benito	295

Páginas

Vitela	297
A uno de tantos	299
Cabe una fuente	307
Plegaria	309
Amor patrio.	311
Flor tardía	313
A don Quijote	319
Recuerdos	321
Idilio	325
Ante la Cruz	329
En la reja.	331
«Fiat Lux»	333
En la Alhambra	337
En el Mentidero	341
Inútil	345
El caballero	347
Indócil.	351
Lista de los amigos del autor que han costea- do esta edición de sus versos póstumos .	353
Índice	355

¡SED TENGO!

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios Santo! el mundo me hastía,
la lucha me rinde, las fuerzas me faltan.
¡Ay, cuándo decirle podré ya a mi cuerpo:
Descansa, vencido guerrero, descansa!

Descansa en la tumba, del triste consuelo
y espanto del hombre que canta y que ríe;
del hombre que logra burlar de la suerte
los dardos que al alma, certera, dirige.

Mi vida no es vida, que es ruda batalla,
en que, ya rendido y herido y maltrecho,
vivir cual asceta mis últimos años,
con Dios y conmigo, quisiera en el yermo.

Saber que los seres que amo, felices,
cruzando del mundo van la senda ingrata;
rezar porque nunca sus pies ensangrienten
las zarzas agudas que hieren mi planta.

Hurtar á la tierra el alma que oprime
la tierra, la tierra que huella;
hacer que sus alas el polvo sacudan
y que, águila altiva, remonte su vuelo.